MAMBISERIAS

EPISODIOS DE LA GUERRA
DE INDEPENDENCIA

1895 - 1898

POR EL

CAPITAN ISRAEL CONSUEGRA
Y GUZMAN

CON UN PROLOGO DEL TENIENTE DEL
EJERCITO NACIONAL

ALBERTO CASTILLA DEL BUSTO
SECRETARIO DEL DEPARTAMENTO DE DIRECCION

1930



HABANA
IMPRENTA DEL EJERCITO
1930

MAMBISERIAS

EPISODIOS DE LA GUERRA
DE INDEPENDENCIA

1895-1898

POR EL

CAPITAN ISRAEL CONSUEGRA
Y GUZMAN

CON UN PROLOGO DEL TENIENTE DEL
EJERCITO NACIONAL

ALBERTO CASTILLA DEL BUSTO
SECRETARIO DEL DEPARTAMENTO DE DIRECCION

1930

HABANA
IMPRENTA DEL EJERCITO
1930


General Alberto Herrera

DEDICATORIA

Al Mayor General Alberto Herrera y Franch, M. M.
Jefe de Estado Mayor del Ejército.

A nadie mejor que a Vd. General Herrera, mi compañero de glorias y de vicisitudes durante la ruda y heroica campaña de nuestras libertades, y mi consecuente y buen amigo y Jefe actualmente, le puedo dedicar muy respetuosa y cariñosamente estas "MAMBISERIAS" que he escrito, exclusivamente, para dejárselas como única herencia a mis dos hijas queridísimas Irma y Oristela, con el propósito de que sepan siempre la participación que tomó su padre en la libertad de Cuba.

No es el mio ningún trabajo de gran valor literario, sino sencilla y pobremente narrativo, en el que he procurado pintar con las mejores pinceladas del recuerdo amado, algunos cuadros que sean el más fiel y exacto reflejo de lo que eran aquellos gloriosos tiempos de miserias y de heroismos inenarrables, en los que Vd. como yo, y todos los demás compañeros queridísimos del EJERCITO LIBERTADOR, luchábamos denodadamente en los montes y en los llanos magníficos de Cuba, para arrancarla del yugo a que venía uncida por más de cuatrocientos años.

Con la aceptación que Vd. le preste a este humildísimo y grande esfuerzo que he realizado, se sentirá sobradamente satisfecho y le vivirá eternamente agradecido, su viejo compañero y amigo.

ISRAEL CONSUEGRA.

A CUANTOS ME LEYEREN

Yo no soy escritor ni jamás soñé que de mi cerebro se produjera un libro; y mucho menos de las condiciones de éste que he ido confeccionando **a memoria limpia,** echando mano de la mina de recuerdos que como sagradas reliquias guardo ambiciosamente en **mi tanque de pensar.**

Lo he querido titular EPISODIOS DE LA GUERRA, porque sus páginas son muchos de los hechos efectivamente verídicos, ocurridos en la manigua insurrecta, y como consecuencia del ideal que allá se perseguía. Viven aún, afortunadamente, algunos de mis queridos compañeros que hago figurar como protagonistas en los episodios que describo, que pueden dar fé de su exactitud: principalísimamente el General Gerardo Machado y Morales de quien tuve la alta honra de ser Ayudante de Campo en Cuba Libre.

Yo no he dado a la publicidad este libro con ambiciones de gloria. ¿Cuáles mayores puedo alcanzar, en lo poco que me queda de existencia, que la de poderme contar en el número de los Libertadores de Cuba?

Lo he escrito, con todos sus defectos, porque todavía gozo sintiéndome MAMBI.

En cada uno de los relatos de mi libro hay un episodio hermoso de la epopeya heróica, que marca, por decirlo así, el carácter del cubano abierto a todas las expansiones y dispuesto siempre a mirar por encima del hombro todas las calamidades, cuando de la defensa de la Patria queridísima se trata.

No hay aviesa intención en ninguno de los pasajes que pinto. Búsquese, sólo en ellos, la comicidad,

aún en medio de los lances más serios y peligrosos, ya que en mí no puede existir doble sentido tratándose de mis hermanos de armas, a todos los cuales sigo considerando todavía bajo el mismo punto de vista que en los campos que abonamos con nuestra sangre generosa, y que fueron mudos testigos de tantos sacrificios . . . .

Creo y estimo, que he sido bastante exacto en mis narraciones, y me figuro que los compañeros a quienes comprendo en las mismas, se alegrarán de encontrarse envueltos en ellas.

EL AUTOR.

PROLOGO

Plática de insurrecto es este libro; plática impresa, para difundirse más allá del pequeño círculo de las tertulias íntimas, en que los viejos veteranos suelen vibrar tocados por sus recuerdos de la guerra.

Viene, pues, a mudar en la imaginación la faz hoy apacible de nuestro suelo; esparce resplandores rojizos por los horizontes, tiende negruzcas manchas en los cañaverales; recoge los brutos de las haciendas, muestra los árboles sin frutos, los graneros vacíos, las rústicas viviendas sin pobladores; cierra con trincheras las entradas de los pueblos; llena de gente armada los caminos y consagra los más ignorados y agrestes parajes con la apoteosis del héroe.

Más no se crea que ha querido el autor ensordecer con marciales estruendos ni consternar con desfiles de visiones crueles; sus senderos de acudir a la justa y su vía crucis se tornan a trechos en caminos de alegres romeros.

Tampoco nos lleva en excursión a lo pretérito con ánimo de hacernos comprender una compleja exposición de planes, efectivos, situaciones tácticas y hechos o circunstancias transcendentales. Se propone otro objeto: describir la vida insurrecta a través de sus diarios incidentes en pequeño. En suma, no avalora sus noticias con cifras apreciables en los balances de la guerra.

De rareza sus páginas nos presentan el ejército en visión de conjunto. Diríase que son casi todas como lentes para observar de cerca a los hombres, hasta imaginarse entre ellos y distinguirles la fisonomía, y descubrir, en fin, al individuo, y conocer las peripecias de su

existencia guerrera, cosas que la historia apenas deja ver en sus englobamientos de héroes o patriotas y en sus citas de hechos resonantes.

Al presentarnos sus hermanos de la guerra, se conduce Consuegra con tal llaneza y espontáneas maneras que su naturalidad nos hace sentir la agradable sorpresa que experimentaba Pascal cuando "preparándose a encontrar un autor le salía al paso un hombre".

Cada personaje habla en el libro con su propia boca, de ordinario ingenua y ruda, y nunca embarazada de remilgos, sin que se le interrumpa con explicaciones o comentarios doctos, ni se le disfrace con piadosos retoques. Se ve que Consuegra respeta sobre todo el realismo sin adulteraciones de sus bellísimos cuadros, que en tres cuartillas y a veces menos sintetizan el relato con brevedad anecdótica.

Hasta al referirse a sí propio, no al hombre que es hoy, sino al adolescente de hace seis lustros, deja el autor que libremente se proyecte su alma de entonces. El mismo, sin vanidoso alarde, desde luego, parece contemplarla ufano, como algo suyo que ya no está en él, a la manera que el padre entrado en años se enorgullece ante el alma del hijo que pasea por la vida un penacho de gallardas locuras.

Chispea en el curso de las narraciones la gracia dicharachera y pintoresca de nuestro pueblo, capaz en alto grado de hacer buena la exactísima observación de Dumarsais, para quien los corrillos populares eran más fecundos en figuras que las sesiones académicas. Y esa jocosidad que los dieciocho años de Consuegra atisbaban por los escenarios de la tragedia, a falta de aula escolar en que urdir travesuras de estudiantes, es lo que dá el gusto a este libro, lo que nos sabe en él como a picante mojo.

Desde el inquietante Generalísimo, a quien el autor, ya Teniente aguerrido en la estupenda Invasión, se presenta vestido de paisano y lo chasquea, haciéndolo prorrumpir en regañosa andanada, contra los petimetres no

fogueados e incapaces de "clavar el jan", hasta el jíbaro "Mocho", renuente a dejarse atrapar como tímida bestezuela por su perseguidor que le acaricia los oídos con esta añagaza de su ingenio simple: "Dáte, mocho, que tu eres de la Reina y no te pasará nada", desfila en multitud de pasos cómicos, dentro de sus jornadas de gloria, la familia insurrecta.

Alguien tildará en ella el harapo y la piel desnuda, o el habla rústica o bozalona de algún jefe u oficial, como aquel que en cierto pasaje dice: "Yo está cortá un cañas", o como los que al ser tratados por sus jerarquías, a presencia de un tozudo Capitán prisionero, asombraron a éste y le movieron a proferir graciosísimos desatinos contra la catadura de tales oficiales. Pero cuidado al observar, que a menudo la abigarrada tropa mezcla con los jefes ignorantes y de abajo, como al cabo lo fueron Pizarro y Murat, y tantos grandes de retrato a toda página en las historias, al intelectual que aspira a ciudadano.

Vamos de combate en combate, de campamento en campamento, enterándonos de mil incidentes y mil dichos que mueven a risa.

Trabajo costaría aceptar la verosimilitud de tanto buen humor en semejante medio a quien juzgara con el alma un tanto sibarítica que nos forma esta vida fácil como un deslizamiento sobre rieles. Hay que adentrarse en aquellos soldados que ayunaban los más de los días y cicatrizaban sus heridas al sol, y salían de los letargos de la fiebre despertados por el trajín de la pelea; que careciendo casi siempre de todo, todo habían de disputarlo como un bien superior a lo único que poseían: la asendereada vida. Así se comprenderá que si resistían año tras año tal cúmulo de males era, precisamente, porque, aferradas al ideal sus almas, aún podían desdeñar los agobios del dolor y hasta oponerles la risa, la heróica risa, que era tal vez el más alto exponente de la fuerza interior de cada hombre frente a la adversidad que lo rodeaba.

Y con las remembranzas jocosas alternan otras que imponen recogimiento. ¡Que bella enseñanza ofrece a los conductores de hombres, la regeneración del soldado confundido por el perdón de su jefe cuando se disponía a traicionarlo, y trocado por tal acción en hombre fiel para toda la vida y aún en salvador providencial del superior magnánimo!

Cautiva el lance en que un oficial cubano derriba a otro español en duelo singular, tras reñida porfía, sin que los jefes y compañeros del vencedor, que han seguido anhelosos el chocar de aceros, ofrezcan auxilios que empañen el lustro de la hidalga hazaña.

Asistimos a la agonía del farmacéutico, lentamente consumido por la fiebre, pero no desmayado en el ánimo, que rechaza las compasivas insinuaciones de presentación, y así le vemos morir, en aquella manigua ingrata para su naturaleza débil y pacífica, pero buscada, ya que no como palenque prometedor de trofeos, al menos como refugio de sus rebeldías.

Espeluzna, sin que pueda mover a repugnancia, la transformación en fiera de un hércules inofensivo "Calentura", que ante la muerte del hermano, famoso paladín, resuelve desagraviarlo estrangulando enemigos con sus terribles manos.

Toda el hambre de la guerra se hace sentir en la contemplación de una de estas escenas:

Con inocente ardid logra un viejo soldado que Consuegra suba a un árbol, buscando frutas con que engañar al vientre, y así se eleje breves instantes de su caballo, para entonces matárselo de una puñalada. Al quejido desciende a tierra nuestro amigo, y lloroso empuña su revólver para vengar al bruto; pero el sacrificador, lleno de mansedumbre, y con lógica certera como su puñal, exclama: "Teniente, manda a fusilá tu compañero; yo tenía mucha hambre, negocio no tiene remedio". Con los miembros sangrantes, parece el animal ofrecerse al amo en último tributo; la necesidad de vivir dice lo demás; los dos hombres se entienden en un gesto cordial,

y el cuchillo de Consuegra también saja los generosos lomos.

No rehuye, pues, el autor los parajes de evocación dolorosa, con el pueríl empeño de fingir una Arcadia feliz, en la tierra desolada y exhausta. Prescinde de amplificaciones patéticas, que tan mal se avendrían con su temple de mambí a quien el bregar contínuo creó el hábito de no malgastar el tiempo en lloros inútiles; pero apunta los males suficientemente para que sintamos todo el rigor del medio en que vivieron nuestros libertadores.

Obras como esta ofrecen una información valiosísima de que estamos harto necesitados.

Suerte sería que las letras patrias se enriquecieran con la contribución frecuente de escritores como Consuegra, que habiendo sido actores en la demanda de este pueblo por su libertad tuvieron sagaz penetración para observarla en sus aspectos menos conocidos.

El breve relampaguear de los combates ya nos ha dejado ver, aunque no precisar, cómo se forjaba la hazaña, y cómo se moría. Aún queda en la penumbra algo no menos hermoso: cómo se vivía día a día, minuto a minuto en las cumbres del monte, en las ciénagas, en los bosques sin trillos . . . . en cuanto era tierra de alimañas; cómo cualquier cosa que le brotaba al árbol se aceptaba por fruto apetecible; cómo cuando la codiciada jutía "conocía ya al insurrecto por el olor", a falta de substancia, se echaba un nombre pomposo al estómago: "el picadillo de hierba de guinea". Reuniendo todos esos fragmentos dispersos, podríamos admirar y salvar del olvido lo más grande que hubo en la epopeya redentora: el alma del mambí.

ALBERTO CASTILLA DEL BUSTO.

Habana, enero de 1930.

EL AUTOR

AÑO 1899.



Capitán Roqueta: Esto Es Una Madriguera de "Soldaos"

El General Manuel Suárez Delgado, que fué un jefe valiente en la Guerra de los Diez Años, no quiso "malograrse" en la del 95, como al fin lo consigió poniendo en práctica todos los recursos que conocía y la experiencia adquirida en aquella larga contienda, consistente en saber acampar en lugares estratégicos, retirarse a tiempo y safarle el cuerpo al enemigo siempre que tenía una buena oportunidad de hacerlo, sin embargo de que sabía portarse como un bravo en los momentos difíciles y apurados.

Fué de los primeros en lanzarse a la manigua en el territorio villareño, arrastrando detrás de él, con sus prestigios revolucionarios a infinidad de "veteranos" y a distinguidísimos jóvenes de la mejor sociedad villaclareña, como los Machado, los Esparza, los Oropesa, los Rojas, los Consuegra, los Rodríguez, los Avalos, los Gómez y tantísimos otros que le dieron gloria y prestigio a las armas libertadoras.

Yo estuve en sus fuerzas hasta que marché con las del Brigadier Juan Bruno Zayas a la Campaña de Invasión, y soy testigo de algunos "hechos de armas" que lo acreditan como "gran estratega" y hombre práctico y conocedor de los resortes que los insurrectos empleaban con bastante frecuencia.

Sus campamentos los hacía, regularmente, entre lomas y en lugares que tuvieran una retirada que no ofreciera peligros; porque pensaba, lógicamente, que mientras menos hombres perdiera, había mayor cantidad de

enemigos que oponerle a España, a la que resultaba más fácil rendir, huyendo, que peleando, pues el "gringo" se cansaba y se exponía a insolaciones, tabardillos, el vómito y tantas enfermedades que mermaban sus filas.

"El Cordobonal", "El Quirro", "El Sumidero", "Becerra", "Ranchuelito", "El Maguey", etc. etc., eran los campamentos que por su situación geográfica resultaban para el General Suárez los mejores puntos de acantonamiento, y de ellos no salía ni a cañonazos.

Por el mes de octubre o a principios de noviembre de 1895, salimos de marcha, un día muy lluvioso, rumbo al "limpio", y no sé por cual circunstancia acampamos en "Las Nueces", potrero de yerba de guinea, abierto, muy llano y por el cual corren mansamente algunos arroyuelos de agua cristalina. A ese lugar primoroso, donde el ganado vacuno y de cerda existía en grandísima abundancia, nos condujo el Capitán Pablo Roqueta, hombre astuto, muy práctico y conocedor de todos aquellos contornos.

Acampamos y acto seguido el General llamó a su asistente Antonio Agustín Ugarte, "Buchinche" y le dijo:

—¡Uga . . . . tiéndeme la hamaca! a la vez que, admirando el hermoso panorama que tenía ante su vista, se entusiasmó extraordinariamente, felicitando al Capitán Roqueta y gritándole:

—¡Ya ve; ésto sí que es un campamento espléndido! Aquí me voy a estar unos cuantos días echándome fresco en la pa . . . . ¿Por qué no me trajo antes a estos parajes, Capitán Roqueta? ¡Que campamento más espléndido!

No habían trascurrido aún diez minutos de aquella simpática escena, cuando se sintieron algunos tiros sueltos que fueron tomados en el primer momento como de insurrectos matando puercos; pero seguidamente el ruido atronador de las descargas cerradas nos dió la evidencia de que el "soldao" estaba en puerta, y fué el delirio lo que se formó en el campamento, pues la gente

poco acostumbrada a entrar en pelea, principió a correr en todas direcciones en busca de sus caballos, mientras tanto las cornetas dejaban oir sus aires a los vientos.

Dos columnas en combinación nos estaban atacando por distintas guardias y ya puede calcularse cómo sería el negocio. Se pusieron algunas líneas de fuego para que fueran entreteniendo al enemigo, en tanto que se preparaba la retirada. Y en medio de aquella baraunda y de los tiros que cruzaban por sobre nuestras cabezas, se oía la voz del General Suárez ,diciéndole al Capitán Roqueta.

—¡Capitán Roqueta! ¿Donde me ha metido usted? ¡Esto es una madriguera de "soldaos"! ¡Sáqueme de aquí o lo mando a fusilar! ¡El práctico! ¡Que venga el práctico! ¿Donde está el práctico? Y sin esperarlo salió disparado, hasta que encontró las fuerzas preparándose para marchar.

Afortunadamente, no tuvimos que lamentar pérdidas de consideración, pues las únicas que experimentamos consistieron en algunos heridos leves, además de las hamacas y otros "cachivaches" que no pudimos recoger en la huída.

A los pocos días de este episodio guerrero, yo tuve la suerte de incorporarme a la Columna Invasora y no volví a ver al General Suárez hasta después de terminada la campaña, de la que él salió "ileso" operando por tierras camagüeyanas y empleando allí seguramente, la misma táctica que usaba en las Villas cuando acampaba en "El Quirro" "El Cordobonal" etc.

El Bueno de Don Arsenio

Por las llanuras espléndidas y magníficas que existen en la provincia de Matanzas, entre Colón y Jovellanos precisamente, marchaba triunfalmente la Columna Invasora en el mes de diciembre de 1895 llevando la vanguardia el Escuadrón del Comandante Monteagudo, de la Brigada de Zayas, al que yo pertenecía con el grado de Cabo.

El avance por aquellos territorios colmados de enemigos se iba haciendo lentamente y rodeado de toda clase de precauciones, en atención al inmenso número de tropas españolas que traíamos a retaguardia sobre el rastro que dejábamos, además de las que el General Martínez Campos tenía preparadas "estratégicamente" en lugares apropiados, para impedir la marcha victoriosa hacia el extremo occidental de la Isla al glorioso e invicto caudillo oriental, Mayor General Antonio Maceo, a quien pensaba derrotar definitivamente, para vengarse de los "Mangos de Baraguá" y de Peralejos . . . .

Nos habíamos separado el día antes del General en Jefe Máximo Gómez al partirse en dos la columna cuando cruzaba, en horas de la noche, la línea férrea entre Retamal y Altamisal, en medio del mayor silencio, sin que ninguno de los dos paladines se diera cuenta del rumbo opuesto que cada uno tomaba, pues la oscuridad no lo permitía, y, además no eran aquellos momentos muy a propósito porque llevábamos a media España detrás. Así continuamos el avance en los días sucesivos, oyendo constantemente el pito de las locomotoras conduciendo carros y más carros de tropas españolas, y las sirenas de los ingenios defendidos y guarnecidos por el enemigo.

Las "comisiones de candela" no cesaban en su misión de aplicarle la tea incendiaria a los verdes cañaverales, que al convertirse en pavesas ennegrecían el firmamento entre llamaradas terribles y grandes espirales de negro humo que todo lo envolvían.

Las tres de la tarde serían próximamente, cuando dimos vista al pueblo de Coliseo, cuyo destacamento nos rompió nutrido fuego al intimarle la rendición; por lo que, ordenó inmediatamente el General Maceo la organización del ataque, que llevó a cabo la caballería oriental; incendiando el caserío después de la resistencia ofrecida por sus defensores.

Cuando se estaba verificando esta operación llegaron las fuerzas del General Gómez, aumentándose el número de combatientes. Los dos caudillos se abrazaron, y conferenciaron largamente, porque tenían confidencias de que grandes núcleos de fuerzas enemigas, mandadas personalmente por el Gral. en Jefe del Ejército Español Don Arsenio Martínez Campos, marchaban sobre Coliseo; y la noticia al extenderse entre los "mambises" causó inmenso regocijo, porque íbamos a medir nuestras armas con el "Pacificador" como pomposamente era llamado y conocido Don Arsenio.

Yo, particularmente, me sentí un "héroe" y un gigante capaz de darle machete a diez "panchos", sin embargo de que era un chiquitín de 18 años, y me preparé para entrar en pelea con todos los ardores de mi juventud, ante la perspectiva magnífica de que combatiríamos contra las fuerzas del General en Jefe del Ejército contrario.

Afortunada o desgraciadamente para nosotros, la jornada no fué muy sangrienta, pues todo el aparato se redujo a pequeñas escaramuzas en las que no jugó ningún papel el "paraguayo mambí", ni tuvimos que lamentar pérdidas dolorosas.

El genio guerrero del "Pacificador" se evaporó aquella tarde memorable como lo hacían las columnas de humo que salían de los verdes cañaverales, pues su táctica no le dió ningún resultado favorable.

Puede asegurarse, que en Coliseo casi no se peleó, sin embargo de que "Martinete" fué bochornosamente derrotado; a tal extremo que desde allí mismo salió disparado rumbo a la Península y fué relevado del mando supremo de la Isla de Cuba.

Ganamos los cubanos aquella jornada; pero la perdimos, dolorosísimamente, porque Weyler sustituyó a Martínez Campos; y ya sabemos lo que significó para los cubanos de las poblaciones el período de mando de Don Valeriano, por lo que tuvo de sanguinario.

Hecho Heroico del Capitán Carlos Machado

No retengo en la memoria el nombre del lugar donde ocurrieron los hechos que voy a relatar, aunque sí recuerdo que fué en los primeros días del mes de enero de 1896, encontrándose la Columna Invasora en la Provincia de la Habana.

Era una hermosa mañana de cielo azul purísimo, cuando los rayos del Sol apenas dejaban sentir las fuerzas de sus ardores, a consecuencia del frío intenso de aquel invierno inolvidable, tan fecundo en proezas bélicas entre españoles y cubanos.

Las cornetas ya habían dejado oír sus notas alegres, tocando diana y formación, y en el campamento reinaba completa alegría, originada por los contínuos triunfos de nuestras armas, conducidas siempre a la victoria por el invicto caudillo General Antonio Maceo.

El "Congo", que era el cornetín de órdenes del Cuartel General hizo vibrar las notas de su instrumento tocando marcha, y seguidamente, se escucharon también las clarinadas de todas las unidades combatientes; poniéndose en movimiento la columna rumbo al extremo occidental.

Aquel día correspondió a la Brigada de Zayas, marchar a vanguardia, con el Escuadrón del Comandante Carlos Aguilar en la punta, haciendo el servicio de exploración. No habíamos andado media legua todavía, cuando al ¡Alto! ¿Quién va? de nuestros exploradores respondió el grito de ¡España!, dado por el enemigo, sonando inmediatamente algunos tiros graneados de los

cubanos, en tanto que los españoles avanzaban resueltamente, a descargas cerradas, como si quisieran barrer con su granizadas de proyectiles la pequeña resistencia que encontraban.

El Brigadier Juan Bruno Zayas, impasible y sereno como siempre, cursó las órdenes a sus ayudantes, que corrieron presurosos a trasmitirlas a los jefes de fuerzas; y acto contínuo las unidades se desplegaron en líneas de batalla, rompiendo fuego mortífero contra el enemigo, que no cesaba de avanzar valerosa y resueltamente.

Las balas de Máuser silbaban sobre nuestras cabezas, y las de plomo y parque amarillo, maullando como gatos, se sentían al chocar contra la tierra o al perforar los cuerpos, que caían exámines. Nuestras filas iban clareándose por momentos, porque la pelea era a corta distancia y no estaban hechos de algodón los proyectíles de los enemigos; pero, a pesar de todo, nos sosteníamos valientes en las posiciones que defendíamos.

A nuestra espalda sentimos, de pronto, un tremento trepidar de caballería que avanzaba; y vimos, a la cabeza de aquella falange magnífica la figura arrogante y simbólica del "Titán", que empuñaba en su diestra formidable el paraguayo invencible, mientras que el toque de a degüello se dejaba oír belicosamente. Había llegado el momento culminante y era preciso poner a prueba nuestra condición de hombres.

La Brigada de Zayas partió como un rayo detrás de su amado Jefe, que fué el primero en el avance, y decididos fuímos sobre el enemigo, al aire los machetes, los cuerpos inclinados hacia delante y colgando de sus cordones los sombreros. El Brigadier había seguido una ruta diferente a la que llevaba el General Maceo, al emprender la carga, y llegó con sus fuerzas frente al cuadro que había formado el enemigo, embistiéndolo sin respetar las bayonetas que se le oponían. Aquello fué inenarrable. Los españoles al ser atacados por la masa de nuestros jinetes disparaban sin cesar y resistían heroicamente; pero el empuje "insurrecto" se impuso, y

aquel cuadro formidable se abrió como compuerta empujada por la fuerza del agua, entrando los nuestros en él, dando machetazos a derecha e izquierda, en medio de la algazara y de los ayes de dolor. Las bayonetas penetraban en nuestras carnes y en la de los caballos, y el chac, chac, de los aceros, al herir los cuerpos enemigos, se escuchaba perfectamente, así como los gritos de dolor que lanzaban los "panchos" al recibir el golpe que los hacía caer en tierra.

Y en medio de aquella jornada de sangre y de heroísmos, se desarrolló una escena pavorosa entre dos contrincantes que medían sus armas caballerosamente.

Un Oficial del Ejército Español y otro del Ejército Libertador, luchaban desesperada y heróicamente al arma blanca. Eran dos jóvenes al servicio de sus respectivas Patrias, que defendían sus ideales y sus vidas. El último, era el Capitán Carlos Machado y Morales, predilecto Ayudante de Campo del Brigadier Zayas, y quien, por su arrojo y valentía supo conquistarse la confianza de su Jefe y la admiración y el respeto de sus superiores y subalternos. El otro, un valeroso Capitán de Infantería. La lucha a brazo partido entre ambos oficiales, hacíase cada vez más violenta e interesante, sin que ninguno de los dos lograra dejar fuera a su adversario; hasta que al fín, con un tajo irresistible, el cubano logró abrir brecha con su machete en el hombro del español, haciendo que la sangre brotara copiosamente de profunda herida, mientras que otro a la cabeza puso término a la lucha, cayendo a tierra el oficial hispano, para no levantarse más.

El Capitán Machado, piadosamente, ordenó entonces que se le diera sepultura al cadáver de su enemigo, y fué felicitado por el Brigadier Zayas y por cuantos presenciamos el combate.

Nuestras bajas fueron muy sensibles y dolorosas en aquella jornada.

Jovencito: Ese Caballo es Propio Para un General

Güira de Melena está unida a la Provincia de la Habana por una espléndida carretera, que era frecuentada constantemente por las tropas españolas en el período de la Guerra de 1895.

La Columna Invasora al mando de los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo llegó a las cercanías del mencionado pueblo el día 4 de enero de 1896, entre una y dos de la tarde, y acto seguido el General Maceo concibió el plan de ataque, aunque el General Gómez se oponía a ello, por estimarlo de difícil realización.

Fueron divididas en varios grupos las fuerzas que debían combatir en aquella operación, con la orden de abrir el fuego por tres rumbos distintos y marchar sobre la población hasta penetrar en su recinto. Güira de Melena no estaba defendida por tropas regulares, sino por unos trescientos voluntarios, y contaba con muy buenos reductos y gran abundancia de armas y municiones.

El avance se realizó simultáneamente en la forma ordenada, sin respetar el incesante y mortífero fuego que se nos hacía, primeramente desde los fuertes y casas particulares, y después del recinto de la Iglesia donde se refugiaron los voluntarios, y se mantuvieron durante más de media hora de duro combatir; hasta que tuvieron necesidad de rendirse al estar cercados por las llamas que se produjeron al arder los edificios cercanos.

La rendición la hicieron al entonces Capitán Manuel Aranda, que era un hombre de verdadero empuje, quien

entregó los trescientos prisioneros al General Maceo, que los puso en libertad.

Sacamos un rico y abundante botín, consistente en trescientas armas, unos cien mil tiros, mucho dinero, ropa, comida y cuanto los insurrectos pudimos cargar.

Después del ataque acampamos a la orilla de la población, y permanecimos en el lugar hasta el día siguiente, sin que los españoles dieran señales de vida, no obstante el crecido número de columnas que teníamos alrededor, a menos de tres leguas de distancia.

En lo que a mí particularmente se refiere, puedo asegurar que supe aprovecharme muy bien en la jornada, pues me "apertreché" de cuanto necesitaba, inclusive de un soberbio caballo dorado retinto de más de siete cuartas de alzada que saqué de un establo, donde el noble bruto estaba "ancho" y relinchaba impaciente, precisamente cuando yo pasaba de él a unas cuatro o cinco varas de distancia.

Al verme en posesión de tan bello ejemplar me puse más contento que unas Pascuas y llegué a creerme que era un hombre importante.

Salimos de marcha, y cuando habíamos caminado un cuarto de legua, recibí la orden de hacer una pequeña exploración acompañado de dos parejas, y partí inmediatamente hacia el rumbo que se me señalaba. Al cruzar un portillo abierto en una cerca de piedras, me encontré de manos a boca nada menos que con el General Maceo que venía a toda marcha seguido de su Estado Mayor y Escolta, quien, al vernos preguntó en seguida que para donde íbamos, y al responderle que en cumplimiento de una orden superior, nos mandó incorporarnos a las fuerzas, agregando seguidamente:

—Oiga, jovencito: ese caballo que usted monta es propio para un General y yo quisiera cambiárselo por otro.

Me quedé sin saber que contestarle; pero me repuse al momento y le dije a Maceo:

—General: este caballo lo encontré ayer dentro del pueblo, en un establo y me apoderé de él, después de haber pasado muchísimo trabajo, y ahora me alegro y me felicito, porque me dá la oportunidad de ponerlo en sus manos.

El General me dió las gracias y dispuso que se me entregara otro caballo en el que monté y salí disparado a incorporarme a mis compañeros, todavía impresionado, porque el Titán me había dirigido la palabra, a mi que era un humilde Cabo de 18 años de edad.

Confieso que aquella escena me produjo un efecto tan extraño, que permanecí un buen tiempo creyendo que escuchaba aquellas palabras de Maceo: "Jovencito: ese caballo que usted monta es propio para un General".

Yo Esta Corta Un Cañas

Aunque aún muchos se imaginen que el estado de "rebeldía" en que se encontraban las fuerzas cubanas que se batían bravamente en la manigua redentora luchando por la Independencia de la Patria, era hecho suficiente para que se desconocieran las reglas más elementales de la disciplina en las filas del Ejército Libertador, éste estaba sujeto a normas severísimas que se cumplían al pié de la letra y eran aplicadas rigurosamente en todos los casos que se presentaban. De ahí, que las armas cubanas desempeñaran gloriosamente su sagrado ministerio.

Diariamente era nombrado un Jefe de Día que tenía a su cargo todo lo que con las fuerzas ya acampadas o en marcha se relacionaba, a fin de que el orden y la disciplina se mantuvieran intangibles. El, organizaba las marchas y estaba pendiente de que éstas se verificaran ordenadamente; no permitiendo, bajo penas severísimas, que nadie se saliera de las filas sin la correspondiente autorización.

Sabido es, que la Columna Invasora, por el propósito que la guiaba, era de importancia capital y de gran responsabilidad para el plan que desarrollaba su jefe invencible, el General Maceo.

Cómo las marchas se hacían rápidas y nunca se sabía el tiempo que podríamos permanecer en-los campamentos, no siempre teníamos buena oportunidad de "juntar candela" para hacer la comida; y, de ahí, naturalmente, que los estómagos se "estragaran" y se hiciera forzoso llenarlos de lo primero que se encontrara, que era la caña por regla general.

Los "mambises" nos olvidábamos entonces de ser disciplinados, y nos salíamos de las filas durante las marchas, metiéndonos en los cañaverales, de donde salíamos cargados con una abundante provisión de la azucarada planta.

Muchísimas veces sufríamos las consecuencias de esas salidas de fila, y nos veíamos obligados a dar mucha "cureña" para salvarnos del plan de machete conque nos amenazaban los jefes y oficiales encargados de la difícil misión de conservar el orden cuando el hambre no podía aguantarse.

Y como nunca, ni aún en los lances más serios y comprometidos faltan los eternos contentos, para quienes la vida no es más que un relajo, muchas veces se le ocurría a cualquier gracioso echárselas de jefe, y desenvainaba el machete, esgrimiéndolo amenazador contra los soldados que en los cañaverales se entregaban a la "dulce" tarea de alimentarse, dando voces estentóreas de: ¡Vamos! "pa" las filas; cubran las filas o los coje el plan de machete.

A mi también se me ocurrió un día convertirme en "jefecito" y quise demostrarlo prácticamente, echándomele encima a un moreno viejo que muy tranquilamente estaba sentado en medio de una "guardarraya" dándose un soberano atracón, sin importarle un pepino, seguramente en aquellos momentos, ni el propio ideal que lo llevó a la manigua, pues toda su alma la tenía puesta en el sabroso zumo de la caña.

Al verlo en esas condiciones, me dirigí a él, empleando la forma más autoritaria; y dándole a mi voz la entonación de "hombre grande" le dije:

—¡Eh, ciudadano! ¿Que hace ahí sentado? ¡Vaya para las filas inmediatamente o le voy a entrar a planazos!

Y aquel hombre, con su santísima calma se volvió tranquilamente hacia mi, respondiéndome con gran parsimonia:

—YO ESTA CORTA UN CAÑAS . . . .

Era nada menos que un Coronel, según lo evidenciaban las tres estrellas en triángulo que llevaba en la "bandolera", y yo fuí quien se marchó para las filas, dispuesto a no volverme a meter en camisas de once varas, temeroso de tropezarme en cualquiera otra ocasión, con otro moreno "cabeciduro" y con estrellas, que me las hiciera ver a mí a fuerza de plán de machete.

El Viejo Gerardo

Para todos los que tuvimos la satisfacción de militar en las filas gloriosas del Ejército Libertador de Cuba, y operar en la Brigada de "Villaclara", que mandaba el General Gerardo Machado y Morales, era una costumbre ya arraigada llamar al Coronel Gerardo Machado y Castellón, padre del General, cariñosamente por el "Viejo Gerardo" o "Don Gerardo". Diciéndolo de cualquiera de las dos maneras, todo el mundo sabía de quién se trataba.

El "Viejo Gerardo" o "Don Gerardo", hizo la Guerra de los Diez Años operando en la zona de Villaclara, sin que en ninguna ocasión fuera sorprendido por los españoles que perseguían a los insurrectos encarnizadamente y hasta con perros. El se mantuvo invicto en la campaña, y fué su mayor galardón burlarse frecuentemente de sus perseguidores; y eso que el campo de sus operaciones no era muy extenso que digamos y se encontraba a dos o tres leguas de distancia de Villaclara, de Camajuaní, de Placetas, de la Esperanza, etc. donde las guerrillas españolas se distinguían por su fiereza y ansias de exterminio. "Don Gerardo" terminó aquella heróica campaña, luciendo las estrellas de Comandante, que se ganó muy valerosamente por cierto.

Al estallar la Guerra de 1895, fué el "Viejo Gerardo" uno de los primeros "mambises" de las Villas, y esta vez, llevando consigo a sus dos únicos hijos varones, "Gerardito" y "Carlitos". Lo ascendieron a Coronel.

Su zona de operaciones fué la misma que en la década pasada, y su misión, desde los comienzos de la lucha hasta que hubo terminado, fué de carácter civil, por ser Delegado de Hacienda y Gobernador, sin embargo de

que le gustaba tirotear encarnizadamente a las tropas, acompañado de las parejas a sus órdenes, porque él decía que a los "panchos" había que traerles siempre al trote, para que sudaran mucho y fueran atacados del vómito después que tomaran agua en los arroyos. "Don Gerardo" era un verdadero filósofo en cuestiones guerreras y sabía más de ellas que muchísimos Jefes que mandaban fuerzas.

Cada vez que alguna "comisión" cruzaba de Oriente a Occidente o vice versa, tenía que tropezarse con el "Viejo Gerardo", porque todas venían con la recomendación de verlo, por la fama que gozaba de hombre práctico y sabedor de los resortes mejores para pasar sin ser visto por entre los españoles.

Ponerse en contacto con "Don Gerardo" y entregarse en sus manos para que él sacara de apuros a los insurrectos, era algo que todos envidiábamos en la zona de Villaclara, porque sabíamos que desde ese momento estábamos fuera de peligro, pues a él no había español que lo sorprendiera, aunque se tratara de guerrilleros cubanos al servicio de España, prácticos y conocedores del terreno. "Don Gerardo" decía, entre muchísimas frases que en él habían tomado carta de naturaleza:

—Yo soy un hombre tan conocedor de la guerra de Cuba y tengo tanta experiencia de la vida "mambisa", que a mi es muy difícil que los españoles me sorprendan fácilmente; y uno de los cuidados grandes que pongo en práctica cuando voy de marcha, es, que por donde quiera que paso tranco el portillo o cierro la puerta, para no dejárselos nunca abiertos al enemigo.

Era muy raro que "Don Gerardo" se quedara a dormir con otros insurrectos en un mismo lugar. El los acompañaba hasta el último momento, y los ayudaba para que salieran triunfantes en sus empeños durante las horas del día; pero en cuanto llegaban las de la noche, "aparejaba" su jaca dorada y se marchaba muy tranquilamente, yendo a pernoctar en parajes que él únicamente conocía. De ahí, su táctica sabichosa de hombre prác-

tico, con la experiencia de diez años de batallar incesante, sin abandonar nunca los alrededores de Villaclara.

Por eso pudo terminar gloriosamente la jornada que constituyó el mayor ideal de su existencia, y desempeñar con tanta capacidad los dificilísimos cargos que se le confiaron en la campaña de Independencia; por eso vivió tranquilo y se sintió satisfecho del bien que hizo, y tuvo la complacencia de verse respetado querido y admirado hasta el día de su muerte.

Su recuerdo vive y perdura en el corazón de sus compañeros de armas y de cuantos tuvieron la dicha inmensa de tratarlo.

Ah! ¿Entonces Ud. es Gerardito....?

En el mes de abril del año 1896, regresaron de Occidente las fuerzas de las Villas que, al mando del Brigadier Juan Bruno Zayas, acompañaron al General Antonio Maceo en la gloriosa jornada de la Invasión, y en ellas venía el Escuadrón al mando del Teniente Coronel José de J. Monteagudo, donde yo figuraba en calidad de Sargento.

Acabábamos de rendir una campaña de victorias consecutivas, que dió principio en "Mal Tiempo", llevando la guerra con todos sus horrores a las provincias occidentales, y nos sentíamos orgullosos de la participación que cada uno había tomado en aquella épica contienda, en la que nos ganamos el honroso título de INVASORES, que era, por sí sólo suficiente para que nos creyéramos superiores a todos los demás "insurrectos" que no tuvieron la oportunidad de batirse a las órdenes del Titán Maceo.

Nuestra pequeña columna llevó a cabo sus marchas de regreso, atravesando tres provincias sin haber librado ningún combate de importancia, tal vez porque toda la atención de los españoles estuviera fija en Pinar del Río, donde quedaba el General Mcaeo batiéndose diariamente como un león y triunfando siempre de las múltiples "combinaciones" que los generales de Weyler le preparaban, ansiosos de derrotarlo definitivamente.

Las tres de la tarde de un día espléndido serían, cuando llegábamos a "Manajanabo" o a "La Minerva", no lo recuerdo bien, y no se me olvida que marchando mi fuerza a la vanguardia, divisamos sobre una lometica un grupo de hombres armados, al que dimos el ¡Ato!, ¿quién va? respondiéndonos ¡Cuba!. Al escuchar yo

aquella palabra, no se lo que pasó por mi, ni qué fuerza me impulsó; pero lo cierto es que le "metí" las espuelas a mi caballo y me lancé a todo galope hacia aquella gente, lleno de la más grande alegría, porque regresaba a la "zona", y desde ese momento iba estar constantemente entre los mios.

Al acercarme al grupo oí una voz imperativa, de mando, que me dijo:

—Oiga, jóven; ¿tiene usted muchos caballos como ése, para que acabe con ellos dándoles esas carreras sin utilidad ninguna?

No pude contenerme al escuchar aquellas palabras; y sin fijarme siquiera en quién las pronunciaba, le respondí altaneramente quién sabe si hasta engreído porque venía de Vuelta Abajo, diciéndole:

—Este caballo lo traigo yo desde Pinar del Río, donde he peleado muy duro a las órdenes del General Maceo, y lo corro así, porque es de mi gusto hacerlo.

Quien me hablaba era un jóven alto, de espeso bigote negro, de rostro expresivo y unos ojos en cuya mirada encontré algo que me hizo sentír su superioridad.

—¿Sabe usted con quien está tratando? me repitió secamente.

—Pues no, señor, lo ignoro, y quisiera que me lo dijera para saberlo.

—Soy el Teniente Coronel Gerardo Machado, y lo voy a enseñar a ser respetuoso con sus superiores.

Al decirme su nombre, me olvidé del incidente y le pregunté: ¡Ah! ¿Entonces usted es Gerardito?

—¿Y tú, quién eres, que me conoces?

—Yo soy Israel Consuegra. ¿No se acuerda de mi?

—Pues ya lo creo que me acuerdo, muchacho. Pero escucha: seguramente que tú, sin darte cuenta de lo que hacías, me has respondido en una forma contraria a la disciplina y al mismo tiempo irrespetuosa, que yo atribuyo a tu inexperiencia y a tus cortos años (tenía 18). Que te sirva de lección para lo sucesivo; y, fíjate en que no te impongo ningún castigo por lo que acabas de hacer.

Desde entonces, he tenido siempre presente aquella escena, que he recordado frecuentemente, y que me sirvió de mucho en todo el tiempo de la Guerra.

¡Quien me hubiera dicho aquel día del mes de abril de 1896, que el jóven gallardo, simpático y de grandes bigotes, de quien fuí Ayudante de Campo cuando ascendió a General y mandó la Brigada de Villaclara, iba a ser nada menos que Presidente de la República de Cuba!

De habérmelo imaginado siquiera, no me habría separado nunca más de su lado, y ni "Colinche" me hubiera hecho nada, que es mucho decir; pues hasta en la sopa me iba e encontrar.

El Escudo pintado por "Conchita"

Hallábase acampado en "El Roble" el General Juan Bruno Zayas, en uno de los días del mes d abril de 1896, después de su regreso de Occidente, cuando en la casa de José de los Angeles García, donde precisamente se encontraban las hermanas del Capitán Ismael Avalos, una de éstas, Conchita, le mostró al Brigadier un escudo cubano que ella había pintado, diciéndole que ese era el regalo que le tenía guardado para cuando volviera triunfante de la Invasión.

Zayas tomó el escudo y, después de contemplarlo un buen rato, dijo a Conchita:

—Parece una cucaracha
el mal pintado diseño . . . .

El Comandante Médico Manuel Velasco, que se encontraba echado sobre unas tablas, agregó:

—Y yo tengo mucho sueño
y no entiendo de guaracha".

Entonces, el Brigadier, viendo a Margarita que estaba cerca de su caballo, expuesta a coger una patada del noble bruto, dijo asi:

—Quiten de allí a esa muchacha
porque la mata el caballo . . . .

Conchita también se inspiró y compuso estos dos versos:

—Oigan como canta el gallo
sobre la mata de güira,

A lo que repuso Velasco, al tiempo que se ponía de pié por haber sentido unos tiros:

—Y allá cuelgo yo mi lira
a ver si la parte un rayo.

Mientras los "poetas" se entretenían improvisando versos, los "panchos" tocaban su música en la guardia del rastro, y lo hacían en tal forma, que entre sus compases y el eco lejano de las descargas, establecíose un maravilloso conjunto armónico. Y al generalizarse el fuego, cuando el Máuser empezó a cantar y sus balas cruzaban por encima de nuestras cabezas, sus silbidos simulaban ya lamentos de una cuerda de violín al rozarla la ballestilla, ora estridencias de clarín, según fuera de plomo o de acero el proyectil que atravesara el espacio.

El Brigadier había acudido inmediatamente al lugar del peligro, llevando en su diestra el escudo pintado por Conchita, que colocó en el ala de su jipijapa, sin acordarse seguramente de que, pocos momentos antes, lo había comparado en son de guasa, con una cucaracha.

La pelea de aquel día, fué otro nuevo escalón conquistado por el General Juan Bruno Zayas para llegar al pináculo de sus glorias inmarcesibles. El machete insurrecto abrió brecha en las filas españolas, y el escudo pintado por Conchita no pudo tener mejor bautismo, pues fué ungido con sangre enemiga y laureado por la victoria insurrecta.

Date, Mocho, que tú eres de la Reina y no te pasa nada

La Columna Invasora al mando del Mayor General Antonio Maceo, en su marcha triunfal por las Provincias occidentales, burlando diariamente los esfuerzos que realizaba el Ejército Español para contener su avance, penetraba frecuentemente en los pueblos que encontraba a su paso, unas veces a sangre y fuego y otras a "tambor batiente", sin disparar un solo tiro.

Los "insurrectos" gozábamos infinitamente cuando la función se realizaba "cantando el guariao", que era a los acordes de la música producida por el ruido de las descargas de fusilería, porque sabíamos que entonces teníamos manga ancha para echarle mano a todo lo que encontráramos. Si, por el contrario se entraba en el pueblo en correcta formación, o sea con carácter pacífico, no había nadie que pudiera salirse de las filas ni para tomar agua, pues el que lo hiciera se exponía a recibir sobre las espaldas el efecto del plan de machete; y había que oír los comentarios y las maldiciones de los mambises contra los voluntarios y los soldados que se rendían sin disparar un tiro.

Por cierto, que en uno de esos pueblos, no se si fué en el de Cabañas o en el de Guanes, en la Provincia de Pinar del Río, le dimos libertad a los presos de la Cárcel no condenados por delitos graves, los cuales se nos incorporaron en su casi totalidad; haciéndolo en el Escuadrón a que yo pertenecía un negrito llamado Isidro Pimienta, al que le faltaba el brazo izquierdo que tenía cortado por debajo del codo, que se hizo muy amigo mio y fué mi buen compañero durante toda la campaña.

Pimienta era muy valiente y desde los primeros momentos se destacó por su conocimiento de la vida del campo. Para él no existían dificultades ni momentos difíciles, pues salía de ellos facilmente. Peleábamos siempre uno al lado del otro en las líneas de fuego y nos cuidábamos mutuamente.

Después de la Invasión regresamos a las Villas con el Brigadier Juan Bruno Zayas, y con él volvimos a la Habana, operando a sus órdenes hasta que ocurrió su muerte en julio de 1896.

A principios del citado mes de julio, estando acampados en las lomas de "Santa Bárbara", fuimos atacados bárbaramente por el Regimiento de Caballería "Pizarro", a las órdenes del Coronel Figueroa, en forma tan estupenda, que aún me parece que suenan en mis oídos los gritos de Viva España y mueran los "mambises" conque aquellos diablos azules se nos echaron encima sin respetar las granizadas de balas que les disparábamos a "boca de jarro".

Fué tan descomunal aquella arremetida, que nuestra fuerza no tuvo tiempo ni para organizarse, pues las líneas de fuego que se pusieron resultaron débiles obstáculos que arrollaron facilmente. Pimienta y yo íbamos apareados en la huída que emprendimos, disparando nuestras carabinas incesantemente, a la vez que le metíamos con furia las espuelas a los caballos, para que corrieran más todavía y nos pusieran fuera del alcance de los "gringos".

Al cruzar una cerca de piedras nos separamos un poco, seguidos por un grupo enemigo empeñado en echarnos mano de cualquier manera, y yo oía claramente cuando un soldadote muy grande y muy colorado que iba detrás de Pimienta, le decía:

—Dáte, Mocho, que tu eres de la Reina y no te pasa nada.

Y el mocho le respondía, al propio tiempo que disparaba puesta la carabina sobre el muñón.

—Ven a cogerme si puedes "gringo gediondo", que yo seré de tu Reina cuando ella venga a pedírmelo.

En uno de sus disparos logró Pimienta derribar a su enemigo, y aprovechamos que nuestros perseguidores se detuvieron al caer su compañero, para escaparnos ilesos, de aquel desastre insurrecto.

Lo que me pasó con el Viejo Gómez

Como yo fuí uno de los muchísimos "insurrectos" que no se tomaron la molestia de llevar "Diario de Operaciones" y no conservo otra cosa de la Guerra de Independencia, que el recuerdo del hambre y las calamidades pasadas, no estoy muy cierto si fué a principios o a fines de 1897 cuando ocurrieron los hechos a que voy a referirme en este relato positivamente histórico. De lo que si estoy segurísimo es de que en esa época estábamos pasando más hambre y más miserias que un Maestro de Escuelas al servicio de la "Madre Patria" y de que los "gringos" nos traían a "mecha sacá", sin dejarnos tiempo ni para rapiñar alguna rabuja de boniato silvestre, o darle un toletazo a una jutía cimarrona. Válganos, que de cuando en vez nos colábamos en algún pueblo y sacábamos de él, a tiro limpio, cuanto nos hacía falta, para ir tirando.

En esa fecha a que me refiero, fué Placetas, precisamente, la población escogida por el General Monteagudo para irle arriba; y allá nos fuimos con la alegría en el alma, esperanzados de darnos un buen atracón de "laterías" y pertrecharnos de ropa, zapatos, armas y municiones.

Llegamos de noche a los alrededores de la población, y después de hechas las correspondientes exploraciones y distribuídas las fuerzas para el asalto, lo verificamos en número de unos trescientos hombres, cortando las alambradas y penetrando en el pueblo por distintos lugares.

Yo lo hice en compañía de un pelotón de gente resuelta, del que era jefe, y llegamos, debajo de las balas, frente a un establecimiento, al que asaltamos como bui-

tres hambrientos, apoderándonos de todo lo que pudimos cargar, que íbamos metiendo en los "jolongos" que llevábamos a la espalda. Hicimos, aquella noche, una buena cosecha dentro de Placetas, y salimos de ella después de pasadas algunas horas, aunque con bajas muy sensibles, satisfechos del botín que llevábamos y del efecto moral que produciría el golpe que acabábamos de darle a los españoles, en sus mismas narices.

Cuando al día siguiente hicimos el inventario de lo que habíamos sacado, me di cuenta de que en mis efectos estaba un flus completo de "cordellate" saco, pantalón y chaleco a cuadritos negros y blancos, además de un espléndido sombrero de jipijapa y un par de zapatos negros de los llamados de "elásticos" con lo que estaba habilitado para una buena temporada. Me vestí inmediatamente y llamé la atención en el campamento por lo elegante y lo majo que me encontraba.

Y aquí viene ahora lo más interesante de mi cuento; la parte cómica, pudiéramos decir.

El General Monteagudo, a cuyo Estado Mayor pertenecía yo, me dió la orden de que cogiera el "Archivo" y lo acompañara al Cuartel General del General en Jefe, Máximo Gómez, que estaba acampado cerca, y acto contínuo me puse en condiciones de marcha, no sin decirle al General, de quien era primo hermano, lo siguiente:

—Yo tengo miedo de ir a presencia del General Gómez vestido en esta forma, porque sé que me va a echar una rociada, creyéndome un "pacífico" acabado de salir del pueblo.

El General Monteagudo se sonrió al oirme, obligándome a que lo acompañara.

Llegamos al Cuartel General, y Monteagudo se dirigió a la tienda del "Viejo" donde penetró, mientras que yo me quedaba afuera, encogido y temeroso, con más miedo que vergüenza, esperando a que "Chucho" me llamara.

Pasada media hora, oigo la voz de éste, que me llama, diciéndome.

—Entra, Israel, y tráeme el archivo.

Penetró en la casa de campaña del "Viejo", y ¡para que fué aquello! Apenas me vislumbra el General Gómez se vuelve hacia Monteagudo y le grita con aquella entonación que él ponía en sus palabras y que hacía temblar hasta a los generales más "toros".

—Pero oye, Monteagudo; parece mentira que un hombre tan guapo como tú, que te has ganado esas estrellas que llevas al cuello peleando todos los días, tenga de Secretario a un "literato" acabado de salir del pueblo, y tan lindo que parece un muñeco llorón. ¿Es que no tienes algún hombre de verdad, que sepa leer y escribir?

Yo escuchaba aquella "filípica" del "Viejo" sin respirar siquiera; hasta que sin poder contenerme dí un paso al frente y le dije:

—Perdóneme, General. Yo no soy ningún "pacífico" como usted se figura, pues esta ropa la cogí anoche mismo, debajo de las balas, en Placetas, donde entramos victoriosamente; y aquí donde me ve, soy todo un "veterano"; hice la Invasión en las fuerzas del Brigadier Zayas, y el grado de Teniente que tengo me lo gané peleando.

El General Gómez se pasó la mano por el chivo y lo único que contestó fué, dirigiéndose a "Chucho".

—¡Ya sabía yo, Monteagudo, que tu no podías tener de Secretario a un "pacífico". Te lo dije nada más que para jaranear contigo!

Cucha cómo etá cañón Viejo Quintín

El General Quintín Bandera no acompañó a la Columna Invasora en su marcha triunfal hacia Occidente, porque se quedó "rezagado" con la infantería a sus órdenes por las lomas de Trinidad, entreteniendo a las fuerzas enemigas, para quitárselas de encima al General en Jefe Máximo Gómez y al Lugarteniente General Antonio Maceo.

Esas fuerzas del General Bandera gozaban fama de "fajarse muy duro" cuando la cosa se ponía apurada, y un día lo demostraron, creo que por la parte de Fomento o de Manicaragua, al estrechar sangriento combate con los españoles al mando del Coronel Palanca, que era uno de los jefes del Ejército Español que no andaba creyendo en "mambises" guapos, y que los perseguía con verdadero encarnizamiento.

En esa acción guerrera se llevaron a cabo los acostumbrados actos de valor entre los combatientes. El fuego graneado de los nuestros y las descargas cerradas de los peninsulares sonaban incesantemente; y en medio del ruido ensordecedor de la fusilería sobresalía el estruendo producido por la artillería española, cuyos proyectiles cruzaban el espacio sin causar daño en las filas cubanas.

El General Bandera ordenó por medio de uno de sus ayudantes, que principiara también a funcionar el cañón insurrecto en que tenía puestas todas sus esperanzas de victoria, y los servidores de la "formidable pieza" procedieron a cargarla hasta la boca, para acabar de una vez con el enemigo. Hecho el primer disparo, sucedió lo que era de esperarse: el cañón "mambí" reventó, matando a sus artilleros y causando enormes heridas a los

hombres más cercanos, con los pedazos de hierro, de madera, de clavos etc., que tenía en la panza.

La pelea continuaba ardorosa y cada vez con mayores impulsos, y el tronar de la artillería española no se callaba un instante.

Aquellos orientales que tenían fanatismo por el General Bandera se entusiasmaban más y más y se sentían llenos de furiosos ardores oyendo el trepidar de las armas, y combatían a pecho descubierto como verdaderos héroes, creyéndose invencibles en aquella jornada bélica, por que pensaban que su "cañón" acabaría con el enemigo. Era tanta la alegría en las filas cubanas que un Capitán al escuchar los repetidos disparos de artillería, arengó a su gente, para que avanzara, diciéndole:

—CUCHA COMO ETA CAÑON VIEJO QUINTIN.

Y fué tanto el fanatismo de aquellos bravos orientales, que casi se metieron en el campo enemigo, creyendo que eran cubanos, sin darse cuenta de que fueran los cañones contrarios quienes hacían temblar la bóveda celeste.

Los españoles hicieron unos cuantos prisioneros, y entre éstos se encontraba el abanderado del General Bandera, portando nuestra enseña gloriosa.

Debe suponerse el regocijo que hubo en el campo contrario al conocer por boca de aquellos prisioneros los estragos causados en nuestras filas por el "cañón" mambí al reventarse. Y decían, a todo pecho, dirigiéndose al General Bandera.

—¡Anda, Quintín sin bandera. Hijo de mono y aura. Dáte, pillo mambí.

Los Caránganos

En los primeros meses de la Guerra de 1895 y aún en todo el primer año transcurrido desde su iniciación, puede decirse que los "mambises" disfrutábamos sabrosamente de la vida en lo que se refiere a la facilidad que teníamos para buscarnos la comida y las prendas de vestir, las que nos cambiábamos con relativa facilidad. Recuerdo que muchísimas ocasiones después de acampar nos regábamos en pequeños grupos por las sitierías cercanas, y le preguntábamos a los "pacíficos" que encontrábamos, sin desmontarnos de los caballos.

—¿Ciudadano: puede hacernos comida para cuatro o cinco hombres?

Si la respuesta era satisfactoria inquiríamos entonces lo que tuviera para ofrecernos, pues si no nos gustaba el "menú" continuábamos la marcha hasta encontrar la sabrosa carnecita de puerco, el pollo, huevos fritos y hasta pan, vino, café y tabacos.

Igualmente ocurría cuando una pequeña fuerza acampaba en medio de algún potrero, donde las casas estaban distantes. Matábamos una novilla de las más gordas y de ella solamente aprovechábamos el filete y la cantidad de carne que necesitábamos en el momento, dejando allí botado, para que las auras le dieran pico, el resto del animal.

Después que la cosa se puso estrecha nos comíamos hasta el cuero de todo bicho viviente que caía en nuestras manos.

De la ropa que cubría nuestros enflaquecidos cuerpos nada hay que decir, en atención a que la mayoría de los insurrectos carecía de ella y solamente llevaban

"taparrabos" o verdaderas "ripieras", en cada uno de las cuales era mayor la cantidad de "caránganos" que la tela. Estos endemoniados insectos tenían la rarísima cualidad de ser españoles e insurrectos al propio tiempo, como voy a tratar de demostrarlo.

Su condición de hispanos la demostraban los muy condenados, porque nos chupaban la sangre hasta la última gota y no nos dejaban un momento de tranquilidad, ya que nos tenían constantemente ocupados en rascarnos para buscar alivio de sus lancetazos; y la de insurrectos la evidenciaban no dejándonos dormir a piernas sueltas, para salvarnos de las sorpresas del enemigo.

Había que ver aquellas escenas de los campamentos, cuando los "mambises" al pié de las hogueras nos entreteníamos matando "caránganos". Eran, éstos, unos bichitos medio parecidos a las garrapatas; un poco más pequeños y de color blanco-sucio, con una rayita negra en el centro, que traqueaban bárbaramente al ser comprimidos entre las uñas de los dos dedos pulgares. Había "insurrectos" que se entretenían apostando a que sus "caránganos" estaban más gorditos y hermosos; lo que quería decir que en ellos había más terreno abonado para la reproducción y mucha mayor cantidad de "churre" para conservarlos.

En la infantería sé criaban mejor y con mayor abundancia que en la caballería, quien sabe si porque en aquella arma, por su pesadez de movimientos se sentían mejor y más cómodamente.

Por ahí andan todavía vivitos y coleando, muchos, pero muchísimos "insurrectos" que en la manigua eran una especie de "madre" de los "caránganos", porque tenían sangre para que ellos hicieran "criaderos", que ahora no dejan ni que se les pare una mosca encima, y que, hasta se asquean recordando que los bichos se los comían en la manigua.

La Confidente de los Españoles

El pueblecito de Báez, perteneciente al Término Municipal de Villaclara fué muy célebre durante el período de la Revolución del año 1895 por su "Cabo Ocaña", que era el jefe de las fuerzas españolas que lo guarnecían, y que no le daba cuartel ni à la madre de los tomates, si ésta caía en sus manos procedente de la manigua insurrecta. Pero Báez, nos daba, en cambio, magníficas oportunidades para abastecernos de ropas, comida, armas y municiones que nos proporcionaba Manuel Chaviano, el confidente que allí teníamos los "mambises", además de todo lo que sacábamos debajo de las balas, cuando nos colábamos en el poblado durante las horas de la noche.

En los alrededores de Báez existe un lugar llamado "La Manigua", desde donde explorábamos la zona de cultivo y vigilábamos a los pacíficos que salían en busca de viandas.

Yo tenía un compañero de correrías por aquellos parajes, muy conocedor y práctico de todos sus escondrijos por haberse criado en ellos, nombrado Celedonio Más, a quien todos conocíamos y llamábamos por "Cundo", con el cual en distintas épocas y ocasiones practiqué exploraciones y llevé a cabo algunos actos entonces tolerados y que hoy nos hubieran proporcionado grandes quebraderos de cabeza.

El "Cabo Ocaña" era hombre en extremo sanguinario, que gozaba dándole machete a cuantos "majases" o pacíficos tenían la desgracia de ponerse en contacto con su autoridad; sin embargo de que se fajaba muy duro cuando se tropezaba con la resistencia insurrecta.

Las fuerzas de la Brigada de "Villaclara" le pusieron cuantas trampas inventaban, para capturarlo o darle muerte, y el hombre se valía de sus buenas confidencias para no caer en la ratonera. Aquello nos tenía verdaderamente consternados.

A "Cundo" se le había metido en la cabeza que era una mujer la confidente del "Cabo Ocaña", y así me lo dijo un día que estábamos acampados en "Zuazo", distante un par de leguas de Báez. Decidimos pedirle autorización al General Monteagudo, para averiguarlo, y una vez que la conseguimos marchamos los dos hacia el pueblo, dispuestos a ponerle término al poderío de Ocaña en la zona de Báez, aunque tuviéramos que acabar con María Santísima.

Llegamos a la "Manigua", donde escondimos los caballos, y continuamos a pié hasta ocultarnos en un lugar estratégico desde el cual podíamos ver todos los movimientos de la gente del pueblo, y por el que tenía que pasar precisamente la persona en cuya busca íbamos. No fué muy larga nuestra espera, pues al poco rato sentimos unos pasos que se acercaban cautelosamente. Preparamos nuestras carabinas echados de bruces contra el suelo, y vimos delante de nosotros a la mujer que buscábamos, quien al darse cuenta de que éramos insurrectos dió media vuelta y emprendió la fuga hacia la población sin escuchar las voces que le dábamos para que se detuviera, por lo que le hicimos dos o tres disparos sin intención de causarle daño y solamente para que se parara; con tan mala suerte para ella, que uno de los proyectiles la alcanzó en medio de la espalda y la derribó sin vida.

Nos acercamos al cadáver y vimos que tenía al lado un bultico, en el cual llevaba varios artículos de comer, y amarrado en una de las puntas del pañuelo un papel que le servía de "salvoconducto", firmado nada menos que por el "Cabo Ocaña", para que pudiera entrar y salir libremente de Baez. Nos comimos los efectos, y después de enterrar el cadáver regresamos al campamen-

to dándole cuenta al General de lo que habíamos hecho; haciéndole saber que no tuvimos la intención de matar a la confidente de Ocaña. El General nos echó una buena "rociada únicamente", y "Cundo" y yo nos fuimos para nuestro rancho segurísimos de que habíamos puesto fin a las fechorías del célebre Cabo Ocaña.

Echa pa un lao, Teniente, que tú no sabe caminá a pié

Vamos a retroceder 31 años de existencia, para situarnos en "Yaguanabo", que es un lugar muy pintoresco de la "zona" de Trinidad, de verdor infinitamente hermoso, rodeado por agrestes y empinadas lomas casi en semicírculo y con vista al mar espléndido, cuyo oleaje incesante choca frenético contra la rocosa orilla, donde se rompe y forma espumantes espirales que después se pierden mansamente, tranquilamente en interminables reflujos.

En aquellos parajes magníficos de belleza y de vegetación se encontraban acampadas en los primeros días del mes de junio del año 1898, algunas fuerzas pertenecientes a la Segunda División del Cuarto Cuerpo del Ejército Libertador, al mando del General José de J. Monteagudo, correspondientes a la Brigada de Villaclara, que mandaba el General Gerardo Machado, a la de Cienfuegos, cuyo jefe era el General Higinio Esquerra y a la de Sagua, a las órdenes del General José Luis Robau.

Por las costas trinitarias debía desembarcar una expedición que viniera a sacarnos del estado de penuria en que nos encontrábamos, lo mismo con respecto a comestibles que en lo referente a las armas y municiones y al vestuario para cubrir nuestros enflaquecidos cuerpos.

Llevábamos como diez días de espera, saltando de un campamento para el otro, en contorno de dos o tres leguas, careciendo de alimentos y hasta de pasto para la caballería. Cangregos "ciguatos", algunas pomarrosas

y mangos tiernos, era lo único que teníamos para sostenernos; y hasta los caballos, en gran abundancia, habían caído a golpes de cuchillo, víctimas de nuestra desesperación.

Una tarde lloviznosa me salí del campamento en busca de algo que comer, montado en mi caballito "moro azul", el mismo que me había acompañado durante más de dos años de campaña, y al que ya le tenía puesto mi cariño y mi confianza. Marché por derriscaderos y breñales cerca de media hora, y me encontré, escondida entre unos maniguazos, una matica de mangos, de cuyas ramas pendían los apetitosos frutos, aún fuera de sazón, pero que para mí representaban el manjar de los dioses. Eché pie a tierra, y principié a tratar de cogerlos a toletazos y a pedradas, con la desesperación que es de suponer; y cuando más entusiasmado me encontraba en aquella tarea, oí detrás de mi una voz que me dijo:

—Mira, Teniente: tu no sabe cogé mango y te va a cansá tirando tolete; mejó tu subí en mata, meneá gajo y yo me poné recogé mango en suelo toitico que caiga.

Acepté la oferta que me hacía mi interlocutor, que era un moreno viejo de la infantería, y me subí a la mata, deslizándome por los gajos, fija mi atención en aquellas frutas que iba cogiendo y dejando caer paulatinamente.

Pasados algunos momentos, sentí debajo de la mata algo así como el lamento de quien se encuentra a las puertas de la muerte, y al dirigir la vista hacia el suelo, presencié el espectáculo que más dolorosa impresión me produjo en toda la campaña: aquel moreno de los demonios, se aprovechó de que yo estaba entretenido sobre el árbol, para darle una tremenda puñalada a mi pobre caballito "moro azul", dejándolo muerto instantaneamente.

Me tiré de la mata convertido en una fiera, y al caer, saqué el revólver enfilándolo contra la cabeza del negro, a quien increpé duramente, casi saltándoseme las lágrimas, mientras que él, por toda respuesta, me decía.

—Mata, si quiere, negro viejo, Teniente: manda fusilá tu compañero. Yo tenía mucha hambre y ya caballo tuyo ta morío. Mira: coge pa tí filete sabroso, que ya negocio no tien remedio, y yo me quedá con otra parte caballo, pa que coma gente mi Compañía.

Después de oírlo no pude replicar una palabra, y regresé a pié para el campamento, llevando al hombro el filete de mi pobre caballito, al que le dimos diente poco después, convenientemente asado.

A la mañana siguiente me propuse resarcirme de la pérdida, y concebí el proyecto de apoderarme de otro caballo, lo que hice rápidamente.

La Escolta del General Esquerra estaba acampada cerca de nosotros, y sus caballos pastaban tranquilamente por una lometica cercana. Allá me dirigí, viendo una pareja de bestias sujetas por la misma soga, de la que pude apoderarme sin que nadie me viera. Uno de los caballos lo cogí para mi monta, y el otro lo sacrificamos para la Escolta del General Monteagudo, quien comió de él, sin saber su procedencia. No sé cómo se enteró, más tarde, de lo que yo había hecho y me llamó a su presencia diciéndome:

—Ca . . . nallita: yo te voy a enseñar a ti a robar caballos.

Y sin otra frase más, me mandó para la infantería del Teniente Coronel Bonifacio Sterling, en una de cuyas compañías ocupé mi puesto de oficial.

Pasaron los días sin que la expedición llegara, y salimos de marcha rumbo a la zona de Villaclara. Me quedé rezagado en el camino, porque andaba descalzo y no podía marchar con la libertad y prontitud que lo hacían aquellos hombres ya acostumbrados a esa faena, cuando cruzó por mi lado el General Monteagudo, quien al verme sentado en la orilla del camino, se sonrió, preguntándome que si me gustaba mucho la infantería, sin que yo me tomara el trabajo de contestarle; más aún: viré la cara para el otro lado.

La marcha continuaba incesante, y yo me sentía desfallecer en los desesperados esfuerzos que hacía para no quedarme rezagado; pero tuve la suerte de ser visto en aquellas condiciones por el General Gerardo Machado, quien aún debe acordarse de la buena obra que hizo conmigo. Detuvo su caballo, y, acercándose, me dijo:

—¿Y tú, qué haces en la infantería, muchacho?

—Pues ya usted lo vé, General. Aquí estoy desde hace unos días, por orden del General Monteagudo, que me castigó por haberme cogido un caballo, después que me comieron el mío.

Y el General Machado me mandó a montar a la grupa de uno de los hombres de su escolta, asegurándome que él hablaría con "Chucho" para resolver mi situación. Desde aquel día, quedé incorporado al Estado Mayor del General Machado, en calidad de Ayudante de Campo, hasta el 31 de diciembre de 1898, que entramos en nuestra querida Villaclara, mandando yo la vanguardia de todas las fuerzas de la Brigada, en atención a que, como hijo de la Ciudad capireña, la conocía perfectamente.

Han transcurrido 31 años desde entonces, y no se me olvida aquella escena de la matica de mangos, donde perdió la vida mi pobre caballito moro-azul, ni las frases del moreno viejo de la infantería.

—ECHA PA UN LAO, TENIENTE, QUE TU NO SABE CAMINA A PIE.

Hazme aunque sea un picadillo de Yerba de Guinea

Aunque ya me he referido anteriormente a las peripecias que pasaron las fuerzas insurrectas de las Villas, cuando las brigadas de Villaclara, Sagua y Cienfuegos esperaron inutilmente la expedición que debía desembarcar por las costas trinitarias a mediados del año 1898, tengo necesidad de volver a ocuparme de aquella jornada del hambre, para hacer la narración de un suceso muy chistoso y extraordinario del que fué protagonista nada menos que el Coronel José Miguel Tarafa, hoy millonario y dueño de los Ferro-carriles del Norte de Cuba.

Tantos días llevábamos acampados en aquellos lugares, que ya los teníamos convertidos en verdaderos "peladeros", a tal extremo que se podía contar por muy dichoso el "mambí" que lograba "engullirse" alguna sustancia caliente y alimenticia. Ni donde "amarrar la yegua" habíamos dejado en muchas leguas a la redonda, y ya puede suponerse el lector en que condiciones se encontrarían las fuerzas que aguardaban la ansiada expedición.

Unicamente se encontraban muy contados cangrejos, casi todos "ciguatos", que produjeron múltiples intoxicaciones, y algunas jutías cimarronas que lograban atrapar solamente los que fueran expertos en cogerlas, pues las tales estaban tan "juyuyas" que ya hasta por el olor nos conocían y se lanzaban desde lo más alto de los árboles al suelo, apenas nos oían decir: "mira una jutía".

Lo único bueno que tenía aquel período de necesidades era que el hambre existía por parejo, desde el General hasta el soldado y que todos a una sentíamos sus aguijonazos. Había, en ese sentido, verdadero "comunismo" de ideas y de pensamientos, ya que éstos estaban fijos en un solo punto: LA COMIDA.

En el Estado Mayor del General Monteagudo se encontraba, de paso, el Coronel José Miguel Tarafa, que era un jóven de extremada cultura, pulcro y acostumbrado a las sabrosuras de la vida regalada que disfrutan los adinerados, sin embargo de que el Coronel ya era veterano acostumbrado a sufrir los rigores de la campaña.

El Coronel Tarafa tenía de asistente a un morenito colorado, nombrado Arturo Crespo, que después se hizo "célebre" en el matonismo político de la República y murió trágicamente en las Villas. Un día en que el hambre ya no podía soportarse más en el estómago del Coronel Tarafa, éste le dice a su asistente:

—Oye, Arturo: yo no puedo aguantar más esta debilidad que me consume, y tu me buscas hoy algo que comer.

—Pero, Coronel; si es que no se encuentra nada que llevar a la boca ¿Qué quiere usted que yo haga?

—Pues, yo no quiero saber como te las tengas que arreglar para encontrarme comida; pero tú me la traes de todas maneras o la vas a pasar muy mal. Ahí tienes dinero para que compres cualquier cosa.

—¿Y para que hace falta dinero, Coronel, si no hay aquí quien tenga nada que sea alimenticio?

—Yo no sé nada. Tu me buscas comida hasta en el fondo del mar, porque yo no puedo soportar más el hambre.

—Coronel, por su madre, ¿usted se figura que si yo pudiera encontrar comida no se la iba a traer, cuando mi estómago está todavía en peores condiciones que el suyo?

Y el Coronel Tarafa, convencido al fin de que era verdad cuanto le decía Arturo, terminó por expresarle:

—Bueno; pues hazme aunque sea, un picadillo de yerba de guinea.

Yo no estoy muy cierto, pero si creo recordar que alguien le dijo al Coronel Tarafa, después de escuchar sus últimas órdenes al asistente Arturo.

—Oiga, Coronel Tarafa; ¿es que quiere convertirse en caballo?

A lo que Tarafa respondió, filosóficamente.

—Cuando la barriga está vacía, como le sucede ahora a las nuestras, lo que quiere es llenarse; y a mi lo mismo me dá que sea de yerba de guinea que de rayos encendidos. Lo que a mi me interesa es comer.

Esto dá una idea de lo que fueron las necesidades y las miserias que se pasaron en la manigua, para hacer la Independencia de Cuba, que ahora disfrutamos "todos" igualmente . . . .

Mira, Serafín, lo que dice *La Lucha* y . . . . ¡ pún !

Villaclara fué un pueblo que supo distinguirse siempre por su intransigencia y su amor a la libertad durante la dominación española, contribuyendo con gran número de sus hijos más ilustres a la conquista de la Independencia de Cuba en los dos períodos sangrientos de 1868 y 1895.

Guillermo Lorda, Miguel Gerónimo Gutiérrez, Eduardo Machado, José de J. Monteagudo, José B. Alemán y el GRAN PRESIDENTE que rige actualmente los destinos nacionales, el GENERAL GERARDO MACHADO Y MORALES, son demostración evidentísima de lo que el "PILONGUISMO" representó en la historia revolucionaria de Cuba.

Existen, sin embargo, pequeños "lunares" en lo que pudiéramos denominar el historial patriótico de Villaclara, si se tienen en cuenta algunos hechos aislados que fueron realizados por determinados villaclareños del montón, puestos al servicio de España.

La Guerra del 95, en su período más brillante, iba debilitando día por día el poder de España en Cuba, con los victoriosos combates librados constantemente por el Ejército Libertador; en tanto que, las "guerrillas" españolas integradas por cubanos en su inmensa mayoría, hacían alardes de su pujanza, sin embargo de que eran macheteadas con frecuencia por las fuerzas "mambisas".

No recuerdo bien si figuraba en calidad de práctico o de "guerrillero" en las columnas enemigas que salían a operaciones en las Villas, un sujeto de apellido Pairol, famoso en Villaclara entre los intransigentes de aquella época, y hombre que sabía ganarse facilmente la confianza de los peninsulares, valiéndose sabe Dios de qué resortes que él empleaba sabiamente.

Este mismo individuo se incorporó a las fuerzas de la Brigada de Villaclara, cuando ya la campaña libertadora estaba tocando a su fin en el año 1898, montado en magnífico caballo perfectamente equipado, y portando una excelente carabina con mucho parque, así como un cortante machete, que fueron la envidia de cuantos lo veían. Y como en la manigua no se le preguntaba a nadie de dónde venía, y el que ingresaba en las filas insurrectas era recibido con los brazos abiertos. Pairol se nos incorporó como cualquier otro individuo y fué a formar parte de la unidad a que lo destinaron.

Los días y algunos meses pasaron desde su incorporación, sin que nada digno de mencionarse ocurriera alrededor del hombre que había servido en las "guerrillas españolas", hasta que llegó el momento culminante, o sea el que determinó, por decirlo así, el desenlace. Parece que Pairol ya estaba cansado de la vida "insurrecta" o no podía llevar a cabo quien sabe, el propósito oculto que lo condujo a la manigua; lo cierto fué que, en una hermosa mañana, el hombre tomó una resolución definitiva, y mientras ensillaba tranquilamente su caballo, creyendo de seguro que nadie lo escuchaba, dijo:

—¡AY, CUBA, QUE LINDA ERES: PERO QUE TE LIBERTE OTRO!

Aquel día no pudo realizar Pairol el proyecto que bullía en su cerebro, porque al enterarse su Jefe de lo que había dicho, por haberlo oído uno de los soldados, hizo que lo acompañara en una "comisión" a la "Confidencia", cerca de Villaclara, de donde esperaba sacar algunos efectos. Allá se fueron, y entre los efectos traídos apareció un periódico que el Jefe se puso a leer tran-

quilamente. Pasados unos minutos, llamó a Pairol y le dijo:

—Mira, Serafín, lo que dice "La Lucha".

Pairol se le acercó, y el Jefe entonces extendió su diestra mostrando la hoja impresa, para que Serafín leyera, en tanto que hacía la señal convenida a un morenito de su absoluta confianza, que estaba situado a corta distancia, para que cumpliera la orden que le había dado: sonando inmediatamente un disparo que derribó a Pairol, dejándolo sin vida. Allí quedó el cadáver, y aún no sé si lo recogieron los españoles o se lo comieron las auras tiñosas.

Fué un enemigo menos que tuvo la libertad de Cuba.

Oye, Cubano: ¿Poquería de Jutía no hace daño, Chico?

John Caldwell, "El Inglés", o "Yack", prestó sus servicios en el Regimiento de Caballería "Villaclara" del que fué 2do. Jefe, sin embargo de que se alzó en Matanzas, marchando a las Villas donde inmediatamente se dió a conocer por su valentía, serenidad y arrojo. Se conquistó las simpatías generales y allí se quedó definitivamente.

Mandó primeramente uno de los escuadrones del Regimiento siendo Comandante, y después ascendió a Teniente Coronel.

Sus mejores amigos en la campaña fueron los generales Machado y Monteagudo, el Coronel Roberto Méndez, el Capitán Delgado "El Cubano", y otros oficiales cuyos nombres ahora no recuerdo.

"Yack" y "El Cubano", con sus asistentes, salieron un día del año 1897 rumbo a Cruces, de donde debían mandarle al primero una tienda de campaña; llegaron cerca del ingenio "San Francisco" y acamparon a orillas del río "Arimao" por Barajaguas, donde comieron y se prepararon para pasar la noche. El "Cubano" dejó a "Yack" en el campamento y salió con su asistente Simón "Guaneche" a la finca "El Vizcaino", en cuyo lugar existía un "Hospital de Sangre" dirigido por el Comandante Médico Carlos Trujillo, para buscar un "chinchorro" de pescar; y una vez que lo consiguió hizo el regreso al lugar donde había dejado al "Inglés. En el camino sintió "El Cubano" un vivo fuego de fusilería rumbo al campamento y apresuró la marcha. Al

llegar no viendo a nadie allí, se fué a buscar por los alrededores, encontrando a "Yack" acompañado de su asistente, sobre una loma, desde la cual le había entrado a tiros a los españoles con el mauser que siempre portaba, en unión de las fuerzas del Comandante Bellico Leal.

Después que se reunieron "Yack" y "El Cubano", fueron los asistentes a buscar algo que comer, y Simón logró matar una jutía, dándole un balazo en el vientre que le perforó los intestinos, dejándole el escremento adherido a la piel. La jutía fué asada en una parrilla, y cuando estuvo a punto, "El Cubano", cómo más vivo, se apoderó de la parte del lomo, dejándole lo demás al "Inglés", que le fué arriba a la barrigada, con toda la sangre fría sajona que corría por sus venas.

Cuando ya la digestión estaba en funciones y se preparaban para tirarse a dormir en las hamacas, "Yack" se le acerca al "Cubano" y le pregunta:

—OYE, CUBANO: ¿POQUERIA DE JUTIA NO HACE DAÑO, CHICO? . . . .

Colinche

Si los lectores no conocen a "Colinche", yo voy a tener el gusto de hacerles su presentación, y con ello se ganarán, seguramente, un amigo más, pues el hombre es de los que saben robarse las simpatías generales.

Procedente de uno de los pueblecitos de las Islas Canarias, donde por primera vez vió la luz del Sol, llegó a las playas cubanas cuando era un "rapacín", acompañado desde luego, por algún familiar o amigo que lo condujo hasta el pueblo de Camajuaní, en las Villas, que es un lugar famosísimo por el cúmulo de isleños que allí se estacionan. Desde entonces, figuró "Colinche" en el padrón vecinal con el nombre de MANUEL RODRIGUEZ BATISTA.

El muchacho se adaptó prontamente a las costumbres criollas, y adquirió celebridad por sus avanzadas ideas liberales.

Al estallar la Guerra de Independencia el 24 de febrero de 1895, ya hacía algunos años que residía en Cuba el pichón de canario, y se había transformado en un mocetoncito arrogante, que no podía ocultar sus entusiasmos, y que hacía alardes de sus simpatías por los insurrectos. Tanto se familiarizó con ellos, que un día decidió unírseles y se lanzó a la manigua, perfectamente montado, y equipado con soberbios arreos de guerra.

Durante los primeros momentos de su vida guerrera, pasaba como uno de tantos y se le consideraba como un muchacho entresacado; pero se fué espigando y hubo que ponerle atención, porque sus hazañas no podían pasar desapercibidas. Se convirtió en una especie de "pitirre" detrás de las tiñosas, pues siempre andaba buscando a los españoles para tirotearlos.

El Teniente Coronel Gerardo Machado y Morales operaba, con las fuerzas de su mando, por las cercanías de Camajuaní, y un día en que el Comandante español Altolaguirre salió de recorrido por la zona, trabó combate con él; y las armas de ambos bandos contendieron denodadamente. "Colinche" se portó en aquella jornada como un bravo y fué objeto de la atención que le prestara el Teniente Coronel Machado, que lo vió pelear en las líneas más avanzadas. Desde aquel momento lo eligió como uno de sus hombres de confianza, y nunca más se separó de su lado.

En el combate de "Cerro Pelado", sostenido el 15 de diciembre de 1896 por el Teniente Coronel Gerardo Machado, siendo Jefe del Regimiento de Caballería "Villaclara", resultó herido de un balazo en una pierna, después de rudo batallar; y al ser conducido en camilla al lugar destinado para su curación, "Colinche" fué uno de los designados para acompañarlo.

Los españoles se enteraron del punto donde el Teniente Coronel se estaba curando, y allá se fueron directamente, dispuestos a llevárselo vivo o muerto para el pueblo; pero no contaron con la resistencia que se les iba a oponer. Allí estaban "Colinche", el negro Domingo Gómez, que era el fiel asistente del herido, y un pelotón de hombres que se jugaban la vida muy gustosos en la defensa de su querido Jefe. Avanzaron los "panchos" cautelosamente por dentro del monte, y ya estaban cerca del rancho, cuando fueron sentidos por uno de los hombres, y vistos seguidamente. Domingo, que era un hombre fuerte, se echó a cuestas el cuerpo del Teniente Coronel Machado y se lo llevó, monte a monte, mientras que Manuel Rodríguez, al frente del puñado de valientes que lo acompañaban, se batía como un león, allí, junto al mismo rancho que los españoles pensaban tomar por asalto. La lucha fué encarnizada y no cesó hasta que "Colinche" dedujo, por el tiempo transcurrido, que ya Domingo se encontraba en lugar seguro.

Cuando el General Gerardo Machado mandaba la Brigada de Villaclara, fué "Colinche" el Jefe de su Es-

colta, ya ascendido a Teniente por sus méritos de guerra; y al terminarse la contienda, convertido en Capitán, continuó al lado de su Jefe, de quien ha seguido siendo el hombre de mayor confianza y por el cual está dispuesto a jugarse la vida en cualquier momento.

En los tiempos malos y en los buenos del General Machado, hoy dignísimo Presidente de la República, el CAPITAN MANUEL RODRIGUEZ BATISTA fué siempre su hombre leal y de confianza.

Y de aquel "rapacín", que de Canarias vino a Cuba como tantos otros "emigrantes", en busca de fortuna, tenemos ahora a un valeroso Capitán del Ejército Libertador, amante padre de familia e incondicional del General Machado, a quien, para estar aún más unido e identificado, se parece en éstas cosas: en que, como él, está blanco en canas, viste siempre de blanco y cubre su nívea cabellera con flamante "jipis", típicamente criollo y de escogida calidad.

El Teniente "Brisquilla" comía con los muertos

Uño de los primeros en marcharse a la Guerra de 1895, desde la ciudad de Santa Clara, fué Manuel Torres, conocido por "Brisquilla", nacido en Islas Canarias, desde donde vino a Cuba con sus padres cuando empezaba a dar los primeros pasos en la vida. En Villaclara se crió y se hizo hombre, y en ella murió algunos años después de haber contribuído valientemente a la Independencia de la Patria.

Hizo su ingreso como soldado en el Escuadrón que mandaba el Comandante Ignacio Pérez y en él fué assendiendo por méritos de guerra hasta conquistar el grado de Teniente.

Conocedor y práctico de la zona en que operaba su fuerza, casi siempre estaba encargado de operaciones difíciles contra el enemigo, a quien no dejaba momentos de tranquilidad mientras pudiera estarlo hostilizando. "Brisquilla" era un tipo verdaderamente simpático; de esos que saben hacerse populares y que como quiera están bien, porque se adaptan a todo y nunca se quejan de nada.

Su mayor alegría era andar por las orillas del pueblo haciéndole maldades a los españoles. Les sacaba los caballos y las reses de las mismas narices; y en muchas ocasiones hasta les arrebató a sus paisanos los isleños algunas carabinas de las que ellos colocaban en el yugo de los bueyes mientras araban la tierra en la "zona de cultivo". De ahí, que contínuamente desapareciera del

campamento por espacio de muchos días y no fuera extrañada su ausencia.

Pero una vez permaneció más de quince días fuera, y llegaron a darlo por muerto, ya que todo el mundo tenía la seguridad de que "Brisquilla" no se "presentaba" a los españoles. Cuando ya sus compañeros se iban acostumbrando a la idea de su muerte, hizo "Brisquilla" acto de presencia en el campamento, dirigiéndose inmediatamente a la tienda del Comandante, a quien le dió cuenta de su ausencia en la siguiente forma:

—Comandante Ignacio; le voy a contar todo lo que ha ocurrido desde que me separé de Vd. hace cerca de veinte días.

—Vamos a ver, cuéntame, que ya te escucho, pues tu sabes, "Brisquilla", que a mi me interesa todo lo tuyo.

—Pues, usted verá, Comandante:

—Yo tuve confidencias de que en el pueblo me estaban haciendo a mi, ciertas cosas que ningún hombre de honor puede consentir, y me dijeron que en el negocio estaba mezclado un guerrillero a quien conozco desde hace muchos años; y en seguida pensé averiguarlo valiéndome de los medios que ahora le he de contar.

—Como yo soy muy práctico en los alrededores de Villaclara, fuí y me metí una noche en el Cementerio, dispuesto a no salir de él hasta que no averiguara lo que andaba buscando. De día me colaba en una bóveda, junto con los muertos, y allí dormía mis siestas a piernas sueltas, seguro de que nadie me encontraría, y cuanto pasaban las seis de la tarde en que se acababan los enterramientos, salía de mi escondrijo y me iba derecho a las tumbas de los chinos, donde me alimentaba con la comida que les ponían los parientes y amigos a los difuntos, para que se fueran bien gorditos para la China. Salía después que ya calculaba que fueran las nueve o las diez de la noche y me dirigía tranquilamente al barrio del Condado, poniéndome a observar los movimien-

tos de la casa donde vivía la persona que vigilaba. Fuí al fin descubierto, y si no es que ando tan listo y echo mano del revólver, ahí mismo se queda "Brisquilla", y hubiera ido a hacerle compañía a la gente del Cementerio donde he permanecido tantos días.

—De todas maneras estoy contento, porque me he pasado muchas noches dentro de Villaclara, codeándome con los "pacíficos"; he engordado con la comida de los chinos muertos y me he puesto más blanco, por estar tanto tiempo a la sombra.

Por poco se come un Tiburón a Cordero

Largio Cordero y Calvo, de profesión dentista, fué, sin embargo, el Jefe de Sanidad que tuvo el General Monteagudo en los dos últimos años de guerra, y terminó la campaña con el grado de Comandante. Sus servicios fueron eficientes y nunca dejó de curar a los heridos con el mismo arte profesional que pudiera hacerlo un Doctor en Medicina. Pasó hambres y miserias sin cuento y tembló más que una pluma movida por el viento, con las "calenturas de frío" (el paludismo) que a los "mambises" nos atacó con furias propias de un huracán.

Acampados en "San Juan de Boulhía", en las costas trinitarias, esperando la expedición que nunca vino, muchos insurrectos construyeron "nazas", "chinchorros" y otros aparatos de pesca, con bejucos, y Cordero se consiguió uno de ellos, valiéndose de su asistente que se lo tejió pacientemente.

Más contento que "veguero con tasajo de puerco" marchó Cordero hacia la playa llevando orgullosamente su artefacto de pescar y se metió mar adentro con la esperanza de hacer un buen aprovisionamiento de pescado. Tiraba el "jamo" con maestría y lo retiraba con algunos animalitos dentro, que brincaban ansiosos de salirse de la prisión, los que iba lanzando hacia la orilla sin fijarse en que, apenas caían en tierra desaparecían al momento al echarles mano los insurrectos que tenía detrás. Pero el Comandante Cordero estaba muy entretenido en su faena y no se fijaba más que en el "jamo" y en los pescados que caían en él. Así estuvo en esa operación más

de media hora y cada vez caminando mar adentro. hasta que el agua le llegaba casi a los hombros.

De pronto, uno de los insurrectos que estaba observando la operación de pesca, vió nadando hacia Cordero a un tiburón de regular tamaño, por lo que sin poderse contener dió un grito de alarma; pero un compañero le puso la mano en la boca, al mismo tiempo que le decía:

—Cállate pedazo de animal. ¡Tu no ves que si Cordero se fija en el tiburón se nos acaba a nosotros la comida, pues sale del agua inmediatamente!

Estaba ya tan cerca de Cordero el escualo, que el hombre volvió a gritar:

—¡Huiga, Comandante Cordero y salga pronto del agua! Mire que se lo come un tiburón que tiene a dos pasos!

Y Cordero más blanco que un papel se puso a nadar para la orilla, saliendo del agua con los ojos que casi querían salírsele de las órbitas. Y lo más bonito del caso fué que no encontró un solo pescado.

Por un hueso de jamón

Ya puede imaginarse el lector lo que significaría para cualquier insurrecto en el año 1898, el tener al alcance de la boca un hueso de jamón nadando dentro de un caldo, en el que hubieren además, algunas malangas de las llamadas "cimarronas", que se dan en las orillas de los ríos en no muy abundante cantidad por cierto.

El General Gerardo Machado y Morales, Jefe de la Brigada de "Villaclara", tenía establecida la costumbre en su Estado Mayor, de que todos los oficiales que lo componían comieran con él, alrededor de un caldero grande, donde se cocinába lo que pudieran conseguir los asistentes. Todo el mundo se sentaba en el suelo, y haciendo uso de cucharas que se fabricaban de lomos de yaguas, comía mientras encontraba algo en el caldero.

Una ocasión, yo no sé cual de los asistentes se apareció en el Cuartel General, portando un hueso de jamón que se había encontrado en el camino real, dejado allí por alguna columna enemiga en marcha, y cuya sola presencia—la del hueso—produjo hasta dolores de barriga y palpitaciones en el corazón de muchos. Aquel día hubo banquete, pues la servidumbre multiplicó sus esfuerzos de "raqueo" y consiguió algunas malanguitas de las "cimarronas" y distintas hierbas y raices de las que usábamos los mambises para confeccionar nuestros ajiacos "sirugénicos" (sin carne).

Cuando el caldero acabó de dar los últimos hervores fué colocado debajo de una mata de güira que proyectaba hermosisima sombra, y todos nos sentamos alrededor de él. Estaba en el campamento el Comandante Enrique Machado, Delegado de Hacienda, en compa-

ñía de su Secretario el Teniente Enrique Quiñones, y fueron invitados a comer.

Entre los Ayudantes de Campo del General Machado, figuraba el Capitán José Delgado, más conocido por el Capitán "Cubano", que era, y es todavía, uno de esos hombres verdaderamente "léperos" y prácticos en todos los resortes de la vida, a quien no había Dios que le diera en el suelo, ni le pasara una bola buena por el frente sin que él le tirara.

La faena alimenticia principió en seguida que el General Machado dió la voz de cargarle al "enemigo", y cada cual metió su cuchara en el caldero y se la llevó a la boca las veces que pudo hacerlo. Por cierto que, entre los comensales, se encontraba también un muchacho que acababa de salir del pueblo, y el pobre, como no tenía cuchara, no hacía más que abrir los ojos viendo comer a los demás.

Y aquel hueso de jamón permanecía en el fondo del caldero, y sobre él se fijaron todas las miradas, sin que nadie se atreviera a echarle mano. Don Enrique intentó hacerlo en distintas ocasiones, y siempre tropezó con los hombros del Capitán "Cubano", que se interponían para impedirlo; hasta que don Enrique se puso bravo y se levantó, quedándose en ayunas. Aquel acto llamó la atención de los comensales, y de ello se aprovechó el "Cubano" para sacar el hueso y chuparlo con ánsias, hasta que le dolieron las quijadas, pues estaba completamente pelado.

Cuando la comida terminó, aquel pobre muchacho que no tenía cuchara, se le acercó al "Cubano" pidiéndole que le proporcionara una, y éste, que no le quitaba la vista de encima a una flamante capa de agua que había traído del pueblo su interlocutor, se la negoció por una cuchara que hizo del lomo de una yagua. Y dice "Colinche, que el "Cubano" continúa siendo lo mismo que en la manigua: una fiera.

Las travesuras de Edelmira

Miguel Antonio Torrens, Farmacéutico y "Médico" en la manigua insurrecta, y Serafín López, su auxiliar y "practicante", llegaron una mañana del mes de junio del año 1895 a una casa de "Vegas Nuevas", donde residía la familia Avalos, precisamente cuando en ella, en la casa, había depositado un buen cargamento de armas, que el "confidente", moreno Pedro Castillo, sacara de Villaclara unos días antes.

Fueron recibidos con la alegría consiguiente, y se sentaron muy tranquilos y confiados, en "par" de taburetes que colocaron donde pudieran explorar el camino real que estaba cerca de la casa. Tomaron café y fumaron buenos tabacos.

En la familia Avalos no hubo nadie que no le prestara sus valiosísimos servicios a la Independencia de Cuba; los hombres con las armas en la mano y las mujeres en la medida de sus fuerzas.

Edelmira que era una muchacha amiga de hacer maldades y que conocía el carácter pacífico de Don Miguel Antonio y de su compañero Serafín, se propuso darles un susto aquel día y concibió el proyecto, que llevó a cabo, de vestirse de hombre y armarse hasta los dientes, de modo que pudiera ser confundida con un "guerrillero". Cogió una carabina, un machete y cartucheras para balas, y así uniformada salió cautelosamente por detrás de la casa y se metió en un platanal cercano, desde el cual hizo dos disparos al aire, a la vez que daba gritos de ¡Viva España!

Al escuchar los tiros y los gritos, saltaron Don Miguel Antonio y Serafín de los taburetes y cayeron como

un rayo sobre sus caballos, emprendiendo precipitada huída, sin que pudieran oír las risotadas de la propia Edelmira que salía del platanal llamándolos, para decirles que no se trataba del enemigo, sino que era ella.

Y aquellos dos casi "pacíficos" ciudadanos no volvieron a aparecer por la casa de las Avalos hasta que hubo pasado algún tiempo, y cuando lo hicieron, no se olvidaron de pedir informes relativos a lo que ocurrió después que ellos abandonaron los taburetes, al presentarse los españoles, pues calculaban que éstos tenían que haber hecho pasar un mal rato a la familia; y cuando la misma Edelmira les contó el "episodio", con cara picaresca y un tanto medrosa, aquellos dos "mambises" sintieron algo así como la sensación que produce en el organismo el contacto rápido de una corriente eléctrica; apoderándose de ellos tal nerviosismo que sin poderse contener, y con mayor precipitación aún que la que empleáron el día del "susto" saltaron sobre los "jamelgos" y se marcharon sin despedirse siquiera, para reaparecer a los dos o tres meses, cuando consideraron que nadie se acordaba del asunto.

Lo que a mí me fastidia son los dientecitos

Yo no puedo, sin ser un ingrato, dejar de dedicarle unas cuantas líneas en estas narraciones positivamente históricas, al recuerdo de un viejo "mambí" a cuyas inmediatas órdenes presté mis servicios en la Guerra de Independencia, y que allá en la manigua redentora me trataba con muchísimo cariño, al que yo supe corresponder lealmente. Me refiero al Coronel Severiano García, ya fallecido, Jefe del Regimiento de Caballería "Villaclara" desde que tomó el mando de la Brigada de este nombre el General Gerardo Machado y Morales.

Severiano, era un hombre alto, de fuerte constitución y de hablar lento y "parsimonioso"; de carácter bondadoso y dulce aún en los momentos de dar una orden; pero enérgico y duro en el cumplimiento de los deberes del soldado. Tranquilo y sereno en los combates, nadie lo aventajaba en bravura.

Era de la raza de color y salió a la campaña cuando lo hizo, de Placetas, el General Monteagudo, en calidad de segundo jefe del Escuadrón, y a sus órdenes estuvo hasta que Cuba conquistó su libertad.

Su característica era la pulcritud y el aseo en su persona, sin embargo de que en la guerra hubiera que andar "cochino" a la brava. El Coronel Severiano casi siempre se encontraba en posesión de ropa limpia y nunca le faltaba una muda de repuesto en las alforjas.

Montaba a caballo y las piernas de lo largas que eran le sobresalían de la barriga del animal; y cuando em-

prendía la marcha su primer movimiento sobre la montura era inclinar a un mismo tiempo el busto hacia adelante y las piernas para atrás, levantando los pies a fin de hacer uso de las espuelas. Nunca pudo decirle al General Monteagudo, cuando hablaba con él, de otra manera que "Don Chucho", y fué de sus mejores y más consecuentes amigos.

Como el Coronel Severiano era un hombre muy aseado y meticuloso, nosotros, en la manigua, le hacíamos algunas maldades para gozar viéndo lo apurado que se ponía. Recuerdo que una ocasión que estábamos acampados en "Jagueyes", por donde corre el río de este nombre, después que se había dado un espléndido baño, se me ocurrió la idea que llevé a la práctica, de sacarme algunos "caránganos" de mi ropa y echárselos al Coronel en la hamaca. Y para que fué aquello; se acostó a dormir la siesta y el "bicho" principió a operar inmediatamente en aquella carne aún fresca y limpia, despertando al durmiente que saltó convertido en una furia para mandar a su asistente a que inmediatamente le hirviera la hamaca, la frazada y la ropa que llevaba puesta, en un catauro de yaguas.

Otra de las cosas con que el Coronel Severiano García no podía transigir era con las jutías, a las que respetaba y guardaba muchas consideraciones; a tal extremo que siendo éstas una parte del alimento insurrecto, para él eran como si no existieran.

Yo quise averiguar el por qué de su repugnancia a las jutías, y le pregunté una ocasión:

—Dígame, Coronel; ¿que le ocurre a Vd. con las jutías que no las come aunque se esté muriendo de hambre?

Y él me responde con toda aquella calma que ponía en sus palabras.

—Mira, Israel: no es que yo le tenga asco al olor ese especial y hasta repugnante que tiene la carne de jutía; lo que a mi no me gusta ver son sus dientecitos.

Y es que nosotros en el monte asábamos las jutías en las parrillas, abiertas por el medio desde el rabo hasta la cabeza, sin cortarle ésta; y, naturalmente, en el "jociquito" del animal se asomaban los afilados dientecitos blancos como el coco, que eran los que fastidiaban al Coronel Severiano.

Estos galones me los gané yo por mis . . . . condiciones

Un batallón del Regimiento de Infantería "Libertad", al mando del Comandante Bonifacio Sterling, se encontraba acampado en "Las Particiones" allá por el mes de julio del año 1897, cuando las fiebres palúdicas habían abierto grandes brechas en las filas insurrectas y la mayoría de las unidades carecían del personal suficiente para cubrir todos los servicios.

El Capitán Ismael Avalos, en funciones de Jefe de Día, se encontró en la necesidad de hacer "cabo interino" al soldado Tomás Díaz Conyedo, para ponerlo al frente de una de las guardias del campamento. El hombre, al verse en posesión de aquel grado, se colocó, inmediatamente, una latica en la "bandolera" como distintivo de su gerarquía, yendo a ocupar su puesto en el lugar que le destinaron. Se le subieron los galones a la cabeza y principió a dar disposiciones a sus soldados, quienes comenzaron a mirarlo con malos ojos, porque lo encontraron demasiado recto y quisquilloso; y no había pasado media hora de su "ascenso" cuando los arrestó a todos, por indisciplinados . . . .

Aquella pobre gente que no había cometido ningún delito empezó a protestar de lo que ellos entendían que era un atropello, y amenazaban al "cabo", diciéndole:

—No tengas cuidado, Tomás: deja que se te acaben los galones de mentiritas que te dió el Capitán Ismael, y ya verás lo que te va a suceder, porque vas a coger golpes hasta que Dios toque el fotuto.

—Esta latica no me la quita a mi ya ni el General Máximo Gómez; primero hay que matarme, para que yo la suelte, pues me la he ganado por los buenos servicios que le tengo prestados a la Patria.

Cuando el Capitán Avalos se enteró de lo que pasaba, lo puso inmediatamente en conocimiento dèl Comandante Sterling, asegurándole que era peligroso "destituir" al "cabo" Díaz Conyedo, pues la gente aquella de la guardia lo había amenazado, para cuando volviera a ser soldado. Y el Comandante ante aquel dilema se vió obligado a confirmarlo en el grado, dejándole los galones.

El Cabo Tomás Díaz Conyedo fué una excelente clase y ascendió hasta Sargento Primero al terminarse la campaña, teniendo la consideración y la confianza de sus jefes que se alegraron mucho de haberlo ayudado.

Y él decía a todos sus compañeros, reventando de orgullo:

—ESTOS GALONES ME LOS GANE YO POR MIS . . . . CONDICIONES.

Una invitación con desconfianza

El Comandante Telesforo Pérez de Alejo era un moreno viejo Teniente de la Guerra de los Diez años, que en la del 95 se contó de los primeros en responder al llamamiento de Independencia o Muerte, y fué ascendiendo hasta ganarse las estrellas que llevaba orgullosamente, y la jefatura de uno de los batallones del Regimiento de Infantería "Libertad".

Un día del año 1897, cuando el hambre era mucha y el paludismo nos diezmaba atrozmente, se metió, al frente de sus fuerzas en la "Zona de los Egidos" de Villaclara, defendida por los fuertes españoles, sacando de ella dos bueyes viejos, una gran cantidad de viandas y algunos puercos, aparte de las bajas que ocasionó el plomo enemigo en las filas insurrectas; debiendo imaginarse el lector lo que toda aquella abundancia de comestibles representaba para los sufridos y valientes veteranos hambrientos, desnudos y descalzos.

El Comandante Telesforo invitó ese día al Capitán Ismael Avalos, que era jefe de una de las compañías de su batallón, a almorzar un ajiaco que su asistente había hecho y que humeaba, despidiendo un olor riquísimo, dentro de un gran caldero.

Cuando el Capitán Avalos llegó al pabellón del Comandante Telesforo, lo primero que vió fué, que dentro de un "güiro" había una buena cantidad de ajiaco, y en otro lugar el caldero humeante, por lo que supuso que sería para algún otro invitado a quien se lo tenían guardado. Por curiosidad le preguntó al Comandante, que para quien era el ajiaco guardado en el "güiro", a lo que aquel le contestó:

—Mire "pa" acá, Capitán: aquí, en mi boca, como vé, no tengo nada, y en la suya hay dos "ringleras" de dientes blancos como el coco y afilados como navajas que no respetan ni los "guesos"; y yo, como soy insurrecto viejo, me "aprevení" con tiempo y saqué una reserva. Así es que no le dé pena y cóma "hasta que el manco eche deos" que yo tengo bien cubierta la retaguardia.

A mí hay que llevarme muerto para el Pueblo

No todo el mundo sirve en la Guerra para el servicio de las armas: unos por carecer de las condiciones físicas indispensables para resistir los rigores de la campaña; otros porque se hacen necesarios en el "papeleo" de las jefaturas de fuerzas y en las organizaciones civiles, o para ser utilizados en los hospitales, y muchos porque ellos mismos declaran que no pueden acostumbrarse a la idea de morir de un balazo, puesto que el miedo a la muerte los domina con fuerzas irresistibles.

Entre los excluídos para el servicio de armas, por su condición de Farmacéutico, se encontraba en la Brigada de "Villaclara", cuando la Guerra de Independencia, el Ledo. Santos Esparza y Arbona, que era hombre de constitución débil y de pequeña estatura, aunque un gigante de las ideas revolucionarias para conquistar la libertad de Cuba, como lo evidenciaba la atrevida propaganda que llevó a cabo constantemente en la ciudad de Marta, desde su botica, que era el mayor centro de conspiración, y desde la cual se marchó a la manigua acompañando al Mayor General Manuel Suárez Delgado.

Incontables y valiosísimos fueron los servicios que Esparza le prestó a la Revolución, sirviendo a las órdenes del General Manuel Suárez, del General José B. Alemán, del General Juan Bruno Zayas y del General José de J. Monteagudo; unas veces curando los heridos en el mismo campo de la lucha y otras en los hospitales adonde eran conducidos. Por méritos y servicios prestados fué ascendiendo hasta ganarse las estrellas de Capitán. El

paludismo del año 1897 hizo presa en él y puso término a su existencia. Aún me parece estarlo viendo tendido en su hamaca, en medio del monte, convertido en un saco de huesos, quedándole muy contados soplos de vida y minado su organismo por las fiebres. Allí se iba extinguiendo paulatinamente con el pensamiento puesto en Cuba Libre y el alma a flor de labios, para aconsejar a sus compañeros que no desmayaran y siguieran luchando hasta morir.

Cuando llegó a conocimiento del General Monteagudo, que además de su jefe era su pariente, el estado de gravedad en que el Capitán Santos Esparza se encontraba, fué a verlo, y recuerdo que al contemplarlo en aquellas tristes condiciones le propuso mandarlo ocultamente para el pueblo, a fin de que allí se curara, y que regresara cuando estuviera bueno. Y aquel esqueleto viviente, haciendo un esfuerzo de voluntad se irguió soberbio y orgulloso, contestándole a Monteagudo:

—General: yo no realizo ese acto de indignidad, aunque Vd. me lo ordene. Vine a la manigua para morir en ella; y A MI HAY QUE LLEVARME MUERTO PARA EL PUEBLO.

Muy pocos días después de esta escena dejó de existir el Capitán Santos Esparza, y sus restos fueron depositados piadosamente en aquellos mismos montes con los que tanto soñara y que fueron mudos testigos de sus heroismos.

Que sirvan estas líneas de cariñoso homenaje que rindo a su memoria.

"Calentura" ahorcaba con las manos

Por "El Triángulo", en la zona de Cruces, operaba el Comandante Aniceto Hernández al frente de un Escuadrón de caballería. Era hombre muy práctico y conocedor de aquellos lugares y tenía a su cargo la difícil tarea de estar constantemente sobre la inmensa cantidad de enemigos que lo frecuentaban. Con él estaba un hermano, que era generalmente conocido por el "Sargento Calentura".

Fueron numerosísimos los hechos de armas realizados por el Comandante Aniceto, y de él se cuentan múltiples anécdotas que lo acreditan como hombre valiente y arrojado. Su Escuadrón andaba casi siempre enredado entre los españoles, y los machetes de sus hombres y el de él, el primero, abrieron muchas brechas sangrientas en las filas de los guerrilleros al servicio de España.

Fueron tantas su bravas acometidas que un día cayó prisionero y fusilado inmediatamente. Desde esa fecha puede decirse que se operó un cambio radical en el ánimo de su hermano el "Sargento Calentura", hasta entonces considerado como un infelíz y convertido en un tigre al enterarse de la muerte de Aniceto.

Prisionero que caía en poder de las fuerzas en que operaba el "Sargento Calentura", él lo reclamaba y le era entregado si se trataba de un guerrillero.

Le formaba Consejo de Guerra verbal y sumarísimo, haciendo él mismo las veces de Presidente del Tribunal, de Fiscal, de Defensor y de Ministro Ejecutor de la Justicia. El fallo era siempre igual: "condenado a morir en garrote". Y el "Sargento Calentura" amarraba convenientemente al reo, le echaba las manos al cuello y

apretaba hasta que lo dejaba sin respiración; entonces decía.

—Bueno: ya va uno más de los que cogieron a Aniceto.

Después le quitaba los zapatos y las ropas al muerto, que cambiaba entre sus compañeros por lo primero que le ofrecieran de comer.

Quintín era Teniente de .....
Voluntarios [?]

Para mejor desenvolverse en la arriesgadísima misión de "confidente" de los insurrectos que voluntariamente se había impuesto en Villaclara, en todo el periodo de la Revolución de 1895, el Sr. Quintín Pino y Pérez, consiguió hacerse Teniente de Voluntarios de los Egidos de la ciudad, y de esta manera tenía la facilidad de entrar y salir libremente por los fuertes y trincheras que rodeaban el pueblo.

Usaba una grandísima escarapela en su sombrerón de jipijapa, y relucientes estrellas en las bocamangas de la guerrera, además del revólver calibre 44 y una hoja de "collings" dentro de flamante vaina. Nunca llevaba polainas y se calzaba con recios "borceguíes" de baqueta; por regla general siempre carecía de una media. Era y es hombre corpulento, recio y fuerte como un roble, con alma de niño y corazón de gigante; cubano hasta la médula, no obstante ser descendiente de isleño por línea directa, y honrado hasta donde pueda serlo el que más.

Era dueño de una finca situada en las afueras de Villaclara, y en ella tenía establecida una vaquería, realizando él mismo, diariamente, el trasiego de leche.

Vamos a presentar ahora al "Teniente" Quintín saliendo de la población. Lo hacía llevando un periódico en las manos cuando cruzaba precisamente frente a la guarnición de los fuertes españoles, teniendo el buen cuidado de ir leyendo en alta voz las noticias de la guerra más importantes y beneficiosas, en las cuales se hi-

ciera resaltar alguna derrota o descalabro insurrecto; no olvidándose nunca de poner algún comentario en contra de los "mambises", para hacerse más español todavía. Iba montado sobre un caballo de mucha resistencia, para que soportara además de su cuerpo, el peso del serón, el aparejo y las botijas, dentro de los cuales siempre sacaba para el campo las armas y municiones, ropa, zapatos y otros efectos que los clubs patrióticos le entregaban. No fumaba, y sin embargo era su costumbre no quitarse un gran tabaco de la boca cuando cruzaba las trincheras, porque dentro del mismo iba la correspondencia.

Eran tan frecuentes sus entradas y salidas, que una ocasión se le acercó un sargento, jefe de un fuerte, y le dijo:

—Mi Teniente, con su permiso y dispense que lo interrumpa en su marcha; pero es el caso que yo quisiera saber si Vd. no teme encontrarse el mejor día con los "mambises" por esos campos, no llevando a nadie que lo acompañe.

Y Quintín le respondió jactanciosamente:

—Conque "mambisitos a mi eh! . . . . ¿Y ésto para que me lo ha confiado a mi la Madre Patria? . . . . Y se llevaba la mano derecha al revólver.

Un día salió Quintín de Villaclara cargado de pertrechos de guerra hasta la boca, y estuvo a punto de ser descubierto cuando cruzaba por las mismas trincheras, a consecuencias de haber dado un tropezón el caballo, que cayó arrodillado, lanzando al suelo el jinete y regando algunas municiones y una carabina que se salió del aparejo donde iba oculta. Solamente la sangre fría y la astucia desplegada por Quintín en aquellos instantes lo pudo salvar de la hecatombe. Aseguró que todo era para su uso personal y continuó la marcha tranquilamente. Si lo hubieran registrado, allí mismo lo fusilan, porque aquel día llevaba un arsenal escondido.

No había andado media legua de camino, cuando fué sorprendido por el ¡Alto! ¿Quien va? "mambí" y dos disparos que le hicieron casi a boca de jarro. Una pa-

reja de exploradores lo tomó por lo que era y le entró a tiros, salvándose milagrosamente de ser herido o muerto por los disparos; pero Quintín pudo darse a conocer inmediatamente y aquellos insurrectos lo condujeron hasta el campamento donde fué recibido cariñosamente por el General Monteagudo, a quien hizo entrega de todo lo que llevaba encima.

Después regresó tranquilamente a Villaclara, para seguir exponiendo su vida en la difícil misión de CONFIDENTE y de hacerse pasar por español cuando toda su alma estaba puesta en la INDEPENDENCIA DE CUBA.

No tiren que soy yo, el Corneta "Tatica"

Miguel Osés y Hernández, "Tatica" es de los hombres que nacieron a la vida para tirarlo todo al choteo, porque a ello los impulsa una fuerza superior que los obliga a permanecer eternamente contentos.

La Guerra de Independencia lo llevó a sus filas, y en ellas formó, cumpliendo religiosamente sus obligaciones de CORNETIN DE ORDENES, ganándose a fuerza de pulmones el grado de Teniente.

Su incorporación la hizo en las fuerzas que mandaba el General Manuel Suárez; después pasó a servir a las órdenes del Brigadier Juan Bruno Zayas y muerto éste, prestó sus servicios hasta terminarse la campaña, al lado del General Monteagudo.

En los primeros meses de guerra, estando con el General Suárez, acamparon las fuerzas en Manajanabo, y no recuerdo si el Coronel español Segura, o Palanca atacó el campamento en forma brutal y arrojada, causando en las filas cubanas una confusión tan grande que la gente se dispersó en todas direcciones ante la furiosa acometida de los españoles.

"Tatica", como muchacho del pueblo al fin, no era todavía muy práctico en las cosas de la guerra y mucho menos en montar a caballo; y aunque no fué de los últimos en colocarse sobre la montura, tuvo la fatalidad o la suerte, mejor dicho, de ser lanzado a tierra por el noble bruto que se encabritó con los tiros y principió a "corcovear", lanzando patadas a diesto y a siniestro.

Al verse sobre el duro suelo y casi dentro de los "gringos", concibió "Tatica", rapidamente, su proyecto de salvación que llevó a la práctica en seguida: se metió

dentro de un "matojito" y allí se acostó boca arriba a esperar que se desarrollaran los acontecimientos. Los soldados españoles le cruzaban cerca, y él los veía "grandísimos", en su avance sobre los insurrectos, hasta que todo fué pasando y volvió a reinar la calma por aquellos contornos.

Transcurrieron unos quince minutos de tranquilidad y "Tatica" aún permanecía boca arriba, empuñando en la diestra su cornetín de órdenes. De pronto escuchó pasos de caballos que se acercaban, y levantando cautelosamente la cabeza pudo conocer a uno de los jinetes, que era precisamente de los números de la Escolta del General. Principió a silbarle, y al oirlo el hombre, se dirigió a él, apuntándole con la carabina en forma amenazadora, creyéndole un enemigo.

Al darse cuenta "Tatica" de que corría entonces más peligros que anteriormente con los españoles, le gritó desesperadamente:

NO TIREN QUE SOY YO, TATICA: EL CORNETA.

Bien sabía yo que eran juegos de ustedes

Los hermanos Manuel, Florentino y Pablo Rodríguez Guerra residían en una finca existente en el barrio de Provincial, del Término Municipal de Santa Clara, al estallar la Revolución del año 1895, y en el mes de junio de dicho año se lanzaron al campo de la lucha por la Independencia de la Patria, organizando un buen contingente de hombres resueltos que se les fueron incorporando y poniéndose a sus órdenes. Los tres eran hombres de fuerte constitución física, muy conocedores de la vida del campo y prácticos en casi todo el territorio de la comarca.

Se unieron al General Manuel Suárez Delgado que había salido de Villaclara en aquellos días, y los tres fueron nombrados Capitanes y destinados al mando de distintas unidades. Los dos primeros terminaron la campaña y el último murió casi al final del año 1898, en los montes de "La Marota", cerca del pueblo de la Esperanza; y los tres se ganaron valerosamente las estrellas de Coronel. "Pablito" tuvo la gloria de acompañar al Titán Maceo en toda la ruda y heróica campaña de Pinar del Río.

En el mes de Agosto del citado año 1895, le fué ordenado al Capitán Pablo que saliera en comisión del servicio a recoger armas y municiones, y lo hizo llevando a sus órdenes al Teniente Ismael Avalos y algunos números, entre los cuales iba "Goyo" Pozo, un guajiro lépero, práctico y "sabichoso" y hombre siempre alegre y dispuesto para todo. El grupo se puso en marcha rumbo al caserío de Provincial donde existía un fuerte de la Guardia Civil, del que era Jefe un cabo generalmente conocido por el "Cabo Picao", hombre bastante

valiente, a quien le gustaba hacer frecuentes recorridos por las sitierías cercanas al fuerte. Acamparon en una finca distante media legua de Provincial, y "Goyo" Pozo pidió permiso inmediatamente para ir a visitar unas amistades. El Capitán "Pablito" se lo concedió y el hombre salió a prima noche del campamento cantando a todo pecho, como tenía la mala costumbre de hacerlo.

La comisión fué cumplida por el Capitán Rodríguez, y regresó al cuartel del General Suárez, dándole cuenta del resultado satisfactorio que había obtenido.

Pasados unos días, el Capitán "Pablito" llamó a "Goyo" Pozo a su presencia, para regañarlo y hacerle presente que el día menos pensado iba a pasar un buen susto por ir cantando de noche por el camino, a lo que "Goyo" le contestó.

—Ju, Capitán: bien sabe el puerco donde se rasca: Buen pájaro es "Goyo" Pozo, "pa" caer en una "emboscáa", yo soy muy listo "pa" dejarme pescar.

Acampadas las fuerzas en "Vega de Jiga", salió el Teniente Ismael Avalos con dos parejas rumbo a "Minas Bajas", una noche un tanto lloviznosa, y a poco andar sintió a "Goyo" que venía por una vereda cantando a grito pelado, y resolvió hacerle una maldad para que pasara un buen susto.

El Teniente Avalos y sus hombres se desmontaron de los caballos, que escondieron en el monte, y fueron a situarse en un desfiladero que existe en la vereda del "Cajón", que es muy estrecha, y por la cual tenía que pasar "Goyo" forzosamente. Cuando el cantante entró en el punto preparado, le gritaron.

—¡Alto a la Guardia Civil! ¡Date, pillo!

"Goyo" pegó un salto terrible, y salió disparado de la montura, desprendiéndose barranca abajo hasta coger el monte, dejando en poder de Avalos el caballo y la carabina que llevaba en el "portamosquetón".

A la siguiente mañana se apareció Goyo en el campamento, presentándose al Capitán "Pablito", y diciéndole.

—No te lo dije; anoche nació "Goyo" Pozo; figúrate que me encontré con el cabo "Picao" en la "verea" del "Cajón", donde me puso una "emboscáa" y me le fuí entre las manos, abriéndome paso a machetazo limpio.

—Pues mira, el Cabo salió ileso en la refriega y al ver tu bravura y arrojo en la pelea, ha tenido la delicadeza de devolverte el caballo y la carabina que se te quedaron olvidados en el lugar del combate.

Cuando "Goyo" vió su carabina colgada del "testero" de la casa y su caballo amarrado a la puerta, se sonrió maliciosamente y le dijo a "Pablito".

—Bien sabía yo que eran juegos de ustedes.

Los Majases

No se me vayan a poner bravitos mis compañeros queridísimos de la manigua insurrecta que de cuando en vez y por cualquier circunstancia se dedicaron por algún tiempo al disfrute de la sabrosísima vida del "majaseo", visitando las sitierías en los primeros tiempos de la campaña, y los "ranchos" dentro del monte cuando la "caña se puso a tres trozos", pues voy a tratar de describir la existencia del "majá" en la Guerra; y naturalmente, a muchos les habrá de corresponder—y a mi entre ellos—una buena parte de la gloria conquistada, "majaseando" . . . .

El vocablo "MAJA"—según el DICCIONARIO ENCICLOPEDICO-ESPAZA" se aplica en la Isla de Cuba a una culebra parecida a la boa y perteneciente a la especie **Epicrates angulifer,** de la familia de los boidos; esta serpiente alcanza una longitud de unos 4 m., y se alimenta de aves y de mamíferos de mediana talla; no ataca al hombre".

Nuestros "majases" de la GUERRA DE INDEPENDENCIA no tienen, sin embargo, absolutamente ninguna semejanza con el descrito anteriormente; como tampoco existe constancia de la palabra "majaseo", que es derivada por nosotros del "majá mambí", para significar que éste hacía la vida apartado de todos los servicios de armas y se estacionaba donde pudiera encontrar seguridades y materias alimenticias.

Eran los mayores azotes de la zona o comarca donde se encuevaban, y desde que caían en ella causaban más daño que una tormenta, pues en su misión de escapar lo mejor posible sin esponer el pellejo a las balas, se llevaban por delante cuanto encontraban, sin mirar nun-

ca para atrás. Cuando un "majá" se aparecía en una Prefectura y encontraba en ella alguna abundancia de comida, allí se enroscaba y ni con candela brava había manera de ahuyentarlo hasta que no engordaba y criaba un buen caparazón de escamas. El, siempre tenía algún cuento que hacerle al Capitán Prefecto, para "dormirlo" y ponerlo de su parte; peró si se presentaba el "soldao" nadie le aventajaba en coger el monte primero.

Si una fuerza insurrecta acampaba cerca de la Prefectura ya estaba el "majá" en movimiento, temeroso de que le echaran mano y se lo llevaran para las filas a pasar trabajos. Y si por casualidad lo agarraban, había que oirlo exponer sus motivos para justificarse ante los jefes. Ninguno "majaseaba" por gusto, sino por causas muy serias e inevitables.

Por cierto, que un día llegaron las fuerzas del General Monteagudo a un lugar llamado "El Güije", y allí acamparon, después de haber librado un reñido combate con la columna española mandada por el Coronel Palanca, y recuerdo que después de pasada una hora lo hizo una pareja de la Escolta al Cuartel General, presentándosele a mi hermano Ibrahim, que era el Jefe de Estado Mayor, para entregarle un "prisionero" que traía. Era éste, un hombre de alta estatura, corpulento, de ancho pecho, de aspecto saludable y bastante bien vestido . . . .

Uno de los hombres de la pareja, no sé si Gertrudis Jimeránez le dijo a mi hermano:

—Teniente Coronel; aquí le traigo este ciudadano que acabamos de agarrar en el linde del monte y que se dió a huir cuando le dimos el alto. Dice que él es muy buen cubano y tan "mambí" como nosotros; pero como salió corriendo, lo cogimos, y a Vd. se lo entregamos como es nuestro deber hacerlo.

El hombre, al ser interrogado por el Teniente Coronel le respondió muy franca y campechanamente:

—Pues, si señor, mi jefe; yo soy un insurrecto como otro cualquiera y tengo el mismo derecho de vivir que el que tiene el propio General Máximo Gómez. Estoy "majaseando" desde hace más de año y medio, y es ésta la primera vez que me ocurre un caso semejante. Bastante hago con sostenerme en la manigua, pues ya he peleado mucho y no me voy a exponer a que el mejor día me dejen frío de un balazo, porque quiero "lograrme".

No es necesario decir que inmediatamente fué incorporado a la Infantería y que allí llamó la atención entre aquella brava gente, flaca, sucia, desnuda y hambrienta, aunque siempre dispuesta a dar la vida peleando por la libertad de la Patria.

El "majá" tuvo que conformarse con su suerte y en seguida se acostumbró a la vida activa. Un día se le acercó un moreno muy sabichoso y le dijo:

—Oye, compañero: tu no deja que ninguno te pase mano de abajo **pa** arriba en lomo, **poque pué** quitarte escama que tu tiene ahí **prendío** como raice de jagüey".

Y no se vayan a imaginar los lectores que el "majá" abundaba únicamente en la clase de tropa; nada de eso; los había muy oficiales y hasta con estrellas de Generales, que nunca oían un tiro, y cuya existencia se deslizaba pacífica y tranquilamente en medio de los más intrincados montes, o en las alturas más empinadas de las sierras. Se acostumbraron a vivir cómodamente, para "lograrse", y llegaron a la terminación de la campaña libres de todo peligro, para salir después al limpio, dándoselas de héroes de cien combates y de . . . . sacrificados . . . .

¿Que no le prestaron buenos servicios a la Revolución y que fueron "parásitos" del Ejército Libertador? Perfectamente: Cumplieron con su deber de cubanos, y eso, por si solo, es suficiente y meritorio; se marcharon a la manigua, para ayudar a hacer la Independencia y se expusieron a sufrir todas las calamidades y miserias de la campaña. Ellos también contribuyeron, en la me-

dida de sus fuerzas, a la obra común; sufrieron las mil vicisitudes de la campaña; se mantuvieron firmes en sus puestos de rebeldes; lloraron nuestras derrotas y gozaron con nuestras victorias: son, por tanto, LIBERTADORES DE CUBA.

¡Y es verdad que es el burro!

Rafael Anido o el "Chino" Anido, fué Teniente en la Guerra de los Diez Años y era vendedor de dulces por las calles de Villaclara al estallar la Revolución. Marchó al campo el 23 de junio de 1895 y el General Suárez lo ascendió inmediatamente a Capitán, en cuyo grado se quedó definitivamente hasta la terminación de la campaña. Más tarde se incorporó a las fuerzas del Coronel José B. Alemán y en ellas desempeñó el cargo de "Jefe de Dia Perpetuo", no quitándose nunca la banda roja atravesada en el pecho, que llevaba como distintivo del empleo.

En compañía del Teniente Ismael Avalos y de otros individuos salió Anido una tarde rumbo a "Piedras de Amolar", donde estaba situada la finca de un tío de Avalos, y desde que llegaron principió el Capitán Anido a desconfiar, asegurando que por allí habían pasado los españoles, porque él conocía el "soldao" por el olor, y además se hallaba fresquecito el rastro que estaba viendo en el camino, y que no era otra cosa que los trillos sumamente estrechos que hacen los puercos en el monte.

Avalos mandó a buscar comida a la casa de su tío y se quedó dormido en unión del Comandante Bonifacio Sterling, mientras que Anido, más desconfiado se puso de centinela arriba de un árbol. El tío de Avalos, al acercarse, dió algunos silbidos para hacerse conocer, despertando a los durmientes; y Anido al escucharlos se tiró de la mata, diciendo:

—No ve; igualito que en la Guerra Grande. Por ahí viene el enemigo.

Y los tres salieron huyendo monte adentro como alma que lleva el Diablo, sin detenerse ni a recoger los

caballos. Pasados unos momentos y viendo que reinaba tranquilidad, regresaron al lugar de partida donde los estaba aguardando Don Rafael Marrero, el tío de Avalos, provisto de una buena y abundante comida.

Media hora después se pusieron en marcha muy confiados, y satisfechos de lo que habían comido. Cada uno iba comentando a su manera el susto que acababan de pasar, cuando de pronto escucharon a gran distancia un burro rebuznando que Anido confundió con el toque de cornetas españolas, y sin esperarse a averiguar la verdad le metió las espuelas al caballo, emprendiendo rápida huída, hasta que sus compañeros lograron detenerlo, convenciéndolo del error.

El Capitán Anido quedó, sin embargo, un poco desconfiado, dirigiendo la vista en redondo; hasta que al fin dijo:

—Y es verdad que es el burro.

"Yo quere meté pinchacito tenedó dentro carne sabroso"

La Esperanza es un pueblo de la Provincia de Santa Clara, y de bastante importancia en el período de la Guerra de Independencia por su situación topográfica, ya que no la separan más que cuatro leguas de la ciudad del Capiro, que era entonces centro de operaciones y residencia de los generales españoles.

En distintas ocasiones y siempre con bastante éxito, penetraron en la Esperanza las fuerzas cubanas sin respetar los fuertes que le defendían, ni que hubiera alguna columna española dentro; y casi en todas las entradas sacamos de alli muy rico botín de armas, municiones, comida y ropas, además de las dolorosísimas bajas que nos causaba el plomo enemigo.

Recuerdo que una vez que entramos en la Esperanza, iba en las fuerzas asaltantes un Batallón de Infantería que mandaba el Teniente Coronel Bonifacio Sterling, en una de cuyas compañías figuraba, precisamente un moreno viejo, Sargento, que había hecho toda la campaña de los diez años.

Nuestra gente penetró en la población llena de entusiasmos y "caminaba para arriba del plomo" muy sin novedad, ante la perspectiva magnífica del "raqueo", sin preocuparse de los disparos que hacían los defensores desde todas partes; su objetivo era llegar hasta donde estuvieran los establecimientos y sobre ellos iban los insurrectos directamente, a pecho descubierto y haciendo fuego sin cesar.

A mi me tocó mandar un grupo donde el único que estaba medio presentable era yo, sin embargo de que por toda indumentaria llevaba un pantalón desflecado hasta las rodillas y una guayabera hecha ripios, apestosa a demonios. Ya puede imaginarse como iría el resto de mi gente.

Nos metimos en una bodega cuyas puertas derribamos a culatazos, y saltamos mostrador adentro como tigres hambrientos sobre su presa. A punta de machete y de cuchillo principiamos a abrir latas de sardinas y de pescado, dándonos un soberano atracón que nos desquitó del hambre vieja que llevábamos.

Allí no existía, en aquellos momentos, la disciplina; cada cual era su propio jefe; hacía lo que le daba la gana y se apoderaba de lo que estimaba conveniente. El respeto a las mujeres era la única consigna que se nos daba cuando penetrábamos en las poblaciones bajo el fuego enemigo, y así cada cual podía proveerse libremente de lo que le fuera fácil cargar. Estuvimos algunas horas dentro de la Esperanza, unos peleando en medio de las calles, librando verdaderos actos de heroísmo, otros contra los fuertes y las patrullas que se presentaban, y el resto entregado a la faena del aprovisionamiento de pertrechos donde los pudiera encontrar.

Salimos de la Esperanza en las horas de la madrugada y emprendimos la marcha satisfechos de la faena; llevando el cordón de camillas donde iban los heridos y los muertos que se pudieron recoger. Acampamos como a las ocho de la mañana en "La Margarita", y allí había que ver las escenas que se desarrollaban haciendo los repartos del botín.

Es digno de mencionarse este episodio, presenciado por mi en la Infantería, entre el moreno viejo que había estado en toda la Guerra de los diez años, que era Sargento de la Compañía que mandaba el Capitán Telesforo Pérez, y un soldado de las propias fuerzas.

Estaba este Sargento sacando sus cosas del "jolongo", y entre ellas apareció un juego de cubiertos de los

de clase corriente, que él con mucho cuidado envolvió en un trapo mugriento, colocándole debajo de un pilón de hierbas.

Un compañero, al ver la operación que estaba realizando, le preguntó.

—¿Se puede saber, Sargento, que cosa va a hacer usted con esos cubiertos, cuando sabe perfectamente que ya no hay ni jutías que comer?

Y aquel viejo veterano con mucha parsimonia le respondió:

—Yo llevá ya mucho tiempo comiendo con mano, y queré dame guto comé con tenedó y cuchillo lo mimo que gente rica; poque viejo no queré morí sin meté pinchacito tenedó dentro cane sabroso

¿Comandante y Capitán de qué? ¡P . . . ! Comandante y Capitán de Mambises, hijos de mono y aura

El año 1897 principió debajo de las balas—como decíamos los "mambises",—en el territorio que abarcaba la Brigada de Villaclara mandada entonces por el Coronel José de J. Monteagudo; sobre todo desde el 16 de enero en adelante en que "cantó el guariao" sin descanso y hubo que pegar muy duro para contener el empuje de los "panchos".

Don Valeriano andaba por el territorio villareño con media España detrás, y ya puede suponerse que por donde quiera que el insurrecto metía la cabeza se encontraba con sus batallones. Estábamos acampados en "Zuazo", y el Coronel recibió confidencias de que íbamos a ser atacados por varias columnas enemigas puestas en combinación, para caer sobre nosotros por distintos lugares, por lo que dispuso inmediatamente que las fuerzas cubanas se situaran en las mejores posiciones y ocuparan los puntos más estratégicos, para combatir con resultados favorables.

El Teniente Coronel Manuel Rodríguez con su Batallón debía batir a toda columna que se presentara por el rumbo de "Palo Prieto"; el Comandante Bonifacio Sterling con dos compañías del Regimiento "Libertad", situado en "Guachinango", tenía la órden de pelear mientras le quedaran municiones, y el Teniente Coronel Carlos Aguilar con fuerzas de caballería mantendría constante exploración sobre Santa Clara, desde donde parte

el camino central de la Isla, pasando precisamente por el "Asiento de Zuazo" en que nos encontrábamos y estuvimos acampados hasta el día 19 que nos trasladamos al "Maguey".

Allí se tuvieron noticia de la presencia del enemigo, y acto contínuo salimos de marcha hacia "Zuazo" nuevamente.

Al medio día escuchamos nutridas descargas de fusilería y fuego de cañón rumbo al "Guachinango", y supusimos que el Comandante Sterling había entrado en pelea. Próximamente media hora después volvimos a sentir fuego por todo el camino de "Zuazo", y vimos, al poco rato, a los ginetes del Teniente Coronel Aguilar que venían peleando en retirada. Inmediatamente se generalizó el combate en toda la línea que el Coronel Monteagudo había preparado de antemano, cayendo los españoles en las emboscadas que se le pusieron. Hasta el Cuartel General y la Escolta se batieron aquel día como leones tratando de contener la avalancha . . . .

Y como quiera que no es mi propósito describir esta acción guerrera en la exacta forma en que fué desarrollada, sino exponer los "episodios cómicos" ocurridos como consecuencia de la misma, pasemos a narrar el siguiente, que vale la pena de conocerse.

Cuando todos estos interesantísimos combates habían terminado, favorables en su mayoría para nuestras armas, se presentó en el Cuartel General un moreno de la infantería conduciendo en calidad de prisionero de Guerra a un Capitán del Ejército Español, cogido por él mismo en medio de la pelea, para entregárselo personalmente al Coronel Monteagudo; pero le fué ordenado que lo llevara a presencia de su jefe inmediato el Comandante Sterling, a fin de que éste diera cuenta del hecho, oficialmente.

El Comandante Sterling puso el prisionero a la disposición del Capitán Telesforo Pérez con el encargo de que se le guardaran las mayores consideraciones, en tanto se hacían las tramitaciones del caso. Hay que tener

en cuenta que Sterling y Telesforo pertenecían a la raza de color y eran bien prietos por cierto.

Se presentó el soldado al Jefe de su Compañía diciéndole:

—Capitán Telesforo; aquí le traigo este español hecho prisionero por mi y que le manda el Comandante Sterlíng, con la orden de que se le guarden muchas consideraciones.

El Oficial español oyendo todo aquello, abría descomunalmente los ojos y demostraba en los gestos que hacía algo que ya lo estaba mortificando. De pronto y sin poderse contener más, echó un terno en acento puramente castizo, y dijo a toda voz:

—¿COMANDANTE Y CAPITAN DE QUE? ¡P . . . . ! COMANDANTE Y CAPITAN DE MAMBISES HIJOS DE MONO Y AURA, RECONTRA! . . . . . Y ahora fusilarme si queréis.

Desde Puerto Rico hasta Cuba

Como el escritor tiene la facilidad de poder remontarse, para llegar en alas de su imaginación lo más pronto posible al lugar que le parezca mejor, yo me voy a tomar la libertad de dar un salto en las alturas y caer en la isla de Puerto Rico, precisamente en el año 1887 cuando era gobernado aquel territorio por el General español Don Romualdo Palacios.

Aquella era una época terrorífica en la que el componte de la Guardia Civil andaba a la "aleta de la albarda", para los nativos que no le brindaban mucha confianza a los gobernantes peninsulares. Entre los componteados, según me cuenta el Brigadier José Semidey que es puertorriqueño y fué actor en el episodio que narro, figuraba un obrero llamado Eusebio Bonilla, hombre valiente y exaltado, y que, por eso mismo, estaba muy mal visto por la Guardia Civil. Un día lo compontearon bárbaramente, y estando amarrado hubo de tratar de cobardes a los guardias que lo castigaban, entre los cuales figuraba uno nombrado José Ferrería, quien al considerarse ofendido, le dijo:

—Para probarte, miserable, que no soy ningún cobarde estoy dispuesto a batirme lealmente contigo en cualquier momento.

El duelo fué concertado y meses después se iba a llevar a cabo con la intervención de los señores José Semidey y José María Pietriantoni en calidad de padrinos de Bonilla,y dos guardias civiles representando a Ferrería.

La noche en que el lance debía verificarse, fueron Semidey y Pietrantoni en busca de su representado a

la casa en que vivía, y allí no pudieron encontrarlo, como tampoco en los distintos lugares que frecuentaron.

El cadáver de Bonilla apareció a la mañana siguiente en la puerta del Cementerio, donde se constituyó el Juzgado por mera fórmula, sin llevar a cabo las investigaciones del caso. Semidey las practicó por su cuenta y supo que Bonilla había sido asesinado por la Guardia Civil; hizo la correspondiente denuncia y dejó en el Juzgado su declaración escrita, sin que tampoco se esclarecieran los hechos.

Años después, en 1892, se trasladó Semidey a la República de Santo Domingo, afiliándose al Partido Revolucionario Cubano, hasta que salió para Cuba en mayo de 1895, a las órdenes del General "Mayía" Rodríguez, en una expedición que no pudo desembarcar en las costas cubanas. Pudo lograrlo, más tarde, en otra expedición mandada por los generales Carlos Roloff y Serafín Sánchez, que desembarcó por Sancti Spíritus el 24 de julio del mismo año.

Aquel puertorriqueño expedicionario era Teniente Coronel en el año 1897, y prestaba sus servicios en la Brigada de Sagua, al mando de un Regimiento de Infantería. El General José Luis Robau que era su jefe le dió la comisión de trasladarse a Camagüey en busca de armas y municiones, y al llegar al campamento del General Javier Vega, que era quien debía entregarle los pertrechos de guerra, se fijô en un individuo con insignias de Cabo y le dijo:

—Me parece que lo conozco á usted, Cabo, desde hace mucho tiempo.

—Y yo a usted también, Teniente Coronel.

—¿No es usted, Ferrería el Guardia Civil de Yauco, en Puerto Rico?

—Si, señor, el mismo; me licencié del Cuerpo a que pertenecía y me vine para Cuba a pelear por su libertad; pertenezco a la Escolta del General José Maceo a quien me incorporé desde mi llegada a la manigua.

Cuando terminó la campaña supo el Coronel Semidey por boca de un oriental que había sido compañero de Ferrería en la Escolta del General José Maceo, que aquel había muerto peleando bravamente por la Independencia de Cuba.

Y el hoy brigadier José Semidey y Rodríguez, Jefe del Departamento de Administración del Ejército de la República, todavía se siente conmovido al recordar aquellos episodios de la contienda libertadora en la que él participó de manera muy sobresaliente.

Y Cástulo sigue en "El Laurel de Pendás"

Cástulo Martínez nació hace más de ochenta años, en una finca perteneciente al Término Municipal de Santa Clara, donde se crió y aún vive todavía labrando la tierra y entregado a todas las labores del campo.

Mocetón de 18 ó 20 años se lanzó a la manigua el año 1868, cuando lo hicieron desde Villaclara Miguel Gerónimo Gutiérrez, Guillermo Lorda, Gerardo, Eduardo y Enrique Machado y tantos otros "pilongos" que prestigiaron las filas del Ejército Libertador. Terminó aquella larga jornada de diez años de constante batallar con el grado de Comandante.

Cuando el General Carlos Roloff operaba en los últimos tiempos de aquella campaña por la zona de Villaclara, Cástulo fué su compañero. La persecución era tan encarnizada que se internaron en la "Sierra del Escambray", por las faldas de la loma "El Mogote", y en ellas sembraron unas cuantas matas de mangos. Desde allí mismo salió Cástulo un día del año 1878, para realizar su "capitulación" en Villaclara.

"Pacífico" ya, regresó a su "Laurel" para entregarse a la vida de calma y tranquilidad que tanto necesitaba, y así vivió esperando siempre que el grito de guerra volviera a vibrar en los campos de Cuba, para regresar a ellos a pelear por la libertad e independencia de la Patria.

Tan pronto sonó en Baire la corneta llamando a los patriotas, y Cástulo escuchó sus vibraciones, fué de los primeros en empuñar nuevamente las armas y lanzarse

a la manigua insurrecta, arrastrando a un grupo de hombres como él resueltos a jugarse la vida. A los pocos días el Teniente Coronel Cástulo Martínez se hacía sentir en el territorio villareño que recorría victoriosamente, estrechando combates con el enemigo cuantas veces se lo encontraba en su camino. Su fuerte eran las cargas al machete y las peleas en guerrilla.

Conocía palmo a palmo la zona en que operaban las fuerzas de Villaclara, y una ocasión se lo demostró al General Monteagudo, sacándolo monte a monte, cuando éste con las fuerzas de su mando se encontraba casi copado por los españoles. Subiendo por lomas empinadas y por entre breñales de sabanas, existía un caminito conocido únicamente por el Teniente Coronel Martínez, y por él burló al enemigo, llevando sin novedad a la columna insurrecta hasta "La Solapa".

Muchos fueron los hechos de armas en que participó Cástulo durante la Guerra del 95, primeramente al frente de un Escuadrón de Caballería y últimamente mandando un Batallón de Infantería del Regimiento "Libertad".

Tuvo la satisfacción y la gloria de comer de los mismos mangos por él sembrados en compañía del General Roloff en las faldas de la loma "El Mogote" en el año 1877, que hoy son conocidos por los "Mangos de Roloff", y que de ellos comieran sus compañeros de armas.

Y aquel viejito de hierro, largo y flaco como un bejuco, todo nervios y astucia mambisa, montado siempre sobre su jaca alazana, parecía un centauro al frente de sus hombres, y llegó a convertirse en el terror de los guerrilleros al servicio de España.

Y allá en el "Laurel de Pendás" a cuya sombra protectora acampé, dormí y me alimenté muchas veces en compañía del Teniente Coronel Cástulo Martínez hace la friolera de treinta y tantos años, vive tranquilamente el heróico mambí entregado a las faenas agrícolas y rememorando diariamente, continuamente, sus épicas hazañas, satisfecho de su obra y querido y respetado por cuantos lo rodean.

Se le Pasó el Susto a los Tres Días

El Teniente Coronel Cástulo Martínez recibió la orden del General José de J. Monteagudo, de marchar a la Provincia de Matanzas a recojer unas armas y municiones procedentes de la expedición que había desembarcado por Cárdenas el General Collazo, y salió para dicho lugar acompañado de unos treinta hombres, entre los cuales iban el Capitán Pedro Valdés Fuentes y un individuo conocido por "Uga" o "Buchinche".

Fueron tantos los contratiempos esperimentados en la travesía, por la tenáz persecusión de las guerrillas y columnas españolas, que se hizo imposible al Teniente Coronel Martínez cumplimentar la orden recibida. Los contínuos fuegos sostenidos con el enemigo le produjeron muchas bajas en sus filas y se vió obligado a regresar al lugar de partida.

La última hecatombe ocurrió entre Amarillas y Melones mientras almorzaban y daban descanso a la caballería. Una guerrilla los atacó brutalmente, dispersándolos en distintos grupos. Fué tan bárbaro el empuje de los guerrilleros, que resultaron infructuosas las líneas de fuego que se les pusieron; el pánico se había apoderado de todos los ánimos y se impuso el sálvese el que pueda. Hubo insurrectos, y "Uga" entre ellos, que no paró su carrera hasta el pueblo, donde hicieron su presentación.

En este hecho de armas se salvó el Capitán Valdés Fuentes por habérsele reventado la correa de la bandolera, pues un guerrillero quiso hacerlo prisionero y se la

arrebató, mientras que él continuaba dándole espuelas al caballo. Y como en la cartera iba su diario de operaciones lo dieron por muerto, y en el periódico "La Lucha" salió publicada la noticia.

El Hambre no Respeta Nada

De marcha por unos desfiladeros profundos, y sobre las empinadas lomas de Trinidad, marchaba un día de lluvia la Brigada de Villaclara rumbo a la zona de sus operaciones, anhelantes las fuerzas que la componían de hacer rápidamente el viaje de regreso, para reponerse un tanto de las miserias y necesidades pasadas esperando la expedición que debía desembarcar por las costas trinitarias.

Una compañía de infantería al mando del Capitán Pedro Valdés Fuentes iba cubriendo la retaguardia, y éste oficial tuvo necesidad, muchas veces, de poner en práctica hasta procedimientos violentos, para que la gente no se le insubordinara, pues se resistía a continuar marchando, a consecuencia de los aguijonazos del hambre.

En un recodo del camino que seguían, vió el Capitán Valdés Fuentes a un grupo de hombres, y entre ellos al Teniente Pedro Mariani, entregados a la faena de entresacar de un mulo muerto y apestoso, picado ya por las auras, los trozos de carne que podían aprovechar. El Capitán llamó a un lado al Teniente para reprenderlo por el mal ejemplo que estaba dando con aquel acto que realizaba; y el Teniente le respondió, que solamente el hambre lo obligaba a ello.

Dos días después, y cuando las fuerzas estaban acampadas en el potrero "Alberich" cerca de Manicaragua, el Capitán Valdés Fuentes se estaba muriendo de hambre, y buscando comida llegó hasta el pabellón del Teniente Mariani, viendo a éste atracado con un trozo de carne humeante y olorosa. Se le hacía la boca agua y se le salían los ojos detrás de aquel espectáculo.

Al verlo, Mariani, le dijo: Capitán; yo no lo convido porque ésta es la carne de aquel mulo muerto y apestoso que me encontré en el camino y yo me supongo que usted no se atreverá a meterle el diente.

Y el Capitán Valdés Fuentes sintiéndose enternecido le respondió al Teniente Mariani:

—Aquello fué en el camino, por causa de la disciplina, pero ahora la escena cambia de aspecto. Yo me estoy cayendo a pedazos de la debilidad y he venido a que me des un pedazo de esa carne, pues el hambre no respeta nada.

La Muerte de su Caballo Salvó la Vida al Coronel Roberto Méndez Peñate

A principios del mes de agosto del año 1898 estaban acampadas en el potrero "Dinamarca" cerca de Villaclara, las fuerzas de esta Brigada y las de Sagua, en una concentración ordenada por el Jefe de la División General Monteagudo. Eran unos 500 hombres en condiciones de pelea.

El Comandante Manuel Trujillo recibió la orden de extraer ganado de los Egidos de la ciudad y salió al frente de unos 60 hombres a realizar la operación que llevó a efecto después de librar reñida lucha con las guarniciones de los fuertes. Detrás de él, por el rastro, marchó una columna hasta el mismo campamento de "Dinamarca", y allí se entabló la contienda durante más de hora y media.

La lucha fué encarnizada y se peleó bravamente por ambas partes. Los cubanos, perfectamente atrincherados detrás de unas cercas de piedras, resistieron bravamente el empuje de los españoles.

Las escoltas de los Generales Monteagudo, Gerardo Machado y José Luis Robau pelearon hasta gastar los cartuchos que llevaban encima, procurando desalojar al enemigo que se había hecho fuerte en las márgenes de un río.

El Coronel Roberto Méndez Peñate al frente de su Regimiento Infantería "Libertad", estaba situado sobre una lometa,acompañado de su Plana Mayor y una pe-

queña escolta, dando las órdenes pertinentes; y después de duro combatir, casi al terminarse la contienda, poco faltó para que perdiera la vida: su caballo amarillo de más de siete cuartas de alzada, al pararse en dos patas, recibió un balazo en el pecho que le derribó sin vida, arrastrando al ginete en la caída y salvando con su muerte, la existencia a su dueño, pues de no haberse encabritado hubiera sido éste quien recibiera el disparo. La sangre del noble bruto le manchó el rostro y las manos al Coronel y salpicó al Capitán Valdés Fuentes, su Ayudante, que se encontraba a su lado.

Un Buen Regaño a Tiempo

Como Jefe de un Regimiento de Infantería operaba en la Brigada de Sagua al mando del General José Luis Robau, el Coronel José Semidey y Rodríguez, y se encontraba acampado al frente de sus fuerzas, en uno de los días del mes de junio de 1897, en las márgenes del río "Sagua la Chica", cuando tuvo noticias de que los soldados Pablo Alfonso y Domingo Dreke trataban de hacer su presentación al enemigo, porque no había que comer y en el pueblo le pagaban un "centén" por cada arma, y además los alistaban como movilizados. Inmediatamente le ordenó al Alférez Teodoro Mesa que condujera a ambos soldados a su presencia.

Salió este oficial a cumplimentar lo que le habían ordenado, y se encontró conque Dreke ya no estaba en el campamento; detuvo a Alfonso y lo llevó a presencia del Coronel, quien con frases cariñosas le dijo:

—Parece mentira, Pablo, que un muchacho como tu, tan valiente y buen cubano piense cometer la villanía de hacerle traición a la Patría. Cualquiera otro jefe te hubiera mandado a ahorcar ahora mismo, pero yo quiero ofrecerte una oportunidad, por estar persuadido de tu ignorancia. Te voy a dar el pase para la Brigada de Remedios y confío en volver a verte muy pronto.

Algunos meses después tuvo necesidad el Coronel Semidey de cruzar por la zona de Remedios hacia Camagüey, en cumplimiento de una orden del General Robau, y al acampar en "El Seborucal" se le presentó el soldado Alfonso portando un pase para sus fuerzas, incorporándosele y continuando a sus órdenes.

De regreso a Sagua y acampado el Regimiento precisamente en "Sagua la Chica", se presentó el enemigo, sosteniendo con él vivo fuego por más de media hora, y al ordenar el Coronel Semidey la retirada por una vereda, se situó en la boca de la misma mientras desfilaban las fuerzas y se disparaban los últimos cartuchos. En esos momentos le dieron un balazo en el pecho a la mula que montaba, derribándola sin vida y arrastrándolo en la caída, dentro de unos maniguazos.

Pablo Alfonso que se había quedado junto al Coronel se precipitó sobre él, creyéndolo gravemente herido, diciéndole: "Coronel, aquí estoy yo a su lado para morir juntos" y lo sacó de debajo del animal muerto, llevándoselo en los momentos en que los españoles ya estaban a poca distancia y casi le echaban las manos encima. Era el mismo individuo aquel que quería presentarse y a quien le dió el pase para otra fuerza, el que le había salvado la vida.

Alfonso fué soldado de la Guardia Rural a sus órdenes y aún vive en Sagua disfrutando del retiro, al lado de su familia.

El Vocabulario de Solano Romero

Operando constantemente por los alrededores de Ranchuelo, la Esperanza, y muchas veces hasta Cruces, que está fuera de la zona que comprendía la Brigada de "Villaclara", en la cual mandaba un Escuadrón del Regimiento de Caballería "Zayas", el Teniente Coronel Solano Romero no se cansaba de hacerle maldades a los españoles, unas veces por medio de emboscadas, otras atacando las poblaciones que defendían denodadamente, y muchísimas batiéndose con ellos en campo abierto donde se le presentara una buena oportunidad.

Solano Romero es un hombre corpulento, grueso, simpático, gritón y que habla al mismo tiempo que se ríe bárbaramente, escandalosamente, intercalando en cada cuatro palabras que pronuncia un: ¿Usted me comprende?. Su gente lo quería con delirio y lo respetaba muchísimo, y él trataba con verdadero cariño de padre a todos los que operaban a sus inmediatas órdenes. Perdió dos hermanos en la campaña del 95 que juntos con él salieron a combatir por la Independencia de Cuba y vive actualmente en la ciudad de Santa Clara, con el respeto y la consideración que él se merece.

Cuando el Teniente Coronel Solano Romero está hablando hay que guardar silencio obligatoriamente, porque su bozarrón sobresale por encima de las más grandes griterías y él no deja tiempo para que lo interrumpan. Es un guajiro "lépero", al mazo, jaranero y criollo hasta los tuétanos, sin embargo de que emplea ese vocabulario netamente peninsular, de echar ajos y cebollas por la boca con la misma facilidad con que nos disparamos un vaso de agua al coleto.

Para Solano Romero, puede decirse que no hubo época mala en la Revolución, pues cuando todo el mundo se estaba muriendo de hambre, a él no le faltaba que comer; y el General Monteagudo que lo conocía como nadie, le mandaba comisiones al lugar donde se encontrara para que le remitiera pertrechos de boca.

Un día del mes de noviembre del año 1897 llegó Solano con sus fuerzas al Cuartel del General Monteagudo, para darle cuenta de una brillante operación de guerra que había realizado cerca del pueblo de Ranchuelo, al batirse contra una fuerte columna española, a la que, además de las numerosas bajas que logró ocasionarle desde ventajosísimas posiciones, sin recibir ni él ni sus hombres serios descalabros, logró arrebatarle una acémila cargada de comestibles, de los cuales llevaba una buena cantidad al General.

Aquella escena entre Monteagudo y Solano describiendo éste, los hechos ocurridos durante la acción que había realizado, y entregándole los "féferes", había que haberla presenciado. En cada palabra del Teniente Coronel al General iba intercalado un "Usted me comprende" y una ristra de ajos . . . ., de cebollas y de cuantas frases sonoras inventaron las malas lenguas. Y el General Monteagudo lo escuchaba, desternillándose de risa.

Cuando la conferencia hubo terminado, el Teniente Coronel Solano recibió la orden de acampar con su gente a corta distancia del Cuartel General; y pasados unos momentos empezaron a escucharse los ecos de su vozarrón, saliendo estrepitosos por encima de su tienda de campaña, regañando a unos oficiales. Aquello parecía un Cuartel peninsular de las poblaciones . . . .: todas las especies . . . . del vocabulario castellano salían de allí, del mismo modo que ahora lo hacen por medio del "Radio" las conferencias científicas, los discursos, los cantos, la música y los anuncios de empresas, comercios y negocios particulares.

En el Cuartel del General Monteagudo se encontraba aquel día, el Teniente Coronel Marco Aurelio Cervantes, muerto hace poco tiempo siendo Magistrado del Tri-

bunal Supremo de la República, quien al escuchar aquella fraseología especial de Solano, se levantó muy asustado de la hamaca, fija la mirada en el General Monteagudo, quien al verlo de esa manera, le dijo:

—Teniente Coronel: me parece que por ahí debe estar acampado algún Oficial del Regimiento "Tarragona" o de "San Quintín". Vaya a ver que ocurre y vuelva a darme cuenta inmediatamente.

Marco Aurelio salió de su tienda y volvió al poco rato, diciéndole a Monteagudo:

—No hay novedad, General; al salir me dí cuenta inmediatamente que era Solano Romero, pues conozco demasiado su manera de expresarse.

—Yo también lo sabía; pero como lo ví a Vd. levantarse de la hamaca un poco alarmado, quise que saliera del error en que estaba.

Las Sardinas del General Esquerra

Nos encontrábamos acampados en "El Inglés", jurisdicción de Trinidad, en el mes de junio de 1898, esperando la expedición que nunca vino, pasando hambres y calamidades hasta para "hacer dulce", y no conozco de que medios se valió el General Higinio Esquerra, Jefe de la Brigada de Cienfuegos, para guardar, dentro de las alforjas, una lata de sardinas en tomates.

Mi hermano Ibrahim que era Teniente Coronel Jefe de Estado Mayor del General Monteagudo, se enteró de la noticia por boca del Comandante Ramón Cordovés, y entre los dos concibieron el proyecto de "raquearle" a Esquerra el comestible, poniendo inmediatamente en práctica su plan. Le dieron orden a un asistente, para que se fuera al pabellón del General Esquerra y armara una bronca con el asistente de éste; y al entablarse la lucha y acudir Esquerra al lugar de los hechos, Cordovés que se encontraba oculto, aprovechó la ocasión y se apoderó de la ansiada latica. Hay que tener en cuenta que el Jefe de la Brigada de Cienfuegos sacaba una sardinita en cada comida y se la comía, buscando que la ración le durara el mayor tiempo posible.

Y como entre cielo y tierra no hay nada escondido, Esquerra se enteró de lo que le habían hecho, formando un escándalo mayor aún que el de los dos asistentes, sin que el asunto pasara a mayores consecuencias porque fué tomado como broma de buen género, en atención al estado de cosas en aquellos momentos calamitosos.

El General Esquerra no se olvidó nunca más de la maldad que le hicieron y se la guardó a los autores, eternamente, pues ya en los tiempos de la guerra como

después de la República, aprovechaba toda oportunidad que se le presentaba para soltarles sus "puyitas" a Ibrahim y a Cordovés, demostrando que todavía no les perdonaba que le hubieran comido las sardinas.

Cuando el General Esquerra fué nombrado Coronel de la Guardia Rural y Jefe de la Provincia de Santa Clara, a mi hermano Ibhahím que era Teniente Coronel lo destinaron al mismo lugar en calidad de segundo Jefe, y a los pocos días gestionó y obtuvo su traslado para Santiago de Cuba, porque sabía que a Esquerra no se le olvidaba nunca su latica de sardinas del campamento "EL INGLES".

Coronel: "Su Caballo Camina como un *Magistrado*"

Habiamos bregado bárbaramente para llegar hasta Mantua, que era el límite de la jornada gloriosa en el extremo occidental de la Isla, y el General Antonio Maceo dispuso que todas las fuerzas en correcta formación hicieran su entrada en el poblado, y desfilarán a banderas desplegadas y a los acordes bélicos del "Himno Invasor", tocado por la Banda del Cuartel General. Marchamos ordenadamente, en dos filas, entre los víctores y aclamaciones de las multitudes frenéticas de entusiasmo patriótico, y el incesante sonar de las campanas de la Iglesia echadas al vuelo, para saludar a los que venían desde Oriente, peleando diariamente para llevar la guerra con todos sus horrores hasta el Cabo de San Antonio.

Aquel día, memorable para la historia de Cuba, el Lugarteniente General convocó en el Ayuntamiento a las autoridades del pueblo, a las que confirmó en sus respectivos puestos, y con ellas suscribió el acta que fué levantada para dar fé de su arribo victorioso a aquel territorio hasta entonces desconocedor de las hazañas guerreras del Titán.

Las fuerzas acamparon en las afueras del poblado, y en cada campamento existía entusiasmo indescriptible al ser visitado por los vecinos que querían compartir algunas horas con las huestes revolucionarias, a las que llevaban la alegría por medio de las divinas mujeres vueltabajeras, sencillamente ataviadas y sobresalientes de donaire y gentileza.

En las horas del medio día, el Brigadier Juan Bruno Zayas comisionó a su Jefe de Estado Mayor, el Coronel Francisco López Leyva, para que se presentara en el Cuartel General del General Maceo a recibir órdenes, y el Coronel, perfectamente equipado y orgulloso de la misión que se le confiaba mandó ensillar su hermosa jaca moromosqueada, saltando ligeramente sobre ella para dirigirse al Cuartel General.

Iba el Coronel a la marcha del caballo, fija la mente en el encargo que tenía que cumplir y mirando nada más que para el frente del camino que dejaba atras. De pronto, escucha una voz que lo llama por su grado y que le dice:

—Ave María, Coronel: su caballo camina como un Magistrado. El Coronel López Leyva se vió obligado a detener la marcha, y no pudo menos que sonreirse ante lo que escuchaba; preguntándole a su interlocutor, que era un moreno alto y corpulento, con estrellas de Capitán.

—¿Y por qué me dice usted eso, Capitán?

—Ah Coronel: porque su jaca camina con mucha sabrosura y contoneo.

Un Sombrero para Varios Usos

Cuando solamente contaba quince años de edad, en junio de 1896 ya Juan López Ibáñez se sentía con brios suficientes para convertirse en un Libertador de la Patria irredenta, y empezó a dar los pasos necesarios que lo condujeran hasta la manigua heróica. Los "esbirros" al servicio de la "Madre Patria" le "sorprendieron el campamento", y cargaron con él hasta la Jefatura de Policía habanera situada entonces en la calle de Cuba Nro. 24, donde lo introdujeron acusado del delito de rebelión.

Allí fué sometido a un interrogatorio por el Coronel de Orden Público Don Manuel de la Barrera y metido, incomunicado, en una sucia bartolina hasta nueva orden, para resolver su situación. Era una habitación oscura y húmeda de unos dieciseis metros cuadrados, dentro de la cual existían cuatro cuartuchos, y en los que únicamente había, para todos los servicios, una lata de luz brillante vacía. Estos departamentos o bartolinas tenían sus correspondientes rejas de hierro, para que el centinela pudiera hacer sus inspecciones, y por las mismas se servía el agua a los prisioneros que la solicitaran.

Al día siguiente de la estancia de Juan López en su prisión fué requerido por el cancerbero, para que procediera a "botar el sambullo" en unos inmundos reservados que se encontraban al fondo del edificio; y desde luego, realizó la operación bajo la estrecha vigilancia de dos números y un cabo. Vuelto a su "escondite" y cuando descansaba de aquella dulce . . . . faena, llegó el rancho procedente de la cárcel, y allí fué donde Juan "llamó a Dios por la boca de un güiro".

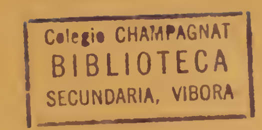
Con un hambre espantosa y un asco en el estómago mayor aún, fué llamado a formar, para recibir su ración de rancho; y como no tenía a manos ningún recipiente en que echar aquella gazofia, pues se acordó de su sombrero que era de paño negro, y en él le depositaron aquel conglomerado de papas, caldo y garbanzos.

Como era lógico que sucediera, el caldo se filtró por el "panza de burro", quedándose en el fondo las papas y los garbanzos, que Juan se disparó, imaginándose que aquello era un arroz con pollos a la valenciana. Así, en esas condiciones, permaneció el "prisionero de guerra" doce mortales días, hasta que lo remitieron a la Cárcel a la disposición del Sr. Juez Militar Instructor, que lo fué el Teniente Coronel Don Pascual Herrera, el cual cayó más tarde, mortalmente herido, cuando las tropas cubanas y americanas tomaron a Santiago de Cuba.

Convertido en un verdadero adefesio, sucio y andrajoso y llevando, en la cabeza su "panza de burro" famoso, que ya parecía un colador de café, y amarrado codo con codo fué trasladado Juan a la Cárcel de la Habana en unión de otros compañeros de prisión, y desde allí, pasado un mes, lo encerraron en el Castillo del Morro para ser juzgado en Consejo de Guerra formado por treintidos oficiales del Ejército Español, y condenado a la pena de VEINTE AÑOS DE PRESIDIO, por el delito de REBELION, cuando no contaba más que quince años de edad. Afortunadamente cumplió solamente dos años y medio de condena, porque fué puesto en libertad al cesar en Cuba la soberanía española.

Han transcurrido desde entonces a la fecha treintitres años, y Juan López se lamenta todavía de su prisión, no precisamente por el tiempo y las calamidades que pasó encerrado en las mazmorras de la fortaleza sufriendo las mayores calamidades; que eso él lo dá por muy bien servido, porque fué por la libertad de Cuba, sino por el pesar que experimenta en su alma, de no haber podido contribuir personalmente y arma al brazo en la manigua heróica, a hacer la Independencia.

Le queda, sin embargo, una gran satisfacción y un recuerdo de aquellos tiempos inolvidables: su famoso sombrero de "panza de burro", donde comía la asquerosa "gazofia" del rancho, que él conserva aún como sacrosanta reliquia, encerrado cuidadosamente, amorosamente, dentro de una vitrina de cristal. Allí está la justificación de sus penalidades: y en ese sombrero vé, Juan, cada un día que transcurre, su contribución a la LIBERTAD DE LA PATRIA ADORADA.



Los Efectos de un Pedazo de Trapo Azul de Rayadillo

Una columna española que salió a operaciones desde la ciudad de Santa Clara el 16 de noviembre de 1897, dejó rezagado al pasar por "Arroyo Blanco", en las arboledas de Agustín Alonso, al soldado Francisco Salgueiro, y a los tres días de andar vagando éste, por aquellos lugares, fué encontrado por las fuerzas del Comandante Bonifacio Sterling. Estaba Salgueiro completamente descalzo y se le conocía en la cara que había pasado mucha hambre. Después de haberlo interrogado le preguntaron que si quería quedarse en la manigua, y él respondió que lo haría con mucho gusto si le daban un par de zapatos, pues de esa única manera se incorporaría a los "mambises".

Pasados algunos meses estaban acampadas las mismas fuerzas del Comandante Sterling en "Las Particiones", y allí sostuvieron un violento combate con el enemigo que se presentó resuelto a abrirse paso a descargas cerradas, como era su costumbre hacerlo. En esa acción de guerra murió peleando en las primeras líneas, el bravo Teniente Coronel José Mauricio Arseno, dominicano, compañero de expedición y Ayudante de Campo del General Antonio Maceo.

Cerca del lugar de la acción se encuentra la loma de "Barrabás", que está cubierta de monte por una parte, y de yerba de guinea por la otra, y atravesada, entonces, en su cúspide, por una cerca de alambres, corriendo por sus faldas un camino carretero, precisamente por el cual marchaba la fuerza española que combatía con los

insurrectos, a la vez que iba tirando descargas cerradas sobre el monte que después quemó, suponiendo que en él estuvieran los mambises. Cuando las maniguas empezaron a arder, se acercó al Capitán Ismael Avalos que era jefe de una Compañía de Infantería, el Sargento Gerardo Zabala, diciéndole:

—Capitán: la loma está ardiendo y hay que andar muy pronto, porque ya casi no queda por donde retirarnos.

El soldado Salgueiro, aquel mismo de los zapotes, y que aún conservaba su uniforme de rayadillo azul, no esperó la orden de retirada al oir lo que decía el Sargento Zabala, y emprendió la huída, dejando enganchado entre los pelos de alambres de la cerca, un pedazo de sus pantalones azules; y como el Sargento Zabala estaba temeroso de ser copado, porque los españoles le podían "echar un flanco" por la loma, hizo lo mismo que Salgueiro y siguió detrás de éste, desfilando también el Capitán Avalos con su gente. De pronto, se paró el Sargento Zabala y mirando para el frente dijo:

—Mire, Capitán, ahí los tiene. Por aquí están los "gringos". Y sin hacer más averiguaciones salió despedido loma abajo.

Lo que había visto era el pedazo de tela de rayadillo azul dejado por el soldado Salgueiro entre los pelos de alambres.

Cuando hizo su incorporación como a las dos horas, todavía estaba azorado, y llevaba impreso en el rostro el efecto que le produjo el pedazo de tela de rayadillo azul.

A Alberto Boix le Sobraron Piezas . . . . .

En una finca llamada "El Roble", en Pinar del Río, se encontraba acampado el General Maceo descansando de sus estupendas faenas guerreras, y había establecido su Cuartel General en un viejo ranchón medio destartalado y cayéndose a pedazos. Con él estaban su Jefe de Estado Mayor General José Miró Argenter, los Ayudantes y la Escolta. Llovía bárbaramente y cada uno estaba entregado a sus ocupaciones habituales en los campamentos.

El Ayudante Alberto Boix limpiaba su Rifle Winchester que desarmó convenientemente, y engrasó armándolo de nuevo. Cuando hubo terminado aquella mecánica operación quedó muy satisfecho de su trabajo y movió rápidamente el mecanismo del arma que funcionó a la campana. Se sonrió, y cuando ya se disponía a colocar su flamante rifle en el mismo lugar donde tenía colgados su cinturón, machete y revólver, se fijó sorprendido en dos piezas de acero que se encontraban precisamente en el lugar donde antes había estado practicando la operación de limpieza y que pertenecían al rifle; no explicándose que éste funcionara sin ellas. (Eran las correderas laterales del Winchester).

Un tanto confuso y sorprendido, se dijo: ¡Caramba! Se me quedaron estas dos piezas sin colocar y no me explico como puede funcionar tan bien el mecanismo del armamento.

El Coronel Peña que estaba cerca y lo observaba con atención, le preguntó:

—¿Que te pasa, Alberto, te sobran?

—Si, Coronel, se me quedaron sin colocar.

—¡Ah! Chico, no las emplees en ese rifle; guárdalas para otro.

El Teniente Dosisteo ascendió a . . . . . "Tresisteo"

Las "Lomas de Tapia" están enclavadas en San Diego de Núñez, en la Provincia de Pinar del Río, y en ellas libró el General Maceo durante el año 1896 los combates más rudos y sangrientos de aquella jornada inmortal. El heróico caudillo bautizó esos campos tan famosos por sus proezas guerreras, con el bélico nombre de "EL PELEADERO", que aún conservan.

En el mes de mayo de ese año 1896, todavía quedaban por allí algunas casas abandonadas por los pacíficos que las habitaron, y que se "metieron monte adentro" a prestarle sus valiosísimos servicios a la Revolución. En esas casas se acamparon un día las fuerzas del General Maceo, ocupando él, una, con su Estado Mayor y la Escolta, y otra contigua, los músicos de la "Banda Invasora" con su Jefe y Director el Teniente Manuel Dosisteo Aguilera, muerto recientemente y nacido en el pueblo de Holguín. Este Teniente Dosisteo no tenía otra ambición en la manigua que la de acabar la guerra con el grado de Capitán, en tanto que el que más y el que menos ambicionaba entrar en el pueblo con las estrellas de General.

Por aquellos días y después de muy duro combatir, el General Maceo se estacionó en "La Lechuza", para despachar correspondencia, órdenes y diplomas, y, naturalmente, en el Cuartel General se hablaba de ascensos.

El Coronel Adolfo Peña Rodríguez que fué expedicionario con el General Maceo, colombiano y hombre de

valor temerario, además de ser muy culto y de ingenio, pasó uno de esos días por el rancho que ocupaba el Capitán José Antonio Bernal y López, entonces Corneta de órdenes del General y le dijo:

—Oye, Bernal. Vamos a voltear por ahí?

Los dos salieron, dirigiéndose al lugar donde se encontraba acampado Dosisteo, y al llegar les dió el olor de algo que estuvieran asando. Entraron aventando las narices, para buscar la causa de lo que se olía, y el Coronel le dijo a su compañero:

—Me parece, Bernal, que aquí vamos a encontrar comida, y así mataremos un poco el hambre que nos atormenta. Echémos una "exploración".

Efectivamente, vieron que lo que estaba a la candela era un hermoso boniato y sobre él fijaron la vista, al mismo tiempo que observaron una jícara con miel de abejas que se encontraba cerca del fogón. El Coronel le hizo una seña al Capitán y le habló muy bajito:

—¡Verás! . . . .

Dosisteo, que descansaba tirado en su hamaca, se levantó rápidamente y dirigiéndose a los visitantes, preguntó:

—¿Que hay de nuevo por ese Cuartel General? Parece que hoy no tendremos fiesta. (Se refería al constante combatir con los "panchos").

—Pues, nada de particular. Unicamente que el General se encuentra en extremo atareado en el despacho de la correspondencia y los diplomas. Por cierto que tu has ascendido, Dosisteo.

—Vamos, Coronel; no juegue con eso.

—No, yo no juego, y si te lo digo es porque de ello estaban hablando ayer de tarde; no sé si fué el General Miró o alguno de los Ayudantes.

El Teniente Dosisteo se sintió tan halagado con el notición que hasta se puso medio tembloroso; y al ver que Peña y Bernal se preparaban para marcharse, los detuvo, diciéndoles:

—Espérense, caballeros, que yo tengo aquí un boniato asado y un poco de miel de abejas y quiero obsequiarlos; pero no vayan a figurarse que ésto lo hago por lo del ascenso, pues de ninguna manera los hubiera dejado marchar sin tener el placer de compartir con ustedes lo único que poseo. El Coronel Peña le susurró a Bernal al oído:

—¡Cayó! . . . .

Se comieron el boniato con miel y hasta le tomaron el café a Dosisteo. Y cuando se levantaron para marcharse, éste se dirigió al Coronel Peña, preguntándole:

—¿Y, dígame, Coronel, cuando podré saber si es cierto lo de mi ascenso.

—Pues, en seguida, chico.

—¿Como en seguida, Coronel?

—Si hombre. ¿Tu no eres Dosisteo? Pues ahora eres Tresisteo.

El Muchacho del Chaquetón Prieto

Procedente de una expedición que hizo su desembarco por las costas matanceras llegó a los campos de la Revolución a principios del año 1896, el joven José Vicente Adot y Rabell, de familia distinguida y acomodada, que se hallaba en el extranjero al sonar en Cuba el grito de Independencia o muerte. Por aquellos limpios estuvo operando varios meses en distintas fuerzas, con el pensamiento fijo en Oriente, donde tenía el propósito de unirse al General José Maceo, cuya fama de hombre valeroso y temerario lo tenía verdaderamente sugestionado.

Cuando el joven Adot obtuvo su pase, inmediatamente salió de marcha rumbo a Oriente, completamente solo, sobre un mal caballejo, aunque perfectamente armado de rifle, revólver y machete y cubriendo su cuerpo por un grueso chaquetón prieto, sin embargo de encontrarnos en el mes de junio en que ya ha entrado en Cuba la época de los calores. Casi al salir de la Provincia de Matanzas se encontró con fuerzas insurrectas acampadas en una colonia de caña, presentándose al jefe que las mandaba, a quien enseñó el pase que lo autorizaba para dirigirse hacia Oriente. Era el entonces Teniente Coronel José de J. Monteagudo que regresaba del extremo occidental ya restablecido de la herida que recibió en el combate de "Tirado".

Lo primero que hizo el Teniente Coronel Monteagudo al enfrentársele el joven Adot, fué preguntarle:

—¿Y tu, quien eres y que has venido a buscar a la manigua, tan joven?

—Pues yo soy un cubano lo mismo que lo es Vd. y que persigue su mismo ideal. Desembarqué en una expedición hace poco tiempo y ahora me dirijo, convenientemente autorizado, hacia Oriente para incorporarme al General José Maceo.

Conocedor como era el Teniente Coronel Monteagudo de los hombres, se dió perfecta cuenta, en seguida, de lo que valía aquel muchacho que tan resueltamente le contestaba y le replicó:.

—Mira, muchacho; mucho me ha gustado esa forma que tu has tenido de responderme, sin saber quien soy, y me alegraría bastante de poder contarte entre los soldados a mis órdenes: ¿Quieres quedarte conmigo?. A mi lado te harás un hombre de provecho. Tu no me conoces, pero investiga por ahí quien es el Teniente Coronel José de J. Monteagudo, y cuando lo hayas hecho no te olvides de volver a verme, para que me digas lo que has resuelto sobre lo que te he propuesto.

El joven Adot hizo las averiguaciones necesarias y se presentó de nuevo al Teniente Coronel Monteagudo, muy acongojado y pidiéndole que le perdonara la forma irrespetuosa que había usado; y el Teniente Coronel le replicó:

—Precisamente por esa misma manera que has tenido de hablarme, sin saber con quien tratabas, es por lo que más deseo que te quedes conmigo, pues me gustan los hombres de tu temperamento y de tu entereza de carácter.

Cuando la entrevista ya estába finalizando se presentó el enemigo, atacando bárbaramente por una de las guardias del campamento, y el Teniente Coronel Monteagudo fijando la mirada en el joven Adot, le dijo:

—Vaya, jóven; ahí tiene una buena oportunidad de demostrarme sus ardores; coja quince hombres y salga a combatir a ese enemigo, procurando mantenerlo a raya el mayor tiempo posible.

Aquella orden fué cumplida al pié de la letra, y pasado muy poco tiempo vió Monteagudo, por sus propios

ojos, que no se había equivocado, pues el muchacho del "chaquetón prieto" era un león en la pelea, y daba al propio tiempo órdenes precisas a sus hombres con la misma facilidad y desenvoltura que había empleado para contestarle, propia de veteranos ya acostumbrados a las faenas de las armas.

El General Monteagudo ascendió hasta General Jefe de la Segunda División del Cuarto Cuerpo y a su lado como Ayudante de Campo terminó la campaña el jóven del "chaquetón prieto" llevando sobre sus hombros las estrellas de Capitán.

Un Oficial Chino que no Suelta el Rifle

Por las "Tumbas de Estorino" bregaba el General Maceo el 26 de septiembre de 1896 cuando se sintieron tiros rumbo al fuerte de Pañuelos. En el Cuartel General se preguntaban todos: ¿Quién peleará por ahí? El General Maceo con su Estado Mayor, Escolta y fuerzas del Brigadier Torres ocupaba aquellos lugares; el Brigadier Juan Ducassi estaba por "Manajas"; el Teniente Coronel "Panchito" Fleites (villaclareño) se hallaba en Francisco. ¿Quién podía ser?

Al medio día llegó al campamento el Alférez Achón, un chino legítimo, del mismísimo Cantón, encontrándose con el Capitán Bernal, Corneta de órdenes del General Maceo, a quien le dice:

—Oye, Capitán, tu no sentí tiloteo glande? Yo mimito con lifle tilá pañole tlentacinco tilo.

Bernal para oirle la lengua le respondió:

—Mira, Achón; a los oficiales les está prohibido usar armas largas.

—¿Qui cosa usa Ficiá?

—Machete y revólver solamente. Es una orden superior, y si el General te vé con ese máuser de infantería que es más grande que tu, vas a pasar el gran apuro.

—¿Londi ta Ginilá Maceo, que yo va pleguntá si son velá esi cosa?

Se fué derecho a la tienda del General y le dijo:

—Mila, Ginilá, tu licí oficiale no la usa lifle?

—Si, Achón, yo he dispuesto que solamente usen revólver y machete.

—Los soldados son los que usan armas largas.

—¡Ah! la solá pañó tien lifle; suleto con pitolita, machete no ma?

—Mila, Ginilá, coje tlella pa ti, dásela otlo gente, que yo no quiele dejá máuse que tu no lo lá pa mi, yo quitá pañole.

Yo Creí Honrar a su Hija Bailando con Ella

El Mayor General Antonio Maceo se encontraba acampado el día 16 de agosto del año 1896 en la finca nombrada "Chipi", en la que residía una familia de ese mismo apellido, de la cual era jefe un señor de bastante edad y de respetable semblante. Allí vivía, patriarcalmente no obstante los horrores de la guerra, acompañado de su esposa e hijas, bien agraciadas éstas últimas por cierto.

Toda la oficialidad del Cuartel General, Escolta y de las distintas unidades en aquel lugar acampadas, se puso de acuerdo para verificar, con la correspondiente autorización del General Maceo, un baile en la casa de Chipi; y al efecto hicieron las invitaciones necesarias entre las lindas y simpáticas guajiritas de aquellos contornos, quienes aceptaron muy gustosas y contentas, prometiendo no faltar a la fiesta.

La noche convidaba a los placeres del baile, y existía verdadero nerviosismo entre la oficialidad, esperando oir los acordes de la orquesta, que fué organizada con los músicos de la aguerrida "Banda Invasora". El cielo se encontraba completamente estrellado y no se tenían noticias de los "panchos"; reinaba absoluta tranquilidad en la zona de operaciones.

Todos los jefes y oficiales, incluso el Jefe de Estado Mayor General José Miró que en eso de bailoteos no andaba muy diestro que digamos, tiraron sus sabrosos "infanzones" aquella noche, y hasta el propio General Ma-

ceo quiso irse de cedazos al escuchar un sabrosísimo dan_ zón que la orquesta ejecutaba brillantemente.

Uno de sus Ayudantes de Campo bailaba con una de las hijas del dueño de la casa, y el General contemplaba lleno de entusiasmos infinitos a la pareja bailadora, siguiéndola con la vista en todos los movimientos que ejecutaba, al compás de la música. Se puso de pié rápidamente y con pasos mesurados se dirigió respetuosamente a otra de las muchachas de la casa que permanecía sentada en un taburete al lado del Sr. Chipi, invitándola a bailar; y al escuchar el padre de la jóven los deseos que exponía el General, le salió al encuentro, diciéndole:

—Perdóneme Vd. General, y disimúleme el paso que voy a dar; pero mis hijas no bailan con gente de color.

Y aquel hombre formidable y magnífico hasta para los menores detalles, sin inmutarse ni demostrar contrariedad por lo que escuchaba, se volvió respetuosamente al Sr. Chipi, para decirle:

—Tiene muchísima razón el amigo; Vd. es el jefe de la casa y el papá de esta niña y se encuentra en su perfecto derecho. Yo no me ofendo por ello; sin embargo, déjeme decirle, ciudadano Chipi, que al dirigirme yo con el más grande respeto a su encantadora hija, invitándola a bailar conmigo, entendía que no realizaba ningún acto impropio, porque en este caso ella no iba a salir a bailar con el hombre de piel oscura, sino con el Lugarteniente General Antonio Maceo que se sentía honradísimo teniendo por compañera a una cubana, y me alegro, además, porque le hemos evitado un mal rato a su hijita, pues le confieso que como bailador yo soy infumable.

¡A Caballo . . . . ! ¡A Caballo . . . . !

Con el nombre belicoso de "El Peleadero" bautizó el General Antonio Maceo la hacienda "San Diego de Tapia" en la Provincia de Pinar del Río, en atención a que todos aquellos lugares estaban abonados con la sangre de los "mambises", derramada a torrentes en los innúmeros combates sostenidos durante el año de 1896 con el aguerrido Ejército Español.

El Cuartel General, la Escolta y algunas fuerzas de infantería se encontraban acampados esperando el ataque de varias columnas que se movían dentro de la zona, y el General Maceo había dado la orden de permanecer con los caballos ensillados, sin quitar frenos, mientras tanto no se despejara la situación. Todo el mundo permanecía en sus puestos, para estar listos al menor llamamiento.

De pronto, se escuchan voces de ¡A caballo! ¡A caballo! . . . . que cada vez se dejaban oír más fuertes y angustiosas.

Un grupo al mando del General Miró llegó cerca del lugar de los gritos y se posesionó de una loma, y desde ella pudo conocer la verdad de lo que estaba ocurriendo, quedando desengañado de que no existía ningún peligro por el momento. No era ¡A caballo ¡A caballo! lo que gritaba aquel individuo que daba las voces, metido en una cañada formada por dos lomas, y que obligó a preguntar al General Maceo:

—¿Pero quién ordena a caballo?

Regresaba en esos momentos el General Miró y al encontrarse a dos pasos del General Maceo, le respondió.

—Um—No es ¡A caballo! General: es que Carabeo está llamando a Caraballo.

Este Carabeo era uno de los monteros y matarifes del Cuartel General.

No Tiren que yo Soy Luisito

Para hacer la narración de este cómico episodio "mambí" ocurrido por tierras de Baracoa, en uno de los días del mes de abril del año 1896, es necesario, primeramente, "detener la marcha" para buscar el apoyo indispensable al objeto que perseguimos.

Uno de sus actores principalísimos me ha proporcionado los datos más precisos relativos a la escena desarrollada, y es muy humano y es muy lógico que antes de entrar en materia lo presente a mis lectores.

Se trata, sencillamente, de Eduardo F. Lores y Llorens, baracoense mil por mil; en la actualidad Brigadier Auxiliar del Jefe de Estado Mayor del Ejército, Jefe del Departamento de Dirección y Capitán Ayudante del Regimiento Maisí Nro. 1 en aquella fecha. Terminó la gloriosa jornada con el grado de Comandante, tras de haber peleado en la manigua por la Independencia de Cuba desde el día 1ro. de agosto de 1895. En su querida tierra natal de Baracoa hizo su incorporación a las fuerzas del Coronel Félix Ruenes.

La Brigada de Baracoa al mando de su jefe el Brigadier Prudencio Martínez acampaba el día 18 de abril de 1896 en el demolido cafetal "Monte Verde", y allí estaban también con buenos contingentes de hombres resueltos, el Coronel Cardosa, Teniente Coronel Adriano Galano y Coutín y Coronel Antonio Pérez, éste al frente de una escogida caballería de Guantánamo.

Cuando nadie se lo esperaba ni existían noticias de que pudiera haber enemigo cerca, fueron atacados resueltamente por una columna al mando del Comandan-

te de las Escuadras de la ciudad del Guaso, que había salido en operaciones con objeto de recuperar una partida de bueyes que las fuerzas cubanas extrajeron del Central "Santa Cecilia". El Jefe español era hombre muy práctico y conocedor de aquella comarca y pudo desechar una de las guardias, lo que dejó momentáneamente desguarnecida la posición, atacando de improviso dentro del propio campamento. Aquello originó la confusión consiguiente, y aunque los mambises se defendieron con tenacidad, no tuvieron más remedio que emprender la retirada forzosa en aquellos momentos y circunstancias, para ir a acampar a unos dos kilómetros de distancia.

Los españoles se quedaron en "Monte Verde" y se apoderaron de todo lo que los cubanos no pudieron recoger, pasando allí la noche.

Un individuo de las fuerzas insurrectas que había salido en busca de "recado"—como le dicen a la comida los guantanameros—por no haber oído seguramente el fuego que sostuvieron españoles y cubanos, ni tampoco advertido nada de lo que acababa de ocurrir, quiso entrar por la misma guardia que había salido, y al recibir el ¡Alto! de la avanzada enemiga, contestó ¡Cuba!, recibiendo inmediatamente una granizada de balas que lo obligó a arrojarse a tierra; pero creyendo que eran de los suyos, les gritó:

—No me tiren, que yo soy Luisito.

Y como viera que aquella gente desenvainaba sus machetes y se iba sobre él, entonces se dió cuenta de que el caso era apurado y no tenía tiempo que perder; se levantó dando un tremendo salto y echó a correr con la velocidad que imprime el peligro, poniéndose a buen recaudo de sus perseguidores.

Casi de noche logró incorporarse a los suyos, y cuando lo hizo se encontró con el Capitán Eduardo F. Lores que le preguntó:

—¿Y tu donde andabas metido desde esta mañana. Nos creíamos que te habían matado en "Monte Verde".

—Que va, Capitán: Luisito sabe más que eso; por poquito si que me afrijolan esos condenados guerrilleros, pero me les fuí entre las piernas. Y eso que yo me figuraba que eran "mambises". Mal rayo que los parta.

Aquí están los "Panchos". ¡Fuego!

Nos encontrábamos en los primeros días del mes de marzo del año mil ochocientos noventiseis por la Provincia de Matanzas, de cuya División era Jefe el General José Lacret y Morlot, uno de los Ayudantes de Campo del General Antonio Maceo en la contienda de los Diez Años y hombre de mucha cultura y de grandes prestigios.

La Columna Invasora ya había llegado triunfalmente hasta los límites de Pinar del Río y contramarchaba rumbo a Oriente, porque el General Maceo deseaba cambiar sus últimas impresiones con el General en Jefe Máximo Gómez, y despedirse de él antes de que el Viejo Caudillo emprendiera su marcha de regreso a las Villas.

El General Maceo sostuvo reñido combate con los españoles, en el Ingenio "Diana de Soler", antes de unirse al General Gómez, durando la acción desde el toque de diana hasta pasada la una de la tarde. Se peleó briosamente por ambas partes y las fuerzas matanceras unidas a la Columna Invasora, se cubrieron de glorias.

Terminada aquella contienda hicimos campamento en el Ingenio "Nieves", en número de tres o cuatro mil combatientes bajo el mando del General Maceo. La columna se puso en marcha, llevando la vanguardia el contingente matancero con su Jefe el General Lacret al frente; y las patrullas de exploradores fueron informadas por los pacíficos, de la presencia de grandes núcleos de caballería enemiga en nuestra vanguardia, siéndole comunicada inmediatamente la noticia al General Lacret que la trasmitió al General Maceo por medio de uno de sus ayudantes.

Acto seguido se establecieron las correspondientes líneas de fuego, para combatir al supuesto enemigo, que en definitiva resultó ser una fuerza cubana, de impedimenta o gente desarmada, que se había disgregado dos días atrás de las propias fuerzas del General Maceo y venía escoltada por veinticinco hombres al mando del Teniente Coronel Enrique Furnier.

Habían salido de la ciudad de Matanzas varias columnas combinadas, para sorprender y destruir a esa impedimenta, cuya situación le fué denunciada, y los españoles marcharon resuelta y decididamente a apoderarse de ella con toda facilidad. Eran los generales Bernal, Vicuña, Prats y Molina que querían realizar una operación brillante, cayendo resueltamente sobre aquel montón de hombres desarmados e indefensos.

Pero no contaron con los magníficos medios de confidencias de los cubanos, las cuales llegaron inmediatamente a oídos del General Maceo, para hacer abortar los planes del enemigo. El Lugarteniente situó sus aguerridos batallones en ventajosas posiciones y esperó a los españoles en "Río de Auras", para combatirlos. Allí se trabó el combate furiosamente por ambas partes, entre los verdes cañaverales y las márgenes de un río que corría a corta distancia.

La columna Molina atacó por nuestro flanco derecho, y pudo avanzar su infantería que rompió violento fuego por la parte que ocupaban los generales Maceo y Lacret.

Rápidamente se trasmitieron órdenes por los respectivos Cuarteles Generales; y el jóven Teniente de 16 años, Emiliano Amiell, Ayudante de campo del General Lacret, se destacó del grupo que formaban los Estados Mayores, y sin orden alguna, sólo por esa intuición característica en el cubano, fué y se adelantó unos cincuenta metros, subiéndose en un árbol, desle donde observó la presencia del enemigo que avanzaba, ocultándose. Empuñó su revólver y con él hizo un disparo que sirvió de oportuno aviso, al mismo tiempo que gritaba:

—Aquí están los "panchos".

Las descargas surgieron inmediatamente, a boca de jarro; no logrando alcanzar sus propósitos de sorpresa el enemigo, porque el General Maceo contuvo su avance con estupendas arremetidas y furiosos intentos de cargas al machete que no pudieron llevarse a cabo.

En medio de aquella pelea se acercó el Jefe de Estado Mayor, General José Miró Argenter al árbol en que el jóven Teniente Amiell estaba subido, ordenándole que se bajara de él, a la vez que, dirigiéndose al General Maceo que estaba sobre una lometa observando al enemigo, le dijo:

—Um, General: ¿Que le parece lo que acaba de hacer este chiquillo desde arriba de ese árbol.

A lo que respondió el General Maceo.

—¿Y quién es? Nuestra causa está ganada surgiendo elementos como éste.

El Ejército Libertador conquistó al fin el objeto de su organización en los campos de batalla, y aquel jóven Teniente de 16 años fué ascendiendo progresivamente hasta ganarse las estrellas de Teniente Coronel, siempre al lado de su muy querido y valiente Jefe el General José Lacret Morlot, que mandaba brillantemente la División de Matanzas. Hoy es Coronel del Ejército Nacional y manda el Tercer Distrito Militar que comprende la Provincia de Santa Clara.

Una Novatada

Arquímedes E. Méndez y Rodríguez salió al campo de la Revolución, desde la ciudad de Camagüey, el día 6 de junio de 1895 cuando contaba quince años de edad, incorporándose a un grupo de veinticinco hombres mal armados mandado por el Marqués de Santa Lucía, que estaba acampado en la finca "San Antonio de Montalván", al que se unió dos o tres días después Paco Recio, con otro pequeño contingente. Con esas fuerzas permaneció operando hasta el día 11 del mismo mes que se unieron al General en Jefe Máximo Gómez.

Después que el General Gómez tomó el pueblo de "Altagracia", donde murió combatiendo heróicamente el General "Paquito" Borrero, acampó en el potrero "América", y Méndez, que era soldado a las órdenes del Comandante "Paco" Recio, fué designado para ser uno de los números de la "guardia del rastro".

Una vez que el General Doctor Augenio Sánchez Agramonte terminó de hacer la curación de los heridos habidos en la acción de "Altagracia", pasó por esa guardia donde se encontraba el soldado Méndez, y al verlo sobre un árbol con la carabina al brazo, al saludarlo le preguntó si quería ir para el Estado Mayor como auxiliar suyo, teniendo en cuenta que era hijo de farmacéutico y algo pudiera saber de sanidad. El soldado Méndez aceptó la oferta y más tarde se presentó en el Cuartel General, para recibir órdenes del General Sánchez Agramonte, que lo hizo cargo de sus papeles: indicándole que su obligación era ayudarlo a curar enfermos y heridos etc., advirtiéndole, que donde viera que se sentaban todos a comer, lo hiciera él también y comiera—pues en

aquella época no había más asistente que Morón, el del General en Jefe, y todos participaban de la despensa del fiel servidor del caudillo.

Al acampar al día siguiente, no se olvidó Méndez de la recomendación que le hiciera su jefe, ni fué de los últimos en sentarse donde vió que lo hacían los demás (en el suelo) comiendo hasta quedar bien satisfecho. Unicamente el General Máximo Gómez y el Marqués tomaron asiento en unos catrecitos de campaña; entre ambos jefes puso Morón una media botella, conteniendo un líquido amarilloso, del cual tomaron pequeñas cantidades; y como Méndez creyera que eso también era del menú, al acabar de almorzar echó un buen trago del líquido en un jarro y se lo bebió muy sin novedad, sin haberse fijado que dejaba medio vacía la botella.

¡Y para que hizo aquello el soldado Méndez!

El General Máximo Gómez que lo vió cuando se empinaba el jarro, lo increpó duramente, diciéndole:

—¿Quién le ha dado a Vd. permiso, jovencito, para beber licor en mi presencia, atrevido? . . . .

Y fué de tal naturaleza el susto que se llevó Méndez con aquella "filípica" del viejo, que se quedó sin habla durante algunos minutos, y ese mismo día determinó dejar el Cuartel General, para continuar haciendo guardia sobre los árboles.

La Soga Quiebra por lo Más Delgado

Ya era Teniente en el año 1897, el jovencito de diecisiete años Arquímedes E. Méndez y Rodríguez, y Ayudante de Campo del Mayor General Javier Vega, Jefe del Tercer Cuerpo del Ejército Libertador, en Camagüey, que había sustituído en el mando al Mayor General Manuel Suárez y Delgado.

El General Vega con su Estado Mayor y Escolta estaba acampado en "Las Guásimas" y tuvo noticias de la llegada de una expedición al mando del General Rafael Cabrera, y marchó apresuradamente para las cercanías del probable puerto de alijo. La noche anterior había dado órdenes de que se tocara diana a las dos o a las tres de la madrugada, y fué repartida la "imaginaria" entre los ayudantes. Al Teniente Méndez le tocó hacer el tercer turno, para el que habría de ser llamado por un anciano Coronel recién incorporado procedente de una expedición, en compañía de Cárlos Martín Poey y un americano llamado James.

Los Ayudantes del General Vega tenían establecida la costumbre en el Cuartel General, de turnarse en estas guardias, entregándole a su sucesor una lista con un reloj. . . . .

El Coronel en cuestión, aunque había sido de la Guerra del 68, aún no estaba bien entrenado para la nueva campaña, aparte de que padecía de hemorroides y siempre estaba quejándose. Cuando Méndez despertó por la mañana ya el sol se encontraba muy alto, y se dió cuenta de que nadie lo había llamado para que hiciera su turno de guardia, y oyó que el General Vega muy colérico averiguaba con el Jefe de Estado Mayor la causa

de que no se hubiera cumplido la orden de tocar diana a la hora por él señalada. Dió principio la investigación por el primer turno, y al llegar al segundo (el del Coronel enfermo), dijo éste:

—Yo llamé a mi sucesor a quien hice entrega de la lista y el reloj.

El sucesor, que era el Teniente Méndez, al verse señalado como el causante de lo ocurrido, exclamó.

—Juro por mi honor que nadie me ha llamado.

Parece que el Coronel se quedó dormido cuando estaba haciendo su turno y se rindió, y para evitarse responsabilidades, al despertarse, le echó a Méndez, dentro de la hamaca el reloj y la lista. Y como éste no pudo justificar lo contrario, pues contra él fueron a dar todas las consecuencias originadas por el sueño del viejo Coronel.

La soga quebró por lo más delgado y el Teniente Méndez fué culpado en primera instancia; pero como se defendió, todo se redujo a que lo arrestaran unos días en su pabellón y no pasara la cosa a Consejo de Guerra.

Entre un Teniente de diecisiete años y un Coronel de más de 60, se tomó el partido por el más viejo y se resolvió castigar al muchacho, sin más averiguaciones, aparte de que no resultaba tarea fácil saber la verdad, porque los hechos ocurrieron cuando todo el mundo se encontraba entregado en brazos de Morfeo, y quien sabe si más de cuatro soñando con los angelitos. . . . . .

El Primer Muerto
de la Campaña del 95

De la ciudad de Guantánamo salieron para la Revolución la noche del 23 de febrero de 1895, los señores Rafael Cabrera,—vivo—Juan Sariol,—vivo—Germán Duvalón,—muerto en campaña—Estéban Simonó,—muerto en combate—Brígido Nápoles,—muerto en campaña, Tomás Nápoles "Baracoa",—muerto en campaña,—Eligio Bell,—vivo—y un Capitán del 68 llamado Manuel María, que fué quien sacó el grupo del pueblo y lo incorporó a las fuerzas que mandaba el General "Periquito" Pérez que acampaba cerca de "El Cuero".

Al día siguiente de la incorporación de esos individuos a las huestes revolucionarias, el General Pérez dispuso y llevó a cabo una operación de guerra de gran trascendencia e importancia, consistente en tomar todas las cordilleras que rodeaban y defendían el fuerte de "EL CUERO", y le ordenó al Coronel Enrique Tudela que llevara a cabo la acción.

Después de rudo combatir y a costa de mucha sangre derramada, los insurrectos se fueron posesionando de los reductos españoles, haciendo prisioneros a sus defensores que inmediatamente fueron puestos en libertad por el General "Periquito". Se cogieron doscientos mausers y más de 15,000 tiros. Los cubanos no tuvieron ningún muerto en el combate.

Cuando las fuerzas libertadoras tomaron el primero de los fuertes de "El Cuero", fué el Capitán Manuel María uno de los primeros en entrar en su recinto; y por

cierto que en la puerta se encontró con un soldado que estaba pelando una gallina, al que le dijo al mismo tiempo que le apuntaba con la tercerola:

—No te muevas, "pancho" porque te afrijolo. ¿Qué haces ahí?

—Pues, ya lo veis; pelando este animalejo para comerlo. ¿Y vosotros qué haceis y por qué peleais, recontra?

—Para hacer a Cuba Independiente. ¿Quieres acompañarme?

—Ala mambí. ¿Qué os habeis figurado? yo sigo y seguiré siendo español.

Pasaron algunos días de la toma de los fuertes de "El Cuero", y estando acampadas las mismas fuerzas en "Ulloa", se entabló recio combate con una columna española, en el que hubo muchas bajas por ambas partes. Allí murió el primer hombre peleando por la libertad de Cuba, al recibir un balazo que le partió el corazón. Era un morenito jóven, muy alegre, valiente y simpático al que todos sus compañeros conocían por MANDINGA.

Nos descubrimos respetuosamente ante su recuerdo y le dedicamos un pensamiento cariñoso.

Espectacular Evasión de Un Insurrecto

Fuerzas cubanas del Coronel Félix Ruenes atacaron, quemaron y sitiaron en el mes de julio del año 1895, el poblado de Sabana, en Baracoa, que estaba guarnecido por una compañía de infantería del Ejército Español, mandada por el Teniente Alfredo Sosa, cubano de nacimiento.

Cuando se conoció en Baracoa la noticia de aquel ataque, se puso en marcha hacia el lugar de los hechos una columna a las órdenes del Coronel Zamora, para ir en auxilio de los sitiados que se defendían sin desmayo desde los fuertes, y la cual antes de llegar a la playa de Barigua, que es de arena muy profunda, hizo prisionero a un jóven barigüero nombrado Nicolás Estévez, el que, convenientemente atado por la muñeca izquierda, fué entregado a un Cabo de la columna.

Estévez no perdió su serenidad sin embargo de imaginarse cual podría ser el resultado de su prisión, y aprovechando la circunstancia de que los elementos que se encontraban delante del Cabo y detrás de él estaban a distancia favorable para intentar su escape, desenvainó súbitamente el machete que portaba, que no tuvieron la precausión de quitarle, y asestó un tremendo golpe al brazo derecho de su guardián, al mismo tiempo que instintivamente le echaba mano a un fusil, y con él se dió a la fuga hacia los uverales cercanos, escapando ileso de la lluvia de proyectiles que lo envolvían. A los pocos momentos se incorporaba a los suyos, portando un magnífico rémington el animoso mambí, que más tarde fué Sargento del Ejército Libertador.

La Columna de auxilio salida de Baracoa, pudo llegar a tiempo para salvar a las fuerzas que estaban sitiadas en el poblado de Sabana, librándolas de su apurada y difícil situación, y regresando al siguiente día, después de haber destruído los fuertes.

Las fuerzas cubanas atacantes eran pocas y muy mal armadas; tendrían a lo sumo unas ochenta armas de todos los calibres y sistemas; la mayoría eran escopetas de caza y rémingtons recortados, y hasta había quien portaba muy orondo una escopeta de salón, de bala redonda de nueve milímetros. Que valieran la pena sólo podían contarse unos veinticinco armamentos, tercerolas en la mayor parte. El parque era muy poco y atrasado. El buen éxito de la operación, que éxito fué indudablemente porque quedó en nuestro poder el poblado y una extensa y rica zona platanera, se debió a que nuestras fuerzas supieron penetrar con astucia y bravura en la población, poniéndole fuego a varias casas que comunicaron el incendio a las demás, al mismo tiempo que hostilizaban los fuertes desde los puntos más cercanos.

El oficial español Teniente Sosa, que era hombre valiente, al verse rodeado por aquel incendio que había prendido vorazmente en las casas colindantes, y acometido furiosamente por todas partes con incesante y mortífero fuego, se decidió a abandonar con la parte de la compañía a sus órdenes aquel débil reducto de la iglesia, donde luchaba desesperada y valerosamente, abriéndose camino a descargas cerradas y a paso de carga, hasta que consiguió alcanzar el refugio del frente, de mayor cabida, que estaba a la salida del pueblo, en dirección a Maisí.

Los insurrectos en aquella acción como en casi todas las que libramos en la campaña de independencia, al igual que las nueces, siendo pocos, hacíamos mucho ruído.

Ahora Sí Que la Haz Hecho Buena, José

Al desembarcar por la playa de "Duaba", en el mes de abril del año mil ochocientos noventa y cinco, la expedición que trajo a Cuba a los hermanos José y Antonio Maceo, a Flor Crombet y demás compañeros de aquella jornada gloriosa, marcharon los expedicionarios por los montes de Baracoa hacia Guantánamo, sufriendo, como es consiguiente, las calamidades y vicisitudes naturales en aquella arriesgada y penosísima marcha, a través de montañas y serranías, sin conocer los caminos que pudieran conducirlos a punto seguro, y solamente guiándose por medio de la brújula.

Cuando llegaron al corazón de la sierra, en un punto conocido por la loma de "El Sol, y lloviendo torrencialmente, decidieron los expedicionarios hacer campamento durante algunas horas, para descansar y alimentarse.

Cada uno de aquellos hombres tendió la hamaca que llevaba encima además de las armas y municiones, y se echó en ella rendido por la fatiga de la jornada. El General José, mientras tanto, se puso a examinar una brújula de bolsillo que portaba, con objeto de buscar una orientación para las marchas sucesivas; y en el instante mismo en que inclinaba la cabeza para hacer sus observaciones, hubo de caerle sobre el instrumento guiatorio una buena cantidad del agua que todavía conservaba en su sombrero de yarey, interrumpiendo el funcionamiento del aparato; por lo que, el General que era un hombre de temperamento violento y de muy escasa paciencia, empalmó la brújula en la mano derecha, lanzándola contra el tronco de un árbol cercano, donde se hizo mil pedazos, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Ah . . . ara . . . mba! Pa lo . . . e tu me vas a servir en lo adelante, mejor es . . . e te rompieras . . . ara . . . mba!

Y el General Antonio que descansaba a pocos pasos de su hermano, y que había estado observándolo desde que principió a estudiar la brújula, hasta que la rompió, se echó a reir y le dijo:

—Ahora si que la haz hecho buena, José.

El Gran Balazo de la Vida

Por espacio de más de tres horas consecutivas estuvieron combatiendo en "Galope", cerca de la calzada de Candelaria, en Pinar del Río, las fuerzas cubanas mandadas personalmente por el Mayor General Antonio Maceo, contra una columna española de las tres armas a las órdenes del General Suárez Inclán. Los dos bandos contendientes batallaron heróicamente en defensa de las posiciones que ocupaban, defendiendo palmo a palmo el terreno; los cubanos haciendo incesante y mortífero fuego graneado, parapetados detrás de los árboles, a pecho descubierto y con tremendos amagos de cargas al machete, y los españoles a descargas cerradas desde los reductos que ocupaban y los cuadros que habían formado, para contener el furioso empuje de nuestra formidable caballería.

El combate tuvo su desenlace con sensibles pérdidas de ambas partes. Los españoles confesaron oficialmente la muerte de dos capitanes, cinco soldados y cinco sargentos, y cincuenta y seis soldados heridos; nuestras fuerzas lamentaron veintitres bajas entre muertos y heridos.

La jornada fué ruda, sangrienta y bastante difícil para la columna española que experimentó momentos verdaderamente apurados, y que fué hostilizada hasta el último instante de verificar su retirada por la carretera, aunque no en la forma ordenada por el General Maceo, porque la infantería del General Bandera, y una parte de la fuerza del Brigadier Pedro Díaz, no activaron la operación como se les ordenara por el Cuertel General.

Cuando el combate se encontraba en su período de mayor violencia, le dieron un balazo en la copa del flamante jipijapa que llevaba, al Brigadier Vidal Ducassi, a una pulgada de la frente, echándoselo a perder.

Después que cesó el fuego y las fuerzas cubanas estaban acampadas tranquilamente en el "Cafetal de Frias", se acercó al Brigadier uno de sus ayudantes, y le dijo:

—Brigadier; que dichoso se puso Vd. en el combate de hoy, pues si el balazo es un poquito más bajo, le rompe la frente y ahí mismo muere Vd.

—Pues, mira tu; si me lo dan dos pulgadas más arriba no me "abujerean" mi jipijapa que ahora se ha quedado poco menos que inservible.

El Prefecto de Jobabos

Por la zona de Las Tunas, cerca del río Jobabos, en Oriente, y en el mes de junio del año mil ochocientos noventa y siete, estaba acampado con fuerzas a sus órdenes, compuesta de veinticinco hombres, el Capitán Benito Barceló que desempeñaba entonces el cargo civil de Delegado de Hacienda, y que terminó la campaña con el grado de Teniente Coronel, en el Estado Mayor del General Jesús Rabí.

Una tarde lluviosa se presentó en la guardia de aquel pequeño campamento, un gran contingente de fuerzas cubanas, de caballería e infantería, a cuyos exploradores dió el centinela el ¡Alto quién va!, respondiéndosele:

—¡Cuba! El General en Jefe.

Penetraron las tropas mambisas en el acantonamiento del Capitán Barceló y allí acamparon inmediatamente; y éste oficial en cumplimiento de su deber hizo su presentación al General en Jefe del Ejército Libertador, quien después de recibirlo afablemente, le preguntó acto contínuo por el Prefecto del lugar, que lo era a la sazón un sujeto apellidado Pérez, hombre muy grueso, de tostado cútis, guajiro muy listo y que solamente llevaba cuatro o cinco días al frente de la Prefectura, en la cual no había absolutamente nada que comer, y sí, únicamente, muchísimo trabajo originado por el enterramiento de los que morían víctimas del hambre y de las fiebres palúdicas.

El Capitán Barceló le ordenó al Prefecto Pérez que se hallaba en el campamento, que hiciera inmediatamente su presentación al General Gómez, la que verificó acto contínuo; y éste, al fijar sus ojos en aquel hombretón que

tenía delante, jóven todavía y lleno de salud y de fuerza, desempeñando una función civil, le clavó la mirada y le preguntó.

—¿Oiga; es usted el Prefecto de la zona?

—Si, señor, General; el mismo y a sus órdenes.

—Bueno; pues yo necesito que me traiga en seguida una buena cantidad de carne y de viandas para la comida de las fuerzas, y si puede me trae también un poco de miel de abejas y alguna cera para hacer velas. Pero ande pronto.

—General; yo siento muchísimo no poder cumplir sus órdenes, pues en estos parajes no han quedado ni los rabos de las jutías. Y por otra parte, yo no llevo más que cuatro o cinco días al frente de la Prefectura y todavía no estoy muy práctico en estos lugares.

—¿Conque esas tenemos? Bueno, pues, mire, Prefecto, vaya a su casa, prepárese y regrese pronto a incorporarse, que yo me lo voy a llevar para Vuelta Abajo; porque usted está muy gordo y muy grande para que se pase la vida majaseando por estos montes.

—General: yo no tengo necesidad de ir a mi casa a buscar nada; todo lo llevo encima. Estuve en la guerra de los Diez años y la mayor parte del tiempo la pasé desnudo; con la ropa que traigo puesta, toda hecha girones, me basta para la campaña, si no es que antes me dan un balazo en el corazón.

Tanta fué la gracia que le causó al General Máximo Gómez la respuesta del Prefecto, por lo que tuvo de espontánea, que lo confirmó en el puesto, le dió la mano y le dijo:

—Bien, Capitán Pérez: quédese en la zona al frente de la Prefectura, y vamos a ver si para cuando yo regrese por aquí, ya tiene Vd. mucha vianda sembrada en una buena estancia, y hasta algunos lechones. Los hombres como Vd. son los que yo necesito para ganar la guerra y acabar con la dominación española en Cuba.

El General en Jefe salió de marcha a la mañana siguiente, dejando al Delegado de Hacienda Capitán Barceló y al Prefecto Pérez en el campamento, con el encargo de vigilar por el camino del rastro que él había traído, y ordenándoles que no se movieran de allí hasta que no consideraran que ya había marchado algunas leguas.

Cuando hubo trascurrido el tiempo prudencial, Barceló también levantó el campamento, marchando a su lado el Capitán Prefecto, al que le dijo:

—Pues, de buena se ha escapado Vd. Prefecto; si el General se lo llega a llevar se salva, porque él no transige con los civiles, y mucho menos con los que están tan gordos y flamantes como nosotros dos.

—Lo que yo siento, Capitán Barceló, es haberme quedado; pues si la cosa continúa mucho tiempo como está ahora, dentro de poco se nos va a paralizar también la quijada de abajo, por la falta de ejercicios.

Y Rafael (El Aura) Vive Todavía

Todas las fuerzas de la Brigada de "Villaclara" están hambrientas y casi desnudas. En el Cuartel General se hacen preparativos para una próxima operación de guerra, sin que se conozca el lugar escojido por el General Monteagudo para realizarla; aunque se murmura que vamos a emprender marcha esta misma noche del mes de julio de 1897, para atacar algún pueblo donde podamos proveernos de ropa, comida y algunas armas.

Nos encontramos acampados en el hermoso y limpio potrero "Alcantarilla", debajo de añosas y corpulentas matas de mamey amarillo, o de Santo Domingo, entre Placetas y Guaracabulla, y no se tienen noticias de la presencia del enemigo en algunas leguas en contorno.

Las sombras de la noche han principiado a envolverlo todo y el corneta de órdenes del Cuartel General lanza al aire las notas de su instrumento tocando formación. Se ponen en movimiento los soldados corriendo de un lugar para el otro, en busca de sus caballos los que pertenecen al arma de caballería, y de sus armas y "jolongos" los infantes. Forman correctamente las unidades con sus oficiales al frente; se pasa lista y las cornetas vibran ardorosas al toque de marcha.

Van delante los exploradores en número de nueve, con un oficial valeroso y conocedor de la zona, al frente; detrás, la columna de hambrientos, silenciosamente, con la esperanza puesta en el final de aquella jornada en la que debemos encontrar, o la muerte que todo lo finaliza, o los recursos indispensables para continuar viviendo unos días más.

Transcurren dos o tres horas de camino y nadie ha dado señales de agotamiento, porque el pensamiento permanece fijo en lo que todos llevamos impreso en la mente: atacar algún pueblo de la comarca. Desde vanguardia va circulando hasta retaguardia la voz de "hagan silencio" y esa orden pone lisonjeras esperanzas en las filas, porque tenemos la seguridad de encontrarnos a la vista del peligro.

Ha hecho alto la fuerza, en medio del camino, y en voz baja se trasmiten rápidas órdenes que se cumplen al pie de la letra; nadie conoce todavía, más que el General y algunos jefes, la operación que hemos de llevar a cabo; pero nos imaginamos cual habrá de ser.

Al fin, nos hemos enterado de lo que se propone realizar el General Monteagudo, porque la noticia ha sido dada a conocer. Estamos a un cuarto de legua escasamente del poblado de Vega Alta, perteneciente a la jurisdicción de Remedios, y dentro de pocos momentos nos lanzaremos sobre él, como buitres hambrientos sobre su presa.

Se ha realizado el asalto al poblado en medio de furiosas descargas de fusilería que sus defensores nos hacen desde los fuertes y trincheras que lo defienden. Nuestros hombres responden resuelta y valerosamente a aquella agresión y caen aquí y allá, como la caña al golpe del machete de trabajo; pero el avance continúa hacia el corazón de aquel recinto tan bravamente defendido.

Yo soy oficial, jóven y entusiasta, y me regocijan las funciones bélicas de ésta índole, sencillamente por que, en ellas se expansiona el espíritu y se vive durante unas horas otra vida distinta a la de la manigua, eternamente verde, y sin más alicientes que los que producen las balas al silbar sobre nuestras cabezas. En las entradas a los pueblos, aunque expone uno la vida con mayores probabilidades de perderla, se reciben otras sensaciones y se consigue, aparte el ideal por el que se pelea, lo que

después es provechosamente utilizado para sobrellevar la existencia. . .

Por un portillo que abrimos en una cerca de alambres de "puas" nos colamos en las calles de Vega Alta, y allá adentro nos desquitamos a entera satisfacción de los peligros de la jornada, "raqueando" los establecimientos y algunas casas particulares de las señaladas como habitadas por enemigos de la Independencia de Cuba.

Dos o tres horas estuvimos saqueando a Vega Alta y combatiendo contra sus defensores; costándonos aquella operación, dolorosas bajas entre muertos y heridos. La gente se vistió, se hartó a reventar y pudo cargar sus "jolongos" de abundantes pertrechos de boca. Salimos del poblado pasadas las dos de la madrugada, al darse la orden de retirada por el Jefe de las fuerzas atacantes.

Cuando regresábamos al lugar de partida, donde habían quedado los caballos y el Cuartel General, lo hicimos por los mismos lugares de la entrada, muy precipitadamente, huyéndole al nutridísimo fuego que se nos hacía de distintos lugares; y al cruzar el portillo abierto en la cerca, mis piés tropezaron con un pelo de alambre que había quedado junto a la tierra, y me fuí de bruces contra la misma, saliéndoseme de las manos toda la carga que llevaba, la cual recogí inmediatamente, tan pronto me levanté, para continuar la huída.

Tuve que permanecer en aquel lugar de peligro, sin embargo, al escuchar unos quejidos cercanos, de alguien que pedía auxilio; hacia ellos encaminé mis pasos y me encontré con un compañero herido, que me decía.

—¿Será posible, que me vayan a dejar aquí, para que me acaben de matar los españoles?

Quien así hablaba era Rafael Crespo, (El Aura) un valiente muchacho de la infantería que había recibido un balazo de pierna a pierna, y que le atravesaba ambos testículos, dejándolo imposibilitado de andar.

—Ordené a dos hombres que se detuvieran, y entre los tres sacamos al pobre compañero herido, llevándolo en brazos hasta el campamento, donde fué reconocido y curado inmediatamente por el Comandante Manuel Velasco, que era el Jefe de Sanidad de la Brigada.

Todavía vive Rafael y está disfrutando la pensión que como Cabo del Ejército Libertador le paga la República; y aún alienta también el Comandante Manuel Velasco, sirviendo con el mismo grado de la Guerra, en el Cuerpo de Sanidad del Ejército de la República.

¿ El Mulato Soutí es "Guerrillero" ?

Algún tiempo después del incendio y destrucción del poblado de Sabana, en Oriente, por fuerzas del Coronel Felix Ruenes, desembarcó por Maisí, al frente de un fuerte contingente de tropas españolas el mismo Teniente Alfredo Sosa, que lo había defendido anteriormente.

La nueva aparición del enemigo sobre el antiguo teatro de sus actividades bélicas produjo la alarma y confusión consiguientes entre los pacíficos que se habían quedado con nosotros. Nadie sabía quien era quien; si se trataba del compañero de ayer o del de hoy. La desconfianza era mutua, pues el que no se iba con el adversario procuraba agruparse con sus afines, que eran los más, para defenderse y dar tiempo a que se aclarara la situación.

Entre los leales figuraba un joven patriota, discípulo del excelso e inmaculado cubano, dos veces Presidente de la República, una en el campo de la Revolución y otra al constituirse Cuba en país independiente, Don Tomás Estrada Palma. A su lado, bebiendo en las más puras fuentes del patriotismo y oyendo las prédicas de Martí y de otros esclarecidos revolucionarios, bien en los periódicos, o en los mítines de "Hartman Hall" y "Chikering Hall", templó su alma y abrazó con fanatismo de creyente la causa de la libertad de la Patria oprimida. Este jóven se llama Bartolomé Legrá y Matos.

Después de estos ligeros datos biográficos referidos al correr de la imaginación, por el campo del recuerdo, cabe narrar un episodio de sabor cómico ocurrido con

ocasión de la perturbación y desconcierto que más arriba se ha mencionado; pero antes viene al caso referir la buena suerte que acompañó al referido jóven Bartolomé Legrá.

La fuerza española desembarcada por Maisí, guiada por alguien que no es del caso señalar ahora, estuvo a punto de sorprenderlo en su propia casa, si no es por su esposa y valiente compañera que velaba atenta, alarmada por las noticias del desembarco enemigo, y presintiendo con ese fino instinto propio de las mujeres, el peligro que se avecinaba, no lo hubiera despertado y aconsejado que se pusiera a salvo antes del amanecer. Así lo hizo el joven Legrá siguiendo los consejos de su previsora y valiente esposa; y cuando todavía no había llegado a la morada de un familiar cercano, pudo darse cuenta de la presencia de alguna gente armada que saltaba la tranquera del batey, que eran guerrilleros al servicio de España, y pudo escurrirse a toda prisa internándose en el potrero, con tan mala suerte que perdió los espejuelos en la huída, y como era miope, de tropezón en tropezón, cayéndose aquí y levantándose allá, pasó lo indecible para poder escapar del enemigo.

Reunido más tarde con unos amigos, desarmados todos, continuó con ellos hasta poder orientarse y buscar la manera de salir de aquella situación difícil e incierta. Entre tanto, determinaron dirigirse a un colmenar cuya existencia conocían, para conseguir alguna miel de abejas, quedando de vigilancia sobre el camino por donde podía venir el enemigo, el propio Legrá. En este servicio de facción y armado de dos piedras como única defensa, vió saltar una cerca próxima, machete en mano, al mulato Soutí y desconociendo si éste, que ya figuraba en las filas insurrectas, se hubiera pasado a las del enemigo, le gritó a sus compañeros con tono interrogativo:

—¿El mulato Soutí es guerrillero?

Y como aquellos solamente entendieron la palabra **guerrillero**, se dieron a la fuga creyendo que se acercaban los españoles. Legrá no pudo quedarse quieto y sa-

lió corriendo detrás de sus compañeros, después de haberle disparado las dos piedras que portaba al supuesto guerrillero Soutí, quien andaba en busca de noticias de su concubina Genoveva, la cual si que hizo su presentación a los españoles y debió encontrar más sabrosos el tocino y los garbanzos peninsulares que el **ajiaco vacío**, pues se quedó en la población con mucha pena de parte de su amigo Soutí.

El joven Bartolomé Legrá y Matos objeto de este cuento positivamente histórico, salió para la guerra con el grado de Teniente, que le fué otorgado como estudiante de cirugía, carrera que cursaba en los Estados Unidos de Norte América. Vive, actualmente, en Baracoa en la finca de sus mayores.

Muy Bueno, Pero Muy Lejos . . . .

Cuando ya habían transcurrido dos o tres días del sitio que el General Máximo Gómez le había puesto al poblado de Guáimaro en compañía del Lugarteniente General Calixto García, resolvió emprender marcha para el territorio de las Villas, donde su presencia era necesaria, y dirigiéndose al General García le dijo:

—Ahí te queda eso, Calixto, para que tu te las entiendas con los españoles.

El General García, desde ese momento dictó las órdenes oportunas y batalló sin descanso hasta obtener la rendición de los bravos defensores del poblado, a los que inmediatamente puso en completa libertad.

En esa brillante acción de guerra, victoriosa para las armas cubanas, quedó evidenciado una vez más el temple y la pericia del heróico General García, y se puso de manifiesto el valor temerario del insurrecto, al triunfar combatiendo contra un enemigo convenientemente atrincherado que lo superaba en táctica y en elementos guerreros.

A mediados de aquella desesperada contienda y cuando era más desenfrenada la lucha entre españoles y cubanos, hizo acto de presencia en la cúspide de una lometa, desde donde se distinguía confusamente el pueblo sitiado, un General cuyo nombre no viene al caso, acompañado de algunos oficiales de su Estado Mayor, y se puso a observar con mucha atención el desenvolvimiento de la pelea; y acercándosele uno de los ayudantes que portaba unos gemelos de campaña, le dijo:

—Tenga, General: haga sus observaciones con estos gemelos, que son muy buenos y de gran alcance.

El General aceptó el ofrecimiento y enfiló los cristales hacia el pueblo, sin darse cuenta, seguramente, de que se los había colocado en sentido contrario ante su vista; y así continuó durante un largo rato y cada vez más entusiasmado mirando hacia el frente.

Pasado un buen tiempo, retiró los gemelos de sus ojos, se los devolvió al oficial que se los había proporcionado, y le dijo como la cosa más natural del mundo:

—Muy buenos, pero muy lejos . . . .

En Este Cementerio No Me Entierran a Mí

Fuerzas pertenecientes al Segundo Cuerpo del Ejército Libertador mandadas personalmente por el Mayor General Calixto García Iñiguez, se encontraban acampadas el día dieciocho de enero de mil ochocientos noventiocho, en "Ventas de Casanova", descansando de las rudas faenas experimentadas algunos días antes, al librar fiero y sangriento combate contra una fuerte columna española de las tres armas que había salido de operaciones desde el pueblo de Guantánamo, y a la que ocasionaron múltiples bajas, al caer en distintas emboscadas que se le pusieron en lugares estratégicos.

En el Estado Mayor del General García, prestaba sus servicios como Jefe de Despacho el Coronel Federico Mendizábal, quien, precisamente se hallaba en la tienda del Lugarteniente General en los momentos de desarrollarse este episodio . . . .

Se presentó en el Cuartel General el Comandante Rafael Pullés cuya muerte ocurrió poco tiempo después, portando un libro titulado "Bola Azul" con la pretensión de conseguir que cada uno de los Jefes y Oficiales de las fuerzas allí acantonadas le escribiera un pensamiento, para conservarlo como recuerdo de la campaña. Y el Mayor General Calixto García que fué el primero en complacer los deseos del Comandante Pullés, escribió de su puño y letra las frases siguientes:

—"Es una gloria sacrificar la existencia por la libertad de la Patria".

Corrió el libro de mano en mano y en él fueron estampando sus firmas debajo de lo que se les iba ocurriendo, los jefes y oficiales del campamento; dando la casualidad de que sus ideas giraban alrededor de las expresadas por el General García, o sea que ellos también se sentían dispuestos a morir.

Cuando aquella "Bola Azul" acabó de rodar por los pabellones de la oficialidad, y llegó a poder del Coronel Mendizábal, éste, tal vez más curioso que sus compañeros se puso a leer cuantos pensamientos contenían las interesantes páginas del libro; y al darse exacta cuenta de que, desde el General García hasta el último de sus oficiales existía el mismo deseo de morir por la Patria, empuñó la pluma y trazó rápidamente estas palabras, que firmó.

—"En este Cementerio no me entierran a mi".

Al leer el Comandante Pullés lo que Mendizábal había escrito, lo fué a ver y muy apenado le dijo:

—Chico, me has fastidiado el libro.

A lo que Mendizábal respondió.

—¿Y que querías tu que yo hiciera después de olfatear tantos cadáveres?

Pues si esto es Mulo, venga Mulo aunque me entre a patadas

Transcurría el mes de julio del año 1898. El entonces Coronel Dr. Manuel Alfonso en unión del Capitán Francisco Monnar y Codina, el Teniente Ramón Más y cinco compañeros cuyos nombres lamento no recordar, habían pasado, a caballo, la Trocha Militar de Júcaro a Morón, por el lugar denominado "Quince y Medio", y todos iban afanosos de llegar a la Brigada de Villaclara, a la cual debían incorporarse.

Después que cruzaron la "Trocha" continuaron la marcha rápidamente durante unas dos horas, hasta que se encontraron con fuerzas del Teniente Coronel "Polo" Calvo, quien les facilitó un práctico hasta el Cuartel General del General en Jefe establecido en "Trilladeritas". Allí permanecieron unos días, pasando bastante hambre por cierto, hasta que los Generales Francisco Carrillo y José Miguel Gómez llevaron a feliz término la toma del poblado de "Arroyo Blanco".

A ese grupo del Coronel Alfonso se unieron los ciudadanos Cárlos Calderón y Juan Manuel Navarrete, desembarcados pocos días antes por "Palo Alto" y que muy poco o nada sabían aún de las costumbres y peripecias de la vida "Mambí".

Con la correspondiente autorización del General en Jefe salió de marcha muy temprano el Coronel Alfonso seguido de su gente, con el natural deseo de actuar con

más libertad, y más que todo, de comer, con tan buena suerte, que cómo a las diez de la mañana pasando por una vereda cerca del potrero "La Campana", se fijó el Capitán Monnar en unos gajos rotos que había en el interior del monte, señal inequívoca de haber cruzado por ahí alguna persona; y, de momento echó pie a tierra introduciéndose con su asistente en aquella espesura, siguiendo el "rastro fresco" hasta salir a una cañada, en parte seca, donde se veían algunas pisadas y por cuyas señales continuaron, para llegar a un limpio con bastantes siembras, en el medio del cual se levantaba una casita de guano, a la que se dirigieron inmediatamente seguros de encontrar allí lo que iban buscando. Efectivamente, la casita estaba habitada por una Sra. de buena presencia que les dijo ser la del Capitán "TUMBA CUATRO", veterano de las dos guerras y hombre muy valiente.

El Capitán Monnar dió a conocer a aquella patriota el hambre que traían, así como el número de individuos que lo acompañaban, dándole cuenta, al mismo tiempo, de la toma de "Arroyo Blanco" y preguntándole que si podría hacerles almuerzo para ocho hombres, a lo que ella accedió gustosamente. Pocos momentos después llegaba a la casita el Coronel Alfonso seguido del pequeño grupo y todos se sentaban alrededor de una mesa de "cujes" sobre la cual humeaban dos calderos conteniendo yucas y maíz salcochados y un excelente picadillo sazonado con tomates y jugo de naranjas agria. Todo fué devorado en un momento por aquellos famélicos que no cesaban de darle las gracias a tan buena patriota por sus atenciones.

Vista la franca y unánime gratitud de los comensales, aquella señora quiso extremar su generosidad, para completar su obra, ofreciéndoles un poco de "CANCHANCHARA" que consiste en miel de abejas requemada, con agua y sumo de limón, llamando la atención de algunos de los insurrectos de nuevo cuño, aquella palabra para ellos desconocida hasta entonces.

Antes de marcharse quiso el Capitán Monnar conocer la procedencia de la carne con que había sido confeccionado el tan sabroso picadillo, y al decirle la señora de la casa que era de un mulo que el Capitán TUMBA CUATRO matara pocos días antes procedente de un atajo de mulos jíbaros que siempre andaba por los alrededores, exclamó el Coronel Alfonso.

—Pues si ésto es mulo, venga mulo aunque me entre a patadas.

La "Comisión" de los "Duelistas"

Allá por el mes de marzo o abril del año 1896 se hallaba acampado en el potrero "El Roble", con fuerzas a sus órdenes, el Jefe de la Brigada de "Villaclara" y entonces Coronel José B. Alemán y Urquía fallecido desgraciadamente para Cuba hace poco tiempo, cuando desempeñaba la Secretaría de Instrucción Pública en el Gobierno del General Gerardo Machado.

Para asuntos relacionados con el servicio, el Coronel Alemán designó al Capitán Ayudante Juan Morales, para que en unión del Comandante Médico Dr. Agustín Cruz González, actual Senador de la República, un Oficial de apellido García, el Sargento armero de la Plana Mayor Heriberto Hernández hoy Teniente Coronel del Ejército Nacional y algunos individuos de tropa, salieran en comisión importantísima que se les confiara. Al día siguiente de haber emprendido la marcha, llegaron al Central "Santa Rosa", cercano al pueblo de Ranchuelo, para notificar el Administrador de aquella finca azucarera, que teniendo noticias relativas a los propósitos de fortificar el batey del Ingenio y guarnecerlo con fuerzas españolas, se le llamaba la atención, para que le informara al propietario Sr. Rafael Abreu, que debía procurar que no se llevara a cabo dicha medida, pues de lo contrario serían incendiados los cañaverales y las casas del batey.

Esta "Comisión", que yo he querido denominar de los "Duelistas" por lo que se verá más adelante, recibió la órden del Jefe de la Brigada, Coronel Alemán, de incorporársele inmediatamente en el Cuartel General del General en Jefe Máximo Gómez, donde éste se hallare, y acto seguido salieron sus componentes a marcha forza-

da, hasta llegar a "Palo Prieto de Madrazo", donde se detuvieron forzosamente, para darle descanso a la caballería que iba muy extenuada por la aceleración de la jornada.

Momentos antes de acampar y cuando penetraban en una vereda, se separó del grupo el asistente del Capitán Morales, llamado David Machado, que era un negrito dicharachero y "catedrático", y además muy "raquero", apareciéndose al poco rato cabalgando orgulloso sobre un caballo de magnífico aspecto y de bastante alzada, gordo y herrado de las cuatro patas. Se dirigió al Capitán Morales, a quien siempre llamaba por Don Juan y le dijo:

—Don Juan; me dió el olor de algo bueno cuando llegamos a estos parajes y me fuí "rastreando" monte a monte, hasta tropezarme con una "guaca" de caballos parecidos a éste, que deben ser lo los "majases" . . . (lon insurrectos pronunciábamos "majases" en vez de majaes).

—Pues, mira, David, coje una pareja y tráeme, en seguida todos los caballos que encuentres para cambiarlos por los nuestros que se encuentran muy estropeados, que yo quiero llegar cuanto antes al Cuartel General.

El asistente David cumplió aquella orden sin pérdida de tiempo y la "Comisión" se puso en movimiento, llevando caballos "frescos" y resistentes.

Todavía no habían marchado quinientos metros, cuando se presentó un insurrecto, informando que aquellos caballos pertenecían al Comandante Colete, Ayudante de Campo del General Máximo Gómez, que se encontraba por allí, curándose de heridas que recibiera en combates de "La Invasión", y el cual deseaba que pasaran a verlo inmediatamente al batey de "Palo Prieto" donde los esperaba. Después de breve deliberación acordaron presentarse al Comandante Colete, y así lo hicieron, encontrándoselo en compañía del Comandante Florentino Rodríguez y del dueño de la casa Don Aguedito Triana, su señora y su hija Aurora.

Colete, que era de carácter un tanto violento e impulsivo entró en seguida en discusión con el Capitán Morales, expresándose en términos que fueron estimados como ofensivos, dando lugar a que los recién llegados, creyéndose ofendidos, mandaran sus padrinos a Colete para la concertación de un duelo. A propuesta del Comandante "Tinito" Cruz se trató de designar a la suerte, la persona del grupo que debía representarlo, ya que las palabras que se tomaron por injuriosas iban destinadas a todos, a lo que se opuso el Capitán Morales; alegando que siendo él el Jefe de la Comisión le correspondía dilucidar el asunto y así fué acordado inmediatamente.

Los Comandantes Rodríguez y Cruz fueron designados para que llevaran la representación del Capitán Morales y el Coronel Colete eligió a dos oficiales que lo acompañaban. Se concertó el duelo que debía ser a revólver, a veinticinco pasos de distancia y avanzando los contendientes, hasta quedar muerto o inutilizado uno de ellos. Cuando se hacían los preparativos para el combate, intervino el dueño de la casa, Don Aguedito Triana, exponiendo razones de patriotismo y de utilidad para la causa que defendían en los campos de batalla, que fueron oídas y aceptadas, logrando que los adversarios se abrazaran cordialmente.

Mientras la "cosa" se mantuvo en ese terreno iba bien, pero al tratarse de la devolución de los caballos se volvió a complicar y cambió de aspecto la cuestión hasta tomar caracteres alarmantes, pues ninguno quería "desmontarse" del caballo, triunfando al fin el buen juicio del egoísmo, sin embargo del sacrificio que representaba para un insurrecto el despojarse de una buena bestia, aunque fuera para coger el monte a pié huyéndole a los españoles.

Y había que haber oído los comentarios que se hicieron después; y, principalmente los del asistente David que fué un "héroe" en la resistencia que hizo para no devolver el suyo, que escondió con tiempo para recuperarlo al pasar el rubicón.

No me Maten, que soy el Médico

Precisamente el día 20 de febrero del año 1897 estaba acampado en la finca "Goyo Ruíz", distante dos leguas de la ciudad de Santa Clara, el 1er. Escuadrón del Regimiento "Villaclara" mandado por el entonces Comandante Carlos Mendieta y Montefur, siendo Jefe de la Brigada el Coronel José de J. Monteagudo.

El General Valeriano Weyler andaba por el territorio villareño con CUARENTA batallones de infantería e infinidad de caballería, y las operaciones se realizaban sin tregua ni descanso, porque el Marqués de "Tenerife" quería esterminarnos de todas maneras, para evidenciarle a su antecesor, el General Martínez Campos, que él lo superaba en pericia, en bravura y en estrategia militar. . . .

Todas las unidades de la Brigada tenían la orden de moverse constantemente y de causarle al enemigo los mayores destrozos posibles, a fin de contrarrestar las intenciones de Weyler.

Ese día 20 de febrero a que me he referido al principio, salió de la ciudad del "Capíro" una columna enemiga compuesta de unos 300 hombres, formada de voluntarios de infantería, guerrilla y Guardia Civil, a cuyo frente iba el Comandante de movilizados Antonio de la Torre. Cuando esta tropa llegó al potrero "Goyo Ruiz" se puso en contacto inmediatamente con el Escuadrón del Comandante Mendieta, integrado por ochenta o cien hombres, y además un pequeño grupo que mandaba el Capitán "Chiche" González.

Se generalizó el fuego inmediatamente entre los bandos contendientes por espacio de unos quince minutos;

y cuando menos lo esperaban los españoles, fueron cargados brutalmente por los bravos ginetes cubanos a cuyo frente iba el Comandante Mendieta, metiéndose entre las filas contrarias después de haber roto el cuadro a machetazo limpio sin respetar las bayonetas, para matar 59 hombres, herir a infinidad de ellos, dispersar al resto de la columna y cogerle 61 armamentos, municiones, medicinas, ropa etc.

Los Capitanes Abelardo Gómez y "Chiche" González, así como el propio Comandante Mendieta se cansaron el brazo derecho aquel día glorioso, a fuerza de dar tantos machetazos. Debe suponerse lo que hizo el resto de la pequeña fuerza mambisa.

Cuando la carnicería se encontraba en su período álgido y el enemigo ponía en práctica los medios de salvación que encontraba, se escucharon voces de dolor y de angustia, que decían:

—No me maten, por su madre, que yo soy el Médico.

Quien así decía era nada menos que el propio jefe de la columna enemiga, el Comandante y villareño Antonio de la Torre, que se salvó del "macheteo", según dicen, porque un insurrecto, que no se supo quién fué, le proporcionó la manera de escaparse.

INDICE

Páginas.

Páginas.

Páginas.

